

Maurice Maeterlinck

# La inteligencia de las flores

*-L'intelligence des fleurs-*

## LA INTELIGENCIA DE LAS FLORES

### I

Quiero simplemente recordar aquí algunos hechos conocidos de todos los botánicos. No he hecho ningún descubrimiento, y mi modesta aportación se reduce a algunas observaciones elementales. No tengo, inútil es decirlo, la intención de pasar revista a todas las pruebas de inteligencia que nos dan las plantas. Esas pruebas son innumerables, continuas, sobre todo entre las flores en que se concentra el esfuerzo de la vida vegetal hacia la luz y hacia el espíritu.

Si se encuentran plantas y flores torpes o desgraciadas, no las hay que se hallen enteramente desprovistas de sabiduría y de ingeniosidad. Todas se aplican al cumplimiento de su obra; todas tienen la magnífica ambición de invadir y conquistar la superficie del globo multiplicando en él hasta el infinito la forma de existencia que representan. Para llegar a ese fin, tienen que vencer, a causa de la ley que las encadena al suelo, dificultades mucho mayores que las que se oponen a la multiplicación de los animales. Así es que la mayor parte de ellas recurren a astucias y combinaciones, a asechanzas, que, en punto a balística, aviación y observación de los insectos, por ejemplo, precedieron con frecuencia a las invenciones y a los conocimientos del hombre.

### II

Sería superfluo trazar el cuadro de los grandes sistemas de la fecundación floral: el juego de los estambres y del pistilo, la seducción de los perfumes, la atracción de los colores armoniosos y brillantes, la elaboración del néctar, absolutamente inútil para la flor y que ésta no fabrica sino para atraer y retener al libertador extraño, al mensajero de amor, abejorro, abeja, mosca, mariposa o falena que debe traerle el beso del amante lejano;

invisible, inmóvil...

Ese mundo vegetal que vemos tan tranquilo, tan resignado, en que todo parece aceptación, silencio, obediencia, recogimiento, es por el contrario aquel en que la rebelión contra el destino es la más vehemente y la más obstinada. El órgano esencial, el órgano nutricional de la planta, su raíz, la sujeta indisolublemente al suelo. Si es difícil descubrir, entre las grandes leyes que nos agobian, la que más pesa sobre nuestros hombros, respecto a la planta, no hay duda; es la que condena a la inmovilidad desde que nace hasta que muere. Así es que sabe mejor que nosotros, que dispersamos nuestros esfuerzos, contra qué rebelarse ante todo. Y la energía de su idea fija que sube de las tinieblas de sus raíces para organizarse y manifestarse en la luz de su flor es un espectáculo incomparable. Tiende toda entera a un mismo fin: escapar por arriba a la fatalidad de abajo; eludir, quebrantar la pesada y sombría ley, libertarse, romper la estrecha esfera, inventar o invocar alas, evadirse lo más lejos posible, vencer el espacio en que el destino la encierra, acercarse a otro reino, penetrar en un mundo moviente y animado. ¿No es tan sorprendente que lo consiga, como si nosotros lográsemos vivir fuera del tiempo que otro destino nos señala, o introducirnos en un universo eximido de las leyes más pesadas de la materia? Veremos que la flor da al hombre un prodigioso ejemplo de insumisión, de valor, de perseverancia y de ingeniosidad. Si hubiésemos desplegado en levantar diversas necesidades que nos abruman, por ejemplo las del dolor, de la vejez y de la muerte, la mitad de la energía que ha desplegado tal o cual pequeña flor de nuestros jardines, es de creer que nuestra suerte sería muy diferente de lo que es.

### III

Esa necesidad de movimiento, ese apetito de espacio, en la mayor parte de las plantas, se manifiesta a la vez en la flor y en el fruto; o, en todo caso, no revela en él más que una experiencia, una previsión menos compleja. Al revés de lo que sucede en el reino animal, y a causa de la terrible ley de inmovilidad absoluta, el primero y peor enemigo de la semilla es el tronco paterno. Nos encontramos en un mundo extraño, en que los padres, incapaces de cambiar de sitio, saben que están condenados a matar de hambre o a ahogar a sus vástagos. Toda semilla que cae al pie del árbol o de la planta es perdida o germinará en la miseria. De ahí el inmenso esfuerzo para sacudir el yugo y conquistar el espacio. De ahí los maravillosos sistemas de diseminación, de propulsión, de aviación, que en todas partes encontramos en el bosque y en el llano, entre ellos, por no citar de paso más que algunos de los más curiosos: la hélice aérea o sámara del Arce, la bráctea del Tilo, la máquina de cernirse del Cardo, del Amargón y del Salsifí; los resortes explosivos del Euforbio; la extraordinaria pera surtidora de la Momórdica; y mil otros mecanismos inesperados y asombrosos, pues puede decirse que no hay semilla que no haya inventado algún procedimiento particular para evadirse de la sombra materna.

El que no haya practicado un poco la Botánica no puede creer el gasto de imaginación y de ingenio que se hace en esa verdura que regocija nuestros ojos. Mirad, por ejemplo, la bonita olla de semilla de la Anagálide roja, las cinco válvulas de la Balsamina, las cinco cápsulas con disparador del Geranio, etc. No dejéis de examinar, si tenéis ocasión de hacerlo, la vulgar cabeza de Adormidera que se encuentra en todas las herboristerías. Hay en esa buena cabeza una prudencia y una previsión dignas de los mayores elogios. Se sabe que encierra millares de semillas negras sumamente pequeñas. Trátase de diseminar esa semilla lo más hábilmente y lo más lejos posible. Si la cápsula que la contiene se

agrietase, cayese o se abriese por debajo, el precioso polvo negro no formaría más que un montón inútil al pie del tallo. Pero no puede salir sino por aberturas practicadas encima de la cáscara. Esta, una vez madura, se inclina sobre su pedúnculo, «inciensa» al menor soplo de aire y siembra, literalmente, con el gesto mismo del sembrador, la semilla en el espacio.

¿Hablaré de las semillas que prevén su diseminación por los pájaros y que, para tentarlos, se acurrucan, como el Muérdago, el Enebro, el Serbal, etc., en el fondo de un envoltorio azucarado? Hay ahí tal razonamiento, tal inteligencia de las causas finales, que no se atreve uno a insistir por temor de renovar los Cándidos errores de Bernardino de Saint-Pierre. Sin embargo, los hechos no se explican de otra manera. El envoltorio azucarado es tan inútil para la semilla como el néctar, que atrae a las abejas, lo es para la flor. El pájaro se come el fruto porque es dulce y se traga al mismo tiempo la semilla *que es indigestible*. El pájaro vuela y devuelve poco después, tal como la recibió, la semilla desembarazada de su vaina y dispuesta a germinar lejos de los peligros del lugar natal.

#### IV

Pero volvamos a combinaciones más sencillas. Coged, al borde del camino, una brizna de cualquier mata de hierba, y sorprenderéis en su trabajo a una pequeña inteligencia independiente, incansable, imprevista. He aquí dos pobres plantas trepadoras que habéis encontrado mil veces en vuestros paseos, porque se las encuentra en todas partes y hasta en los rincones más ingratos en que se ha extraviado una mota de humus. Son dos variedades de Alfalfas (*Medicago*) silvestres, dos malas hierbas en el sentido más modesto de la palabra. La una tiene una flor rojiza, la otra una borlita amarilla del grueso de un guisante. Al verlas escurrirse con disimulo por entre el césped y las orgullosas gramíneas, nadie sospecharía que, mucho antes que el ilustre geómetra y físico de Siracusa, descubrieron y trataron de aplicar, no a la elevación de los líquidos, sino a la aviación, las asombrosas propiedades del tornillo de Arquímedes. Alojjan, pues, sus semillas en ligeras espirales, de tres o cuatro revoluciones, admirablemente construidas, contando con hacer de ese modo más lenta su caída y, por consiguiente, prolongar con la ayuda del viento su viaje aéreo. Una de ellas, la amarilla, hasta ha perfeccionado el aparato de la roja guarneciendo los bordes de la espiral de una doble hilera de puntas, con la intención evidente de engancharla al paso ya a la ropa de los transeúntes, ya a la lana de los animales. Claro es que espera unir las ventajas de la eriofilia, es decir, de la diseminación de las semillas por medio de los carneros, cabras, conejos, etc., a las de la anemofilia o diseminación por medio del viento.

Lo más sensible, en todo ese gran esfuerzo, es que es inútil. Las pobres Alfalfas rojas y amarillas se equivocaron. Sus notables tornillos no les sirven para nada. No podrían funcionar sino cayendo de cierta altura, de la cima de un árbol o de una alta gramínea; pero construidas al nivel de una hierba, apenas han dado un cuarto de vuelta cuando ya tocan el suelo. Tenemos aquí un curioso ejemplo de los errores, de los tanteos, de las experiencias y de los pequeños desengaños, bastantes frecuentes, de la naturaleza: porque es preciso no haberla estudiado mucho para afirmar que la naturaleza no se equivoca nunca.

Observemos, de paso, que otras variedades de Alfalfas, sin hablar del Trébol, otra leguminosa amariposada que casi se confunde con aquella de que nos ocupamos aquí, no han adoptado esos aparatos de aviación, se atienen al método primitivo de la vaina. En una de ellas, la *Medicago aurantiaca*, se observa claramente la transición de la vaina torcida a la hélice. Otra variedad, la *Medicago scutellata*, redondea esa hélice en forma de bola, etc. Parece pues que asistimos al apasionante espectáculo de una familia que aún no ha fijado su

destino y busca la mejor manera de asegurar el porvenir. Debió ser en el curso de esa indagación cuando la Alfalfa amarilla, desengañada de la espiral, le añadió las puntas, diciendo, no sin razón, que, puesto que su follaje atrae a las ovejas, es inevitable y justo que éstas asuman el cuidado de su descendencia. ¿Y no es merced a ese nuevo esfuerzo y a esa buena idea como la Alfalfa de flores amarillas se halla infinitamente más diseminada que su robusta prima de flores rojas?

V

No es solamente en la semilla o en la flor, sino en la planta entera, tallo, hojas y raíces, donde se descubre, si quiere uno inclinarse un instante sobre su humilde trabajo, numerosas huellas de una inteligencia perspicaz. Recordad los magníficos esfuerzos hacia la luz de las ramas contrariadas, o la ingeniosa y valiente lucha de los árboles en peligro. Yo no olvidaré nunca el admirable ejemplo de heroísmo que me daba el otro día, en Provenza, en las agrestes y deliciosas gargantas del Lobo, embalsamadas de violetas, un enorme Laurel centenario. Se leía fácilmente en su tronco atormentado y por decirlo así convulsivo, todo el drama de su vida tenaz y difícil. Un pájaro o el viento, dueños de los destinos, habían llevado la semilla al flanco de una roca que caía perpendicularmente como una cortina de hierro; y el árbol había nacido allí, a doscientos metros sobre el torrente, inaccesible y solitario, entre las piedras ardientes y estériles. Desde las primeras horas, había enviado las ciegas raíces a la larga y penosa busca del agua precaria y del humus. Pero eso no era más que el cuidado hereditario de una especie que conoce la aridez del Mediodía. El joven tronco tenía que resolver un problema mucho más grave y más inesperado: partía de un plano vertical, de modo que su cima, en vez de subir hacia el cielo, se inclinaba sobre el abismo. Había sido pues necesario, a pesar del creciente peso de las ramas, corregir el primer impulso, acodillar, tenazmente, ras con ras de la roca, el tronco desconcertado, y mantener así —como un nadador que echa atrás la cabeza—, con una voluntad, una tensión y una contracción incesantes, derecha y erguida en el aire, la pesada y frondosa corona de hojas.

Desde entonces, en torno de ese nudo vital, se habían concentrado todas las preocupaciones, toda la energía consciente y libre de la planta. El codo monstruoso hipertrofiado, revelaba una por una las inquietudes sucesivas de una especie de pensamiento que sabía aprovecharse de los avisos que le daban las lluvias y las tempestades. De año en año, se hacía más pesada la copa de follaje, sin más cuidado que el de desarrollarse en la luz y el calor, mientras que un cancro oscuro roía profundamente el brazo trágico que la sostenía en el espacio. Entonces, obedeciendo a no se qué orden del instinto, dos sólidas raíces, dos cables cabelludos, salidos del tronco a más de dos pies por encima del codo, habían amarrado éste a la pared de granito. ¿Habían sido realmente evocados por el apuro, o esperaban, quizá previsores, desde los primeros días la hora crítica del peligro para redoblar su auxilio? ¿No era más que una feliz casualidad? ¿Qué ojo humano asistirá jamás a esos dramas mudos y demasiado largos para nuestra pequeña vida?

[1]

Entre los vegetales que dan las pruebas más sorprendentes de iniciativa, las plantas que pudiéramos llamar animadas o sensibles tendrían derecho a un estudio detallado. Me contentaré con recordar los espantos de la Sensitiva, la Mimosa púdica que todos conocemos. Otras hierbas de movimientos espontáneos son más ignoradas; principalmente las Hedisáreas, entre las cuales la *Herysarum gyrans* o Esparcilla oscilante, se agita de una

manera sorprendente. Esta pequeña leguminosa, oriunda de Bengala, pero con frecuencia cultivada en nuestros invernáculos, ejecuta una especie de danza perpetua y complicada en honor de la luz. Sus hojas se dividen en tres folíolos: uno ancho y terminal y dos estrechos y plantados en el nacimiento del primero. Cada uno de estos folíolos está animado de un movimiento propio y diferente. Viven en una agitación rítmica, casi cromométrica e incesante. Son tan sensibles a la claridad que su danza se hace más lenta o se acelera según que las nubes velan o descubren el pedazo de cielo que ellos contemplan. Son, como se ve, verdaderos fotómetros; y mucho antes de la invención de Crook, osteoscopios naturales.

## VII

Pero esas plantas, a las cuales habría que añadir la Hierba de la gota, las Dioneas y muchas otras, son ya seres nerviosos que pasan un poco la cresta misteriosa y probablemente imaginaria que separa el reino vegetal del animal. No es necesario remontarse tanto, y se encuentra tanta inteligencia y casi tanta espontaneidad visible en el otro extremo del mundo que nos ocupa, en las profundidades en que la planta se distingue apenas del limo o de la piedra: me refiero a la fabulosa tribu de las Criptógamas, que no se pueden estudiar sin ayuda del microscopio. Por esto haremos caso omiso de ella, aunque el juego de las esporas del Hongo, del Helecho y sobre todo de la Aspemela o Cola de caballo sea de una delicadeza, de una ingeniosidad incomparables. Pero entre las plantas acuáticas, que habitan en limos y fangos originales, se operan menos secretas maravillas. Como la fecundación de sus flores no puede hacerse debajo del agua, cada una de ellas ha imaginado un sistema diferente para que el polen pueda diseminarse en seco. Así es que las Zosteras, es decir, el vulgar Varece con que se hacen colchones, encierran cuidadosamente su flor en una verdadera campana de buzo; los Nenúfares envían la suya a que se abra en la superficie del estanque, donde la mantienen y nutren sobre un interminable pedúnculo que se alarga tan pronto como se eleva el nivel del agua. El falso *Nenúfar* (*Villarsia nymphoides*), como no tiene pedúnculo alargable, suelta simplemente las suyas, que suben y estallan como burbujas. El Trébol acuático o Castaña de agua (*Trapa natans*), los provee de una especie de vejiga llena de aire; suben, se abren y, verificada la fecundación, el aire de la vejiga es reemplazado por un líquido mucilaginoso más pesado que el agua, y todo el aparato vuelve a bajar al limo donde madurarán los frutos.

El sistema de la Utricularia es aún más complicado. He aquí como lo describe M. H. Bocquillon en *La Vida de las Plantas*: «Esas plantas, comunes en los estanques, fosos, pantanos y charcas de fondo cenagoso, no son visibles en invierno, pues descansan sobre el lodo. Su tallo prolongado, endeble, rastrero, se halla provisto de hojas reducidas a filamentos ramificados. En la axila de las hojas así transformadas se nota una especie de bolsita piriforme cuyo extremo superior y agudo se halla provisto de una abertura. Esta abertura lleva una válvula que no puede abrirse sino de fuera a dentro; los bordes se hallan guarnecidos de pelos ramificados; el interior de la bolsita está tapizado de otros pelitos secretores que le dan el aspecto del terciopelo. Cuando ha llegado el momento de la floración, los utrículos axilares se llenan de aire; cuanto más tienda ese aire a escaparse, mejor cierra la válvula. En definitiva, da a la planta una gran ligereza específica y la hace subir a la superficie del agua. Sólo entonces es cuando se abren esas encantadoras florecitas amarillas que simulan caprichosos hociquitos de labios más o menos hinchados y cuyo paladar aparece estriado de líneas anaranjadas o ferruginosas. Durante los meses de junio, julio y agosto, muestran sus frescos colores en medio de restos vegetales, elevándose

graciosamente sobre el agua fangosa. Pero la fecundación se ha efectuado, el fruto se desarrolla y los papeles cambian; el agua ambiente pesa sobre la válvula de los utrículos, la abre, se precipita en la cavidad, aumenta el peso de la planta y la obliga a bajar nuevamente al cieno».

¿No es curioso ver reunidas en ese pequeño aparato inmemorial algunas de las más fecundas y recientes invenciones humanas: el juego de las válvulas o de los sopapos, la presión de los líquidos y el aire, el principio de Arquímedes estudiado y utilizado? Como lo hace observar el autor que acabamos de citar «el ingeniero que por primera vez amarró al buque sumergido un aparato de flotación, no sospechaba que un procedimiento análogo estaba en uso desde hacía millares de años». En un mundo que creemos inconsciente y desprovisto de inteligencia, nos imaginamos desde luego que la menor de nuestras ideas crea combinaciones y relaciones nuevas. Examinando las cosas desde más cerca, parece infinitamente probable que nos es imposible crear nada. Venidos los últimos sobre la tierra, encontramos simplemente lo que siempre ha existido y repetimos como niños maravillados la ruta que la vida había hecho antes de nosotros. Y es muy natural y reconfortante que así sea. Pero volveremos sobre este punto.

No podemos dejar las plantas acuáticas sin recordar brevemente la vida de la más romántica de ellas: la legendaria Vallisneria, una Hidrocarídea cuyas bodas forman el episodio más trágico de la historia amorosa de las flores.

La Vallisneria es una hierba bastante insignificante que no tiene nada de la gracia extraña del Nenúfar o de ciertas cabelleras submarinas. Pero diríase que la naturaleza se ha complacido en poner en ella una hermosa idea. Toda la existencia de la pequeña planta transcurre en el fondo del agua, en una especie de semisueño, hasta la hora nupcial en que aspira a una vida nueva. Entonces la flor hembra desarrolla lentamente la larga espiral de su pedúnculo, sube, emerge, domina y se abre en la superficie del estanque. De un tronco vecino, las flores masculinas que la vislumbran a través del agua iluminada por el sol, se elevan a su vez, llenas de esperanza, hacia la que se balancea, las espera y las llama en un mundo mágico. Pera a medio camino se sienten bruscamente retenidas; su tallo, manantial de su vida, es demasiado corto; no alcanzarán jamás la mansión de luz, la única en que pueda realizarse la unión de los estambres y del pistilo.

¿Hay en la naturaleza una inadvertencia o prueba más cruel? ¡Imaginaos el drama de ese deseo, lo inaccesible que se toca, la fatalidad transparente, lo imposible sin obstáculo visible!...

Sería insoluble como nuestro propio drama en esta tierra; pero interviene un elemento inesperado. ¿Tenían los machos el presentimiento de su decepción? Lo cierto es que han encerrado en su corazón una burbuja de aire, como se encierra en el alma un pensamiento de liberación desesperada. Diríase que vacilan un instante; luego, con un esfuerzo magnífico —el más sobrenatural que yo sepa en los fastos de los insectos y de las flores—, para elevarse hasta la felicidad, rompen deliberadamente el lazo que los une a la existencia. Se arrancan de su pedúnculo, y con un incomparable impulso, entre perlas de alegría sus pétalos van a romper la superficie del agua. Heridos de muerte, pero radiantes y libres, flotan un momento al lado de sus indolentes prometidas; se verifica la unión, después de lo cual los sacrificados van a perecer a merced de la corriente, mientras que la esposa, ya madre, cierra su corola en que vive su último soplo, arrolla su espiral y vuelve a bajar a las profundidades para madurar en ellas el fruto del beso heroico.

¿Hemos de empañar este hermoso cuadro, rigurosamente exacto pero visto por el lado de la luz, mirándolo igualmente por el lado de la sombra? ¿Por qué no? A veces hay

por el lado de la sombra verdades tan interesantes como por el lado de la luz. Esa deliciosa tragedia no es perfecta sino cuando se considera la inteligencia y las aspiraciones de la especie. Pero si se observa a los individuos, se los verá a menudo agitarse torpemente y en contrasentido en ese plan ideal. Ora las flores masculinas subirán a la superficie cuando todavía no hay flores pistiladas en la vecindad. Ora cuando el agua baja les permitiría unirse cómodamente a sus compañeras, no por eso dejarán de romper maquinal e inútilmente su tallo. Observamos aquí, una vez más, que todo el genio reside en la especie, la vida o la naturaleza; y que el individuo es más o menos estúpido. Sólo en el hombre hay emulación real entre las dos inteligencias, tendencia cada vez más precisa, cada vez más activa a una especie de equilibrio que es el gran secreto de nuestro porvenir.

## IX

Las plantas parásitas nos ofrecerían igualmente singulares y maliciosos espectáculos, como esa asombrosa Gran Cuscuta vulgarmente llamada Tiña o Barba de capuchino. No tiene hojas, y apenas su tallo ha alcanzado unos cuantos centímetros de longitud cuando abandona voluntariamente sus raíces, para enroscarse en torno de la víctima que ha elegido y en la cual hunde sus chupadores. Desde entonces, vive exclusivamente a expensas de su presa. Es imposible engañar su perspicacia, rehusará todo sostén que no le agrade, e irá a buscar bastante lejos, si es preciso, el tallo de Cáñamo, de Lúpulo, de Alfalfa o de Lino que conviene a su temperamento y a sus gustos.

Esa gran Cuscuta llama naturalmente nuestra atención sobre las plantas trepadoras, que tienen costumbres muy notables y de las cuales habría que decir algo. Todo el que ha vivido un poco en el campo ha tenido a menudo la ocasión de admirar el instinto, la especie de visión que dirige los zarcillos de la Viña loca o de la Volúbilis hacia el mango de un rastrillo o de una azada arrimado a una pared. Cambia de sitio el rastrillo, y al día siguiente el zarcillo se habrá vuelto completamente y lo habrá encontrado de nuevo. Schopenhauer, en su tratado: *Über den Willen in der Natur*, en el capítulo consagrado a la fisiología de las plantas, resume sobre ese punto y sobre otros varios una multitud de observaciones y de experiencias que sería demasiado largo referir aquí. Remito pues el lector a dicha obra, donde encontrará la indicación de numerosas fuentes y referencias. ¿Tengo necesidad de añadir que de cincuenta o sesenta años a esta parte, esas fuentes se han multiplicado de una manera asombrosa y que, por lo demás, la materia es casi inagotable?

Entre tantas invenciones, astucias y precauciones diversas, citemos además, a título de ejemplos, la prudencia de la Hioserides radiante (*Hyóseris radíala*), pequeña planta de flores amarillas, bastante parecida al Amargón, y que se encuentra a menudo en los viejos muros de la Eiviera. A fin de asegurar a la vez la disseminación y la estabilidad de su raza, lleva al mismo tiempo dos especies de semillas: unas se desprenden fácilmente y se hallan provistas de alas para lanzarse al viento, mientras que las otras, que carecen de ellas, permanecen prisioneras en la inflorescencia y no se ven libres hasta que ésta se descompone.

El caso de la Lampurda espinosa (*Xanthium spinósum*) demuestra hasta qué punto están bien concebidos y surten efecto ciertos sistemas de disseminación. Esa Lampurda es una mala hierba erizada de puntas bárbaras. No hace mucho tiempo era desconocida en Europa occidental, y naturalmente, a nadie se le había ocurrido aclimatarla. Debe sus conquistas a los garfios que adornan las cápsulas de sus frutos y que se enganchan a la lana de los animales. Originaria de Rusia, nos ha llegado en los fardos de lana importados del

fondo de las estepas de la Moscovia, y se podrían seguir sobre el mapa las etapas de esa gran emigrante que se anexionó un nuevo mundo.

La Silena de Italia (*Sileria Itálica*), florecita blanca y cándida que se encuentra debajo de los olivos, ha hecho trabajar su pensamiento en otra dirección. En apariencia muy tímida, muy susceptible, para evitar la visita de insectos incómodos y faltos de delicadeza, guarnece sus tallos de pelos glandulosos por los cuales rezuma un licor viscoso y en que se pegan tan bien los parásitos, que los campesinos del Mediodía utilizan la planta como papamoscas en sus casas. Ciertas especies de Silenas han simplificado el sistema. Como a quien más temen es a la hormiga, les ha parecido que bastaba para cortarles el paso, disponer debajo del nudo de cada tallo un ancho anillo viscoso. Es exactamente lo que hacen los hortelanos cuando trazan en torno del tronco, a fin de detener la ascensión de las orugas, un anillo de brea.

Esto nos conducirá a estudiar los medios de defensa de las plantas. M. Henri Coupin, en un excelente libro de vulgarización *Las plantas originales*, al que remito el lector que desee más amplios detalles, examina algunas de esas armas curiosas. Hay, desde luego, la apasionante cuestión de las espinas, sobre las cuales un alumno de la Sorbona, M. Lothelier, ha hecho curiosísimas experiencias, que prueban que la sombra y la humedad tienden a suprimir las partes punzantes de los vegetales. En cambio, cuanto más árido y quemado por el sol es el lugar en que crece la planta, más se eriza ésta de dardos, como si comprendiese que, casi sola sobreviviente entre las rocas desiertas o sobre la arena calcinada, es necesario que redoble enérgicamente su defensa contra un enemigo que no puede escoger su presa. Además, es de notar que, cultivadas por el hombre, la mayor parte de las plantas espinosas abandonan poco a poco sus armas, dejando el cuidado de su salud al protector sobrenatural que las adopta en su cercado [2].

Ciertas plantas, entre ellas las Borrágineas, reemplazan las espinas por palos muy duros. Otras, como la Ortiga, añaden el veneno. Otras, el Geranio, la Menta, la Ruda, etcétera, para apartar a los animales, se impregnan de olores fuertes. Pero las más extrañas son las que se defienden mecánicamente. No citaré más que la Aspemela, que se rodea de una verdadera armadura de granos de Sílex microscópicos. Casi todas las Gramíneas, a fin de poner obstáculo a la glotonería de las babosas y de los caracoles, introducen cal en sus tejidos.

## X

Antes de emprender el estudio de los complicados aparatos que necesita la fecundación cruzada entre las mil ceremonias nupciales en uso en nuestros jardines, mencionemos las ideas ingeniosas de algunas flores muy sencillas en que los esposos nacen, se aman y mueren en la misma corola. El tipo del sistema es bastante conocido: los estambres u órganos masculinos, generalmente débiles y numerosos, están colocados en torno del pistilo [3], robusto y paciente. «*Mariti et uxores uno eodenque thalamo gaudent*», dice deliciosamente el gran Linneo. Pero la disposición, la forma y las costumbres de esos órganos varían de flor en flor, como si la naturaleza tuviese un pensamiento que aun no puede fijarse o una imaginación que se precia de no repetirse nunca. Con frecuencia el polen, cuando es maduro, cae naturalmente de los estambres sobre el pistilo; pero a menudo también, pistilo y estambres tienen la misma altura, o estos se hallan demasiado apartados o el pistilo es dos veces más alto que ellos. Entonces tienen que hacer esfuerzos infinitos para unirse. Ora, como en la Ortiga, los estambres, en el fondo de la corola, permanecen

acurrucados sobre su tallo, y en el momento de la fecundación, ésta se dispara como un resorte, y la antera o saco de polen que ocupa su extremo lanza una nube de polvo sobre el estigma. Ora, como en el Agracejo, para que el himeneo no pueda realizarse sino durante las bellas horas de un hermoso día, los estambres, distantes del pistilo, son mantenidos contra las paredes de la flor por el peso de dos glándulas húmedas; el sol aparece, evapora el líquido; y los estambres, desprovistos del lastre, se precipitan sobre el estigma. En otras plantas sucede otra cosa: en las Primaveras, por ejemplo, las hembras son unas veces más largas y otras veces más cortas que los machos. En el Lirio, el Tulipán, etc., la esposa, demasiado alta, hace lo que puede para recoger y fijar el polen. Pero el sistema más original y más caprichoso es el de la Ruda «*Ruta graveólens*», una hierba medicinal bastante maloliente, de la banda mal llamada de las emenagogas. Los estambres, tranquilos y dóciles en la corola amarilla, esperan, puestos en círculo en torno del grueso pistilo. A la hora conyugal, obedecen a la orden de la hembra que hace, al parecer, una especie de llamamiento nominal; uno de los machos se acerca y toca el estigma; luego vienen el tercero, el quinto, el séptimo, el noveno, hasta que ha pasado toda la fila impar. Después, en la fila par, viene el turno del segundo, del cuarto, del sexto, etc. El amor a la voz de mando. Esa flor que sabe contar me parecía tan extraordinaria que en un principio no di crédito a lo que decían de ella los botánicos y quise comprobar más de una vez su sentimiento de los números antes de atreverme a confirmarlo. Noté que raramente se equivoca.

Sería abusivo el multiplicar estos ejemplos. Un simple paseo por los campos o los bosques permitirá hacer sobre este punto mil observaciones tan curiosas como las que los botánicos refieren. Pero antes de terminar este capítulo, deseo señalar una última flor, no porque dé pruebas de una imaginación muy extraordinaria, sino por la gracia deliciosa y fácilmente comprensible de su gesto de amor. Es la Nigela de Damasco (*Nigella damascena*), cuyos nombres vulgares son graciosos: Arañuela, en castellano, y en francés: *Cheveux de Venus* (cabellos de Venus), *Diable dans le buisson* (Diablo en el matorral), *Belle aux cheveux déroués* (Bella de los cabellos sueltos), etc., esfuerzos felices y conmovedores de la poesía popular para describir una pequeña planta que le place. Se la encuentra en estado silvestre en el Mediodía, al borde de los caminos y debajo de los olivos, y en el Norte se cultiva con bastante frecuencia en los jardines algo pasados de moda. La flor es de un azul pálido, sencilla como una florecilla de primitivo, y los «Cabellos de Venus, los cabellos sueltos» son las hojas enmarañadas, tenues y ligeras que rodean la corola de un «matorral» de verdura vaporosa. En el nacimiento de la flor, los cinco pistilos, sumamente largos, se hallan estrechamente agrupados en el centro de la corona azul, como cinco reinas vestidas de verde, altivas inaccesibles. En torno de ellas se agolpa sin esperanza la innumerable multitud de sus amantes, los estambres, que no les llegan a las rodillas. Entonces, en el seno de ese palacio de turquesas y de zafiros, en la dicha de los días estivales, empieza el terrible drama, sin palabras y sin desenlace, de la espera impotente, inútil e inmóvil. Pero las horas transcurren, que son los años de la flor. El brillo de ésta se empaña, los pétalos empiezan a desprenderse, y el orgullo de las grandes reinas, bajo el peso de la vida, parece replegarse. En un momento dado, como si obedecieran a la consigna secreta e irresistible del amor, que considera la prueba suficiente, con un movimiento concertado y simétrico, comparable a las armoniosas parábolas de un quintuplo surtidor de agua que vuelve a caer en la taza, todas se inclinan a la vez y recogen graciosamente de labios de sus humildes amantes el polvo de oro del beso nupcial.

## XI

Lo imprevisto, como se ve, abunda aquí. Se podría escribir, pues, un libro voluminoso sobre la inteligencia de las plantas, como Romanes hizo uno sobre la inteligencia de los animales. Pero este bosquejo no tiene, en manera alguna, la pretensión de ser un manual de ese género; quiero simplemente llamar en él la atención sobre algunos acontecimientos interesantes que pasan a nuestro lado, en este mundo en que nos creemos, demasiado vanidosamente, privilegiados. Esos acontecimientos no son escogidos, sino tomados, a título de ejemplos, al azar, de las observaciones y de las circunstancias. Por lo demás, pienso tratar en estas breves notas ante todo de la flor, puesto que en ella se manifiestan las mayores maravillas. Prescindo por ahora de las flores carnívoras, Droseras, Nepentas, Sarraceniadas, etc., que tocan al reino animal y requerirían un estudio especial y desarrollado, para no dedicarme más que a la flor verdaderamente flor, a la flor propiamente dicha, que el vulgo cree insensible e inanimada.

A fin de separar los hechos de las teorías, hablemos de ella como si hubiese previsto y concebido de igual manera que los hombres lo que ha realizado. Veremos más adelante lo que hay que dejarle y lo que conviene que le quitemos. En este momento la tenemos sola en escena, como una princesa magnífica dotada de razón y de voluntad. Es innegable que parece provista de una y otra; y para despojarla de ellas hay que recurrir a hipótesis muy oscuras. Ahí está, pues, inmóvil sobre su tallo, abrigando en un tabernáculo resplandeciente los órganos reproductores de la planta. Parece que no tiene más que dejar que se cumpla en el fondo de ese tabernáculo de amor, la unión misteriosa de los estambres con el pistilo, y muchas flores consienten en ello. Pero ante otras muchas surge lleno de terribles amenazas, el problema, normalmente insoluble, de la fecundación cruzada. ¿En virtud de qué experiencias innumerables e inmemoriales han reconocido que la autofecundación del estigma por el polen caído en las anteras que lo rodean en la misma corola ocasiona rápidamente la degeneración de la especie? Se nos dice que no han reconocido nada, ni se han aprovechado de ninguna experiencia. La fuerza de las cosas eliminó simplemente y poco a poco las semillas y las plantas debilitadas por la autofecundación. Pronto no subsistieron más que aquellas a quienes una anomalía cualquiera, por ejemplo la longitud exagerada del pistilo inaccesible a las anteras, impedían que se fecundasen a sí mismas. No sobreviviendo más que esas excepciones, a través de mil peripecias, la herencia fijó finalmente la obra del azar, y el tipo normal desapareció.

## XII

Más adelante veremos la luz que arrojan estas explicaciones. Por el momento, salgamos esta vez al jardín o al campo a fin de estudiar de más cerca dos o tres invenciones curiosas del genio de la flor. Y ya, sin alejarnos de la casa, he aquí, frecuentada por las abejas, una mata fragante habitada por un mecánico muy hábil. No hay nadie, por poco rústico que sea, que no conozca la buena Salvia. Es una *Labiada* sin pretensiones, lleva una flor muy modesta que se abre enérgicamente como una boca hambrienta, a fin de coger al paso los rayos del Sol. Se encuentra un gran número de variedades las cuales, detalle curioso, no han adoptado o llevado todas a la misma perfección el sistema de fecundación que vamos a examinar.

Pero no me ocupo aquí sino de la Salvia más común, la que recubre en este

momento, como para celebrar el paso de la primavera, de colgaduras violadas todos los muros de mis terrazas de olivos. Os aseguro que los balcones de los grandes palacios de mármol que esperan a los reyes, nunca tuvieron adorno más lujoso ni más feliz ni más fragante. Hasta parecen percibirse los perfumes de las claridades del sol cuando es más caliente que nunca, cuando promete el día...

Para venir a los detalles, el estigma u órgano femenino está encerrado en el labio superior que forma una especie de capucha en que se encuentran igualmente los dos estambres u órganos masculinos. A fin de impedir que fecunden el estigma que comparte el mismo pabellón nupcial, este estigma es dos veces más largo que ellos, de modo que no tienen ninguna esperanza de alcanzarlo. Por lo demás, a fin de evitar todo accidente, la flor se ha hecho *protenandra*, es decir, que los estambres maduran antes que el pistilo, así es que cuando la hembra es apta para concebir, los machos ya han desaparecido. Es preciso, pues, que una fuerza exterior intervenga para realizar la unión transportando un polen ajeno sobre el estigma abandonado. Cierta número de flores, como las *anemófilas*, confían este cuidado al viento. Pero la Salvia, y es el caso más general, es *entomófila*, es decir, que le gustan los insectos y no cuenta sino con la colaboración de éstos. Por lo demás, no ignora —pues sabe muchas cosas— que vive en un mundo en que conviene no esperar ninguna simpatía, ninguna ayuda caritativa. No perderá pues su trabajo haciendo inútiles llamamientos a la complacencia de la abeja. La abeja, como todo lo que lucha contra la muerte en este mundo, no existe más que para sí y para su especie, y no cuida de prestar servicio alguno a las flores que la alimentan. ¿Cómo obligarla a cumplir contra su voluntad, o al menos inconscientemente, su oficio matrimonial? He aquí el maravilloso lazo de amor imaginado por la Salvia: el fondo de su tienda de seda violada destila algunas gotas de néctar: es el cebo. Pero, cortando el acceso del líquido azucarado, se alzan dos tallos paralelos, bastante parecidos a los ejes de un puente levadizo holandés. En lo alto de cada tallo hay una gruesa vesícula, la antera, que oculta el polen; abajo, dos vesículas más pequeñas sirven de contrapeso. Cuando la abeja penetra en la flor, para llegar al néctar, debe empujar con la cabeza las pequeñas vesículas. Los dos tallos, que giran sobre un eje, hacen un movimiento de báscula y las anteras superiores tocan los costados del insecto cubriéndolos de polvo fecundante.

Inmediatamente después de la salida de la abeja, el resorte de los ejes vuelve el mecanismo a su primitiva posición y todo se halla dispuesto a funcionar a una nueva visita.

Sin embargo, eso no es más que la primera mitad del drama; la continuación se desarrolla en otro escenario. En una flor vecina, en que los estambres acaban de mustiarse, entra en escena el pistilo que espera el polen. Sale lentamente de la capucha, se alarga, se inclina, se tuerce, se bifurca, para cerrar a su vez la entrada del pabellón. Yendo al néctar, la cabeza de la abeja pasa libremente bajo la horca suspendida; pero ésta le roza la espalda y los costados, exactamente en los puntos que tocaron los estambres. El estigma bívido absorbe ávidamente el polvo plateado y la impregnación se cumple. Por lo demás, es muy fácil, introduciendo en la flor una pajuela o la extremidad de un fósforo, poner el aparato en movimiento y darse cuenta de la combinación y de la precisión impresionantes y maravillosas de todos sus movimientos.

Las variedades de la Salvia son muy numerosas; se cuentan cerca de quinientas, y omitiré, por no cansaros, la mayor parte de sus nombres científicos, que no siempre son elegantes: *Salvia Pratensis*, *Officinalis* (la de nuestras huertas), *Horminum*, *Horminoides*, *Glutiosas*, *Sclarea*, *Roemeri*, *Azurea*, *Pitcheri*, *Splendens* (la magnífica Salvia carmesí de nuestros encañados de flores), etc. Quizá no se encuentre una sola que no haya modificado

algún detalle del mecanismo que acabamos de examinar. Las unas, perfeccionamiento discutible, han duplicado, y a veces triplicado, la longitud del pistilo, de modo que no solamente sale de la capucha, sino que se dobla en forma de penacho delante de la entrada de la flor. Así evitan el peligro, en rigor posible, de la fecundación del estigma por las anteras alojadas en la misma capucha; pero, en cambio, puede suceder, si la *protenandria* no es rigurosa, que la abeja, al salir de la flor, deposite sobre ese estigma el polen de las anteras con las cuales cohabita. Otras, en el movimiento de báscula, hacen divergir aún más las anteras, las cuales, de ese modo, hieren con más precisión los costados del animal. Otras, en fin, no han logrado ajustar todas las partes del mecanismo. Encuentro, por ejemplo, no lejos de mis Salvias violadas, cerca del pozo, bajo una mata de Adelfas, una familia de flores blancas teñidas de lila pálido. En ellas no se descubre proyecto ni huella de báscula. Los estambres y el estigma ocupan desordenadamente el centro de la corola. No dudo que a quien reuniera las numerosísimas variedades de esta Labiada, le sería posible reconstruir toda la historia, según todas las etapas de la invención, desde el desorden primitivo de la Salvia blanca que tengo a la vista, hasta los últimos perfeccionamientos de la Salvia oficial. ¿Qué decir? ¿El sistema se halla todavía en estudio en la tribu aromática? ¿Nos encontramos aún en el período de los ensayos, como para la espiral de Arquímedes, en la familia del Pipirigallo? ¿No se ha reconocido aún unánimemente la excelencia de la báscula automática? ¿No es pues todo inmutable y preestablecido, sino objeto de discusión y de ensayo en este mundo que creemos fatal y orgánicamente rutinario? [4]

### XIII

Sea como fuere, la flor de la mayor parte de las Salvias ofrece, pues, una elegante solución del gran problema de la fecundación cruzada. Pero así como entre los hombres una invención nueva es en seguida simplificada y mejorada por una multitud de pequeños indagadores infatigables, en el mundo de las flores que podríamos llamar «mecánicas», la patente de la Salvia ha sido revisada, y extrañamente perfeccionada en muchos detalles. Una vulgar Escrofulariácea, la Pedicularia de los bosques (*Pedicularias sylvática*), que seguramente habréis encontrado en las partes umbrosas de los bosquecillos y matorrales, ha introducido en ella modificaciones sumamente ingeniosas. La forma de la corola es casi igual a la de la Salvia; el estigma y las dos anteras se hallan en la capucha superior. Solamente la bolita húmeda del estigma sobresale de la capucha, mientras que las anteras permanecen estrictamente prisioneras en ella. En ese tabernáculo sedoso, los órganos de ambos se hallan pues con estrechez y hasta en contacto inmediato; sin embargo, gracias a una disposición muy diferente de la Salvia, la auto-fecundación es absolutamente imposible. En efecto, las anteras forman dos ampollas llenas de polvo: estas ampollas, cada una de las cuales no tiene más que una abertura, se hallan colocadas una contra otra de manera que las aberturas, coincidiendo, se obturan recíprocamente. Están sujetas en el interior de la capucha, sobre dos tallos doblados que forman resorte, por dos especies de dientes. La abeja o el abejorro que penetra en la flor en busca del néctar, separa necesariamente esos dientes; una vez libres, las ampollas surgen, se lanzan fuera y se abaten sobre la espalda del insecto.

Pero no se detienen aquí el genio y la previsión de la flor. Como lo hace observar H. Müller, que fue el primero en estudiar completamente el prodigioso mecanismo de la Pedicularia, «si los estambres diesen contra el insecto conservando su disposición relativa, no saldría un grano de polvo, puesto que sus orificios se tapan recíprocamente. Pero con

artificio tan sencillo como ingenioso vence la dificultad. El labio inferior de la corola, en vez de ser simétrico y horizontal, es irregular y oblicuo, al extremo de que un lado tiene algunos milímetros de altura más que el otro. El abejorro posado encima no puede guardar a su vez más que una posición inclinada. De lo cual resulta que su cabeza no toca sino una después de otra la salida de la corola. Así es que el disparo de los estambres también se produce sucesivamente, y una tras otra dan contra el insecto, teniendo el orificio libre, y lo hisopean de polvo fecundante.

»Cuando el abejorro pasa luego a otra flor, la fecunda inevitablemente, pues, detalle intencionalmente omitido, lo primero que encuentra al meter la cabeza en la entrada de la corola es el estigma que lo roza en el punto en que, momentos después, va a ser alcanzado por el choque de los estambres, el punto precisamente en que ya lo han tocado los estambres de la flor que acaba de dejar.»

#### XIV

Se podrían multiplicar indefinidamente esos ejemplos; cada flor tiene su idea, su sistema, su experiencia adquirida, de que se aprovecha. Examinando de cerca sus pequeñas invenciones, sus procedimientos diversos, se recuerdan estas interesantísimas exposiciones de máquinas en que el genio mecánico del hombre revela todos sus recursos. Pero nuestro genio mecánico data de ayer, mientras que la mecánica floral funciona desde hace millares de años. Cuando la flor hizo su aparición en la tierra, no había en torno de ella ningún modelo que poder imitar; tuvo que inventarlo todo. En la época de la clava, del arco, de la maza de armas, en los días relativamente recientes en que imaginamos el torno de hilar, la polea, el cabrestante, el ariete; en el tiempo —como quien dice el año pasado,— en que nuestras obras maestras eran la catapulta, el reloj y el telar, la Salvia había construido los espigones giratorios y los contrapesos de su báscula de precisión, y la Pedicularia sus ampollas obturadas como para una experiencia científica, los disparos sucesivos de sus resortes y la combinación de sus planos inclinados. ¿Quién sospechaba, hace menos de cien años, las propiedades de la hélice que el Arce y el Tilo utilizan desde el nacimiento de los árboles? ¿Cuándo llegaremos a construir un paracaídas o un aviador tan rápido, tan ligero, tan sutil y tan seguro como el del Amargón? ¿Cuándo encontraremos el secreto de cortar en un tejido tan frágil como la seda de los pétalos, un resorte tan poderoso como el que lanza al espacio el dorado polen del Esparto? ¿Y la Momórdiga o Pistola de Damas cuyo nombre cité al principio de este pequeño estudio?... ¿Quién nos dirá el misterio de su fuerza milagrosa? ¿Conocéis la Momórdiga? Es una humilde Cucurbitácea, bastante común en el litoral mediterráneo. Su fruto carnoso que parece un pepinito está dotado de una vitalidad y de una energía inexplicables. Por poco que se la toque, en el momento de su madurez, se desprende súbitamente de su pedúnculo por una contracción convulsiva, y lanza a través de la abertura producida por el desprendimiento, mezclado con numerosas semillas, un chorro mucilaginoso, de tan prodigiosa fuerza que echa la semilla a cuatro o cinco metros de la planta natal. El gesto es tan extraordinario como si, a proporción, sacásemos con un solo movimiento espasmódico y lanzásemos todos nuestros órganos, nuestras vísceras y nuestra sangre a medio kilómetro de nuestra piel o de nuestro esqueleto. Por otra parte, gran número de semillas emplean procedimientos de balística, y utilizan fuentes de energía que nos son más o menos desconocidos. Recordad, por ejemplo, las crepitaciones de la Colza y de la Retama; pero uno de los grandes maestros de la artillería vegetal es el Tártago. El Tártago es una Euforbiácea de nuestros climas, una grande «mala hierba» bastante

ornamental, que excede con frecuencia a la estatura del hombre. En este momento, tengo sobre mi mesa, en remojo dentro de un vaso de agua, una rama de Tártago. Lleva bayas trilobadas y verdosas que contienen las semillas. De vez en cuando, una de las bayas estalla con estruendo, y las semillas dotadas de una velocidad inicial prodigiosa dan por todas partes contra los muebles y las paredes. Si una de ellas os da en la cara, diríais que os ha picado un insecto; tan extraordinaria es la fuerza de penetración de esas minúsculas semillas del tamaño de cabezas de alfiler. Examinad la baya, buscad los resortes que la animan; no encontraréis el secreto de esa fuerza, es tan invisible como la de nuestros nervios. El Esparto (*Spártium Júnceum*) tiene no solamente vainas, sino flores de resortes. Quizá os habéis fijado en la admirable planta. Es el más soberbio representante de esa poderosa familia de las Retamas, de vida dura, pobre, robusta, para la cual toda tierra es buena y toda prueba superable. Forma al borde de los caminos y en las montañas del Mediodía, enormes bolas espesas, a veces de tres metros de altura, que de mayo a junio se cubren de una magnífica floración de oro puro, cuyos perfumes mezclados con los de su habitual vecina, la Madreselva, ostenta bajo el furor de un sol calcáreo, delicias que no se pueden definir sino evocando rocíos celestes, fuentes elíseas, frescuras y transparencias de estrellas en grutas azules...

La flor de esa Retama, como la de todas las Leguminosas amariposadas, se parece a la flor de los guisantes de nuestras huertas; y sus pétalos inferiores, adheridos en forma de espolón encierran herméticamente los estambres y el pistilo. Mientras no está madura, la abeja que la explota la encuentra impenetrable. Pero tan pronto como llega para los prometidos esposos cautivos la hora de la pubertad, bajo el peso del insecto que se posa, el espolón cede, la cámara de oro estalla voluptuosamente, proyectando a distancia, con fuerza, sobre el visitante, sobre las flores próximas, una nube de polvo luminoso, que un ancho pétalo dispuesto en forma de alero hace caer, para mayor precaución, sobre el estigma que se trata de impregnar.

## XV

Los que quieran estudiar a fondo todos estos problemas, pueden acudir a las obras de Christian Konrad Spréngel, quien, ya en 1793 y en su curioso trabajo: *Das entdeckte Geheimniss der Natur*, fue el primero que analizó las funciones de los diferentes órganos en las Orquídeas; y a los libros de Charles Darwin, del doctor H. Müller de Lippstadt, de Hildebrant, del italiano Delpino, de Hooker, de Robert Brown y de muchos otros.

En las Orquídeas es donde encontraremos las manifestaciones más perfectas y más armónicas de la inteligencia vegetal. En esas flores atormentadas y extrañas, el genio de la planta alcanza sus puntos extremos y viene a penetrar, con una llama insólita, la pared que separa a los reinos. Es preciso que este nombre de Orquídeas no nos extravíe haciéndonos creer que sólo se trata aquí de flores raras y preciosas, de esas reinas de estufa que más bien parecen reclamar los cuidados del platero que los de un jardinero. Nuestra flora indígena y silvestre, que comprende todas nuestras «Malas hierbas», cuenta más de veinticinco especies de Orquídeas, entre las cuales, justamente, se hallan las más ingeniosas y las más complicadas. Son las que Charles Darwin ha estudiado en su libro: *De la fecundación de las Orquídeas por los insectos*, que es la historia maravillosa de los heroicos esfuerzos del alma de la flor. No sería posible resumir aquí, en pocas líneas, esa abundante y mágica biografía. Sin embargo, puesto que nos ocupamos de la inteligencia de las flores, es necesario dar una idea suficiente de los procedimientos y de las costumbres mentales de la

que supera a todas en el arte de obligar a la abeja o a la mariposa a hacer exactamente lo que ella desea, en la forma y el tiempo prescritos.

XVI

No es fácil hacer comprender, sin figuras, el mecanismo extraordinariamente complejo de la Orquídea; trataré sin embargo de dar una idea suficiente del mismo. Por medio de comparaciones más o menos aproximativas, evitando en lo posible el empleo de términos técnicos, tales como *retináculo*, *labéllum*, *rostéllum*, *polinias*, etc., que no evocan ninguna imagen precisa en las personas poco familiarizadas con la Botánica.

Escojamos una de las Orquídeas más abundantes en nuestras regiones, la *Orchis maculata*, por ejemplo, o más bien, porque es un poco más grande y por consiguiente de observación más fácil, la *Orchis latifolia*, la *Orchis de anchas hojas*, vulgarmente llamada *Pentecostés*. Es una planta vivaz que alcanza de treinta a sesenta centímetros de altura. Es bastante común en los bosques y en las praderas húmedas, y lleva un tirso de florecitas rosadas que se abren en mayo y junio.

La flor tipo de nuestras Orquídeas representa con bastante exactitud una boca fantástica y abierta de dragón chino. El labio inferior, muy prolongado y pendiente, en forma de delantal festoneado y desgarrado, sirve de apeadero o descanso al insecto. El labio superior, redondeado, forma una especie de capucha que abriga los órganos esenciales, mientras que en el dorso de la flor, al lado del pedúnculo, baja una especie de espolón o largo cucurucho puntiagudo que encierra el néctar. En la mayor parte de las flores, el estigma u órgano femenino es una pequeña borla más o menos viscosa que, paciente, en el extremo de un tallo frágil, espera la llegada del polen. En la Orquídea, esa instalación clásica ha quedado desconocida. En el fondo de la boca, en el sitio que ocupa la campanilla en la garganta, se encuentran dos estigmas estrechamente adheridos, sobre los cuales se clava un tercer estigma modificado en un órgano extraordinario. Lleva en su parte superior una especie de bolita, o mejor dicho de media pila llamada *rostéllum*. Esta media taza está llena de un líquido viscoso, en el que se encuentran dos minúsculas bolitas de las que salen dos cortos tallos cargados en su extremidad superior de un paquete de granos de polen cuidadosamente atado.

Veamos ahora lo que sucede cuando el insecto penetra en la flor. Él se posa sobre el labio inferior extendido para recibirlo, y, atraído por el olor del néctar, trata de llegar al cuernito que lo contiene en el fondo. Pero el paso es intencionalmente estrecho; su cabeza, al avanzar, tropieza necesariamente con la media pila. En seguida, ésta, atenta al menor choque, se rasga siguiendo una línea conveniente, y pone al descubierto las dos bolitas untadas del líquido viscoso. Estas últimas, en contacto inmediato con el cráneo del visitante, se pegan sólidamente a él, de modo que, cuando el insecto se separa de la flor, se las lleva, y con ellas los dos tallos que sostienen y en cuyos extremos hay los paquetitos de polen atados. Tenemos, pues, el insecto coronado con dos cuernos rectos. Autor inconsciente de su obra difícil, visita una flor vecina. Si sus cuernos permaneciesen rígidos, iría simplemente a dar con sus paquetes de polen en los paquetes de polen cuya base se empapa del líquido contenido en la media pila vigilante, y del polen que se mezclaría con el polen nada resultaría. Aquí se manifiesta el genio, la experiencia y la previsión de la Orquídea. Esta ha calculado minuciosamente el tiempo que el insecto necesita para chupar el néctar y trasladarse a la flor próxima, y ha notado que, por término medio, empleaba treinta segundos. Hemos visto que los paquetitos de polen van sobre las cortas espigas insertas en las bolitas viscosas; pues bien, en los puntos de inserción se encuentra, debajo

de cada espiga, un pequeño disco membranoso cuya única función consiste en contraer y replegar, al cabo de treinta segundos, cada una de estas espigas, de modo que se inclinen describiendo un arco de 90°. Es el resultado de un nuevo cálculo, no de tiempo esta vez, sino de espacio. Los dos cuernos de polen que coronan el mensajero nupcial, guardan ahora una posición horizontal delante de la cabeza, de modo que, cuando aquél penetra en la flor vecina, tropezarán exactamente con los dos estigmas adheridos, sobre los cuales se encuentra la media pila.

No es esto todo, y el genio de la Orquídea no ha llegado al fin de su previsión. El estigma que recibe el choque del paquete de polen se halla untado de una substancia viscosa. Si esta substancia fuese tan enérgicamente adhesiva como la que encierra la pequeña pila, las masas polínicas, una vez rota su espiga, quedarían todas pegadas a ella, con lo cual habría acabado su destino. Pero es preciso que esto no suceda; es preciso no agotar en una sola aventura las probabilidades del polen, sino multiplicarlas todo lo posible. La flor, que cuenta los segundos y mide las líneas, es química por añadidura y destila dos especies de gomas: una sumamente agarradora y que se pone inmediatamente dura al contacto del aire, para pegar los cuernos de polen sobre la cabeza del insecto, y la otra muy diluida, para el trabajo del estigma. Esta última sólo es bastante adherente para desatar o apartar un poco los hilos tenues y elásticos que envuelven los granos de polen. Algunos de estos granos se pegan a ella, pero la masa polínica no es destruida; y cuando el insecto visita otras flores, continuará casi indefinidamente su obra fecundante.

¿He expuesto todo el milagro? No; habría que llamar aún la atención sobre muchos detalles omitidos, entre ellos, sobre el movimiento de la pequeña pila que, después que su membrana se ha roto para poner al descubierto las bolitas viscosas, levantan inmediatamente su borde inferior, a fin de conservar en buen estado, en el líquido pegajoso, el paquete de polen que el insecto no se haya llevado. Cabría notar también la divergencia muy curiosamente combinada de las espigas polínicas sobre la cabeza del insecto, lo mismo que ciertas precauciones químicas, comunes a todas las plantas; pues muy recientes experiencias de Gaston Bonnier parecen probar que cada flor, a fin de mantener intacta su especie, agrega toxinas que destruyen o esterilizan todos los pólenes ajenos. He aquí, a poca diferencia, lo que vemos; pero en esto, como en todas las cosas, el verdadero y gran milagro empieza donde se detiene nuestra mirada.

## XVII

Acabo de encontrar ahora mismo, en un rincón inculto del olivar, un soberbio pie de Lorogloso que huele a macho cabrío (*Loroglóssum hircinum*), variedad que, no sé por qué causa (quizá por ser sumamente rara en Inglaterra), Darwin no ha estudiado. De todas nuestras Orquídeas indígenas, es la más notable, la más fantástica, la más asombrosa. Si tuviera la talla de las Orquídeas americanas, se podría afirmar que no existe planta quimérica. Figuraos un tirso, del género del Jacinto, pero un poco más alto. Está simétricamente guarnecido de flores ásperas, de tres cuernos, de un blanco verdoso punteado de violado pálido. El pétalo inferior adornado, en su nacimiento, de carúnculas bronceadas, de barbillas recias y de bubones lila de mal augurio, se prolonga sin fin, de una manera loca e inverosímil, en forma de cinta en espiral, del color que toman los ahogados después de un mes de permanencia en el río. Del conjunto, que evoca la idea de las peores enfermedades y parece desarrollarse no sé en qué país de pesadillas irónicas y de maleficios, se desprende un horrible y fuerte olor de macho cabrío pestilente que se esparce

a distancia y revela la presencia del monstruo. Señalo y describo así esa nauseabunda Orquídea, porque es bastante común en Francia, porque se la encuentra fácilmente y porque se presta muy bien en razón de su talla y de la claridad de sus órganos, a las experiencias que sobre ella quieran hacerse. Basta en efecto introducir en la flor, empujándola cuidadosamente hasta el fondo el nectario, la punta de una pajuela, para ver sucederse, a simple vista, todas las peripecias de la fecundación. Rozada al paso, la bolsita o *rostellum* se inclina, descubriendo el pequeño disco viscoso (el Lorigloso no tiene más que uno) que soporta las dos espigas del polen. Enseguida este disco se agarra con violencia al palillo, las dos celdillas que encierran las bolsitas de polen se abren longitudinalmente, y cuando se retira la pajuela, su extremo se halla sólidamente coronado de dos cuernos divergentes y rígidos con bolas de oro en las puntas. Desgraciadamente, no se goza aquí, como en la experiencia con la *Orchislatifolia*, del bonito espectáculo que ofrece la inclinación gradual y precisa de los dos cuernos. ¿Por qué no se inclinan? Basta meter la pajuela coronada en un nectario vecino para observar que este movimiento sería inútil, por cuanto la flor es mucho más grande que la de la *Orchis maculata o latifolia*, y el cono del néctar está dispuesto de tal modo que, cuando el insecto cargado de masas polínicas penetra en él, estas masas llegan exactamente a la altura del estigma que se trata de impregnar.

Añadamos que es preciso, para que la experiencia surta su efecto, escoger una flor bien madura. Ignoramos cuándo lo está; pero el insecto y la flor lo saben, pues ésta no invita a sus huéspedes necesarios, ofreciéndoles una gota de néctar, sino en el momento en que todo su aparato está dispuesto a funcionar.

## XVIII

He aquí el fondo del sistema de fecundación adoptado por la Orquídea de nuestras comarcas. Pero cada especie, cada familia modifica o perfecciona sus detalles según su experiencia, su psicología y sus conveniencias particulares. La *Orchis o Anacamptis pyramidalis*, por ejemplo, una de las más inteligentes, ha añadido a su labio inferior o *labellum* dos pequeñas crestas que guían la trompa del insecto hacia el nectario y la obligan a cumplir exactamente todo lo que se espera de ella. Darwin compara justamente este ingenioso accesorio con el instrumento de que uno se sirve a veces para guiar un hilo por el ojo de una aguja. Otro perfeccionamiento interesante: las dos bolitas que sostienen las espigas de polen y se remojan en la media pila, son reemplazadas por un solo disco viscoso en forma de silla de montar. Si se introduce en la flor, siguiendo el camino que debe seguir la trompa del insecto, una punta de aguja o una cerda, se notan claramente las ventajas de esta disposición más sencilla y más práctica. Tan pronto como la cerda ha rozado la media pila, ésta se rompe siguiendo una línea simétrica, descubriendo el disco en forma de silla que se pega instantáneamente a la cerda. Sacad vivamente esta cerda, y tendréis el tiempo justo de sorprender el bonito movimiento de la silla que, puesta sobre la cerda o la aguja, repliega sus dos alas inferiores para enlazar estrechamente el objeto que la sostiene. Este movimiento tiene por objeto afirmar la adherencia de la silla, y asegurar sobre todo con más precisión que en la *Orquídea de anchas hojas*, la divergencia indispensable de las agujas del polen. Tan pronto como la silla se ha cogido a la cerda y las espigas del polen se han implantado en ella, arrastradas por su contracción necesariamente, empieza el segundo movimiento de las espigas que se inclinan hacia el extremo de la cerda, de la misma manera que en la Orquídea que anteriormente hemos estudiado. Estos dos movimientos combinados se efectúan en treinta o treinta y cuatro segundos.

## XIX

¿No es exactamente así, por menudencias, continuaciones y retoques sucesivos, como progresan las invenciones humanas? Todos hemos seguido, en la más reciente de nuestras industrias mecánicas los perfeccionamientos mínimos, pero incesantes de la luz, de la carburación, del cambio de velocidad. Diríase que las ideas acuden a las flores de la misma manera que se nos ocurren a nosotros. Tantean en la misma obscuridad, encuentran los mismos obstáculos, la misma mala voluntad, en el mismo desconocimiento. Conocen las mismas leyes, las mismas decepciones, los mismos triunfos lentos y difíciles. Parece que tienen nuestra paciencia, nuestra perseverancia, nuestro amor propio; la misma esperanza y el mismo ideal. Luchan como nosotros, contra una gran fuerza indiferente que acaba por ayudarlas. Su imaginación inventiva sigue no solamente los mismos métodos prudentes y minuciosos, los mismos pequeños senderos fatigosos, tortuosos y estrechos, sino que también da saltos inesperados que ponen de pronto en el punto definitivo un hallazgo incierto. Así es como una familia de grandes inventores, entre las Orquídeas, una extraña y rica familia americana, la de las Catasetídeas, con una idea atrevida, trastornó bruscamente cierto número de costumbres que le parecían sin duda demasiado primitivas. Desde luego, la separación de sexos es absoluta; cada uno de ellos tiene su flor particular. Además, la polinia, o, en otros términos, la masa o el paquete de polen, no remoja ya su espiga en una pila llena de goma, esperando allí, un poco inerte, y en todo caso privada de iniciativa, la feliz casualidad que debe fijarla en la cabeza del insecto. Está replegada sobre un poderoso resorte, en una especie de alvéolo. Nada atrae especialmente al insecto hacia ese alvéolo. Por esto las soberbias Catasetídeas no han contado, como las Orquídeas vulgares, con tal o cual movimiento del visitante, movimiento dirigido y preciso, si queréis, pero sin embargo aleatorio. No, el insecto no penetra ya solamente en una flor admirablemente combinada, sino en una flor animada y, al pie de la letra, sensible. Apenas se ha posado el insecto sobre el magnífico atrio de seda cobriza, cuando las largas y nerviosas anteras que necesariamente debe rozar llevan la alarma a todo el edificio. En seguida se rasga el alvéolo en que permanece cautiva, sobre su pedicelo replegado que sostiene un grueso disco viscoso, la masa de polen, dividida en dos paquetes. Bruscamente libre, el pedicelo se dispara como un resorte, arrastrando los dos paquetes de polen y el disco viscoso, que son violentamente proyectados hacia fuera. Gracias a un curioso cálculo balístico, el disco es siempre lanzado hacia delante, y va a dar en el insecto, al cual se adhiere. Este, aturdido por el choque, se apresura a huir de la corola agresiva para refugiarse en una flor vecina. Es todo lo que quería la Orquídea americana.

## XX

¿Señalaré también las simplificaciones curiosas y prácticas que aporta al sistema general otra familia de Orquídeas exóticas, las Cipripediadas? Recordemos siempre las circunvoluciones de las invenciones humanas; tenemos aquí una interesante contraprueba. En el taller un ajustador, en el laboratorio un preparador, un alumno, dice un día el jefe: «¿Si probáramos de hacer todo lo contrario? ¿Si invirtiéramos el movimiento? ¿Si trastrocáramos la mezcla de los líquidos?» Se hace la experiencia; y de lo desconocido sale pronto algo inesperado. Diríase que las Cipripediadas han tenido entre sí conversaciones análogas. Todos conocemos el *Cypripedium* o Chanelo de Venus; es, con su enorme barba

en forma de zueco, su aire duro y ponzoñoso, la flor más característica de nuestras estufas, la que nos parece la Orquídea tipo, por decirlo así. El *Cypripedium* ha tenido el valor de suprimir todo el aparato complicado y delicado de los paquetes de polen con resorte, de las espigas divergentes, de los discos viscosos, de las gomas sabias, etc. Su barba en forma de chanclo y una antera estéril en forma de broquel cierran la entrada de manera que el insecto se ve obligado a pasar su trompa por dos montoncitos de polen. Pero no es éste el punto importante: lo inesperado y anormal es que, al revés de lo que hemos observado en todas las demás especies, no es el estigma, el órgano femenino el que es viscoso, sino el polen mismo, cuyos granos, en vez de ser pulverulentos, se hallan revestidos de una capa tan viscosa que se la puede estirar y alargar en filamentos. ¿Cuáles son las ventajas y los inconvenientes de esta disposición nueva? Es de temer que el polen transportado por el insecto se pegue a otro objeto y no al estigma; en cambio, el estigma no tiene que segregar el fluido destinado a esterilizar todo el polen ajeno. En todo caso, este problema requeriría un estudio particular. Hay privilegios de invención de los cuales no se comprende inmediatamente la utilidad.

## XXI

Para terminar con esa extraña tribu de las Orquídeas, fáltanos decir cuatro palabras acerca de un órgano auxiliar que pone en movimiento todo el mecanismo: el nectario. Este ha sido la parte del genio de la especie, objeto de investigaciones, de tentativas, de experiencias tan inteligentes, tan variadas como las que modifican sin cesar la economía de los órganos esenciales.

El nectario, ya lo hemos dicho, es un largo cono o cuerno puntiagudo que se abre en el fondo de la flor, al lado del pedúnculo, y hace más o menos contrapeso a la corola. Contiene un líquido azucarado, el néctar, de que se alimentan las mariposas, los coleópteros y otros insectos, y que la abeja transforma en miel.

Está, pues, encargado de atraer a los huéspedes indispensables. Se ha amoldado a su talla, a sus costumbres, a sus gustos; está siempre dispuesto de tal manera que no pueden introducir y retirar de él su trompa sino después de haber cumplido escrupulosamente y sucesivamente todos los ritos prescritos por las leyes orgánicas de la flor.

Conocemos ya bastantemente el carácter y la imaginación fantásticos de las Orquídeas, para prever que aquí, como fuera de aquí y hasta más que en las otras flores, porque el órgano más suave se presta más a ello, su espíritu inventivo, práctico, observador y minucioso, da libre curso a la fantasía. Una de ellas, por ejemplo, el *Sarcanthus teretifolius*, como probablemente no llega a elaborar, para pegar el paquete de polen sobre la cabeza del insecto, un líquido viscoso que se endurezca bastante aprisa, ha vencido la dificultad, procurando retrasar todo lo posible la trompa del visitante en los estrechos pasajes que conducen al néctar. El laberinto que ha trazado es tan complicado, que Bauer, el hábil dibujante de Darwin, tuvo que darse por vencido y renunció a reproducirlo.

Las hay que, partiendo del excelente principio de que toda simplificación es un perfeccionamiento, han suprimido osadamente el cuerno del néctar, remplazándolo por ciertas excrescencias carnosas, extrañas y evidentemente succulentas, que los insectos roen. ¿Es necesario añadir que estas excrescencias están siempre dispuestas de tal modo que el huésped que se regala con ellas debe poner necesariamente en movimiento toda la mecánica del polen?

Pero, sin detenernos en mil pequeñas astucias muy variadas, terminemos estos cuentos de hadas con el estudio de los incentivos del *Coryanthes macrantha*. En verdad, ya no sabemos exactamente con qué clase de ser nos las habemos. La asombrosa Orquídea ha imaginado lo siguiente: su lóbulo inferior (*labellum*) forma una especie de cazo en que caen continuamente gotas de un agua casi pura, segregada por dos conos situados encima; cuando este cazo está medio lleno, el agua se escurre por un conducto lateral como por un canalón. Toda esta instalación hidráulica es ya muy notable; pero he aquí dónde empieza la parte inquietante, por no decir diabólica, de la combinación. El líquido que los conos segregan y que se acumula en la taza de seda no es néctar, y no está destinado a atraer a los insectos; tiene una misión mucho más delicada, en el plan realmente maquiavélico de la extraña flor. Los insectos Cándidos son invitados por los azucarados perfumes que esparcen las excrescencias carnosas de que más arriba hemos hablado, a meterse en el lazo. Estas excrescencias se encuentran encima de la taza, en una especie de cámara a que dan acceso dos aberturas laterales. La gruesa abeja visitante —como la flor es enorme no suele seducir sino a los más pesados himenópteros, como si los demás se avergonzasen de penetrar en tan vastos y suntuosos salones—, la gruesa abeja se pone a roer las sabrosas carúnculas. Si estuviera sola una vez terminada su comida, se iría tranquilamente, sin rozar siquiera la taza llena de agua, el estigma y el polen; y no sucedería nada de lo que se requiere. Pero la sabia Orquídea ha observado la vida que se agita en torno de ella. Sabe que las abejas forman un pueblo innumerable, ávido y afanoso, que salen a millares a las horas de sol, que basta que un perfume vibre como un beso en el umbral de una flor que se abre, para que ellas acudan en masa al festín preparado bajo la tienda nupcial. Ya tenemos a dos o tres saqueadores en la cámara azucarada, el lugar es exiguo, las paredes resbaladizas, las convidadas brutales. Estas se apresuran y se empujan, de modo que una de ellas acaba siempre por caer en la taza que la espera bajo la pérfida comida. La abeja encuentra allí un baño inesperado; moja concienzudamente en el líquido sus bellas alas diáfanas, y, a pesar de inmensos esfuerzos, no logra emprender de nuevo su vuelo. Aquí la espera la astuta flor. Para salir de la taza mágica, no existe más que una sola abertura; la canal por donde se va el agua sobrante del depósito. Tiene apenas la anchura necesaria para el paso del insecto cuya espalda toca desde luego la superficie pegajosa del estigma, y después las glándulas viscosas de las masas de polen que la esperan a lo largo de la bóveda. Escapa así, cargada del polvo adhesivo; entra en una flor vecina, en que se repite el drama de la comida, de los empujones, de la caída, del baño y de la evasión, que pone por fuerza en contacto con el ávido estigma el polen importado.

He aquí pues una flor que conoce y explota las pasiones de los insectos. No es posible pretender que todo esto no son más que interpretaciones más o menos románticas; no, los hechos son de observación precisa y científica, y es imposible explicar de otra manera la utilidad y la disposición de los diversos órganos de la flor. Hay que aceptar la evidencia. Esa astucia increíble y eficaz es tanto más sorprendente, cuanto que no tiende aquí a satisfacer la necesidad de comer, inmediata y urgente, que aguza las inteligencias más obtusas; no mira más que a un ideal remoto: la prolongación de la especie.

Pero, se dirá, ¿a qué vienen esas complicaciones fantásticas que no conducen sino a agrandar los peligros del azar? No nos apresuremos a juzgar y contestar. Respecto a las razones de la planta, lo ignoramos todo. ¿Sabemos los obstáculos que encuentra por la parte

de la lógica y de la sencillez? ¿Conocemos en el fondo, una sola de las leyes orgánicas de su existencia y de su desarrollo? El que desde lo alto de Marte o Venus nos viese empeñados en la conquista del aire, preguntaría también: ¿A qué vienen esos aparatos informes y monstruosos, esos globos, esos aeroplanos, esos paracaídas, cuando sería tan sencillo imitar a los pájaros poniéndose en los brazos un par de alas suficientes?

### XXIII

A estas pruebas de inteligencia la vanidad un poco pueril del hombre opone la objeción tradicional: Sí, las flores crean maravillas, pero esas maravillas son eternamente las mismas. Cada especie, cada variedad tiene un sistema, y, de generaciones en generaciones, no introduce ningún mejoramiento apreciable. Es cierto que desde que las observamos, es decir, desde hace unos cincuenta años no hemos visto el *Coryarthes macrantha* o las *Catasetídeas* perfeccionar su armadizo; es todo lo que podemos afirmar, y es en verdad insuficiente. ¿Hemos intentado siquiera las experiencias más elementales, sabemos lo que harían al cabo de un siglo las generaciones sucesivas de nuestra asombrosa Orquídea bañera puestas en un centro diferente, entre insectos insólitos?

Además, los nombres que damos a los géneros, especies y variedades acaban por engañarnos y creamos de este modo imaginarios tipos que creemos fijos, cuando probablemente no son más que representantes de una misma flor que continúa modificando lentamente sus órganos según lentas circunstancias.

Las flores precedieron a los insectos en la tierra; por consiguiente, cuando aparecieron estos, aquéllas tuvieron que adaptar a las costumbres de esos colaboradores imprevistos toda una maquinaria nueva. Este solo hecho, geológicamente incontestable, entre todo lo que ignoramos, basta para establecer la evolución, y esta palabra un poco vaga ¿no significa, en último análisis, adaptación, modificación, progreso inteligente?

Para no recurrir a ese acontecimiento prehistórico, sería fácil agrupar un gran número de hechos que demostrarían que la facultad de adaptación y de progreso inteligentes no está exclusivamente reservada a la especie humana. Sin volver sobre los capítulos detallados que consagré a este asunto en *La Vida de las Abejas*, recordaré simplemente dos o tres detalles tópicos allí citados. Las abejas, por ejemplo, han inventado la colmena. En estado silvestre y primitivo y en su país de origen, trabajan al aire libre. Es la incertidumbre, la inclemencia de nuestras estaciones septentrionales lo que les dio la idea de buscar un abrigo en los huecos de las rocas o de los árboles. Esta idea genial hizo que se entregasen a la recolección de néctar y a los cuidados de los alvéolos los millares de obreras antes inmovilizadas en torno de los panales a fin de mantener en ellos el calor necesario. No es raro, sobre todo en el Mediodía, que durante los veranos excepcionalmente benignos, vuelvan a las costumbres tropicales de sus antepasados [5].

Otro hecho: transportada a la Australia o a California, nuestra abeja negra cambia completamente de costumbres. A partir del segundo o tercer año, habiendo observado que el estío es perfecto, que las flores nunca faltan, vive al día, se contenta con recoger la miel y el polen indispensables para el consumo diario, y como su observación reciente y razonada puede más que la experiencia hereditaria, deja de hacer provisiones. En el mismo orden de ideas, Büchner menciona un rasgo que prueba igualmente la adaptación a las circunstancias, no lenta, secular, inconsciente y fatal, sino inmediata e inteligente: en la Barbada, en medio de las refineries en que, durante todo el año encuentran azúcar en abundancia, las abejas cesan completamente de visitar las flores.

Recordaremos en fin el curioso mentís que dieron a dos sabios entomólogos ingleses: Kirby y Spence. «Enseñadnos, decían éstos, un solo caso en que, apremiadas por las circunstancias, hayan tenido la idea de sustituir con arcilla o argamasa la cera y el propóleo, y convendremos en que son capaces de razonar».

«Para precaverse de la lluvia, habían instalado cercas y trabazones espesas, y cortinas contra el sol. No puede formarse idea de la perfección de la industria de las abejas sino viendo de cerca la arquitectura de las dos modificaciones que hoy se encuentran en el Museum.»

Apenas habían manifestado ese deseo bastante arbitrario, cuando otro naturalista, Andrés Knight, después de haber embadurnado con una especie de cemento hecho con cera y trementina la corteza de ciertos árboles, observó que sus abejas renunciaban enteramente a recolectar el propóleo y no empleaban más que esta sustancia nueva y desconocida que encontraban preparada y en abundancia en las cercanías de su albergue. Pero es sabido, en la práctica apícola, que cuando hay escasez de polen, basta poner a su disposición algunos puñaditos de harina, para que comprendan inmediatamente que ésta puede prestarles los mismos servicios que el polvo de las anteras, aunque el sabor, el olor y el color sean absolutamente distintos.

Lo que acabo de recordar respecto a las abejas, pienso que podría comprobarse, *mutatis mutandis*, en el reino de las flores. Probablemente bastaría que el admirable esfuerzo evolutivo de las numerosas variedades de la Salvia, por ejemplo, fuese sometido a algunas experiencias y estudiado más metódicamente de lo que es capaz de hacerlo un profano como yo. Mientras tanto, entre otros muchos indicios fáciles de reunir, un curioso estudio de Babinet sobre los cereales nos enseña que ciertas plantas, transportadas lejos de su clima habitual, observan las circunstancias nuevas y sacan partido de ellas, exactamente como hacen las abejas. En las regiones más cálidas del Asia, del África y de América, en que el invierno no lo mata anualmente, nuestro trigo vuelve a ser lo que debió ser en su origen: una planta vivaz como el césped. Allí permanece siempre verde y se multiplica por la raíz. Cuando, de su patria tropical y primitiva, vino a aclimatarse a nuestras heladas regiones, tuvo que cambiar radicalmente de costumbres e inventar un nuevo modo de multiplicación. Como dice bien Babinet, «el organismo de la planta, gracias a un inconcebible milagro, pareció presentir la necesidad de pasar por el estado de grano, a fin de no perecer completamente durante la estación rigurosa».

## XXIV

En todo caso, para destruir la objeción de que hablamos más arriba y que nos ha hecho dar tan largo rodeo, bastaría que el acto de progreso inteligente se observara, aunque no fuese más que una vez, fuera de la humanidad. Pero aparte del placer que causa el refutar un argumento demasiado vanidoso y caducado ¡qué poca importancia tiene, en el fondo, esa cuestión de la inteligencia personal de las flores, de los insectos o de los pájaros! Que se diga, a propósito de la Orquídea como de la abeja, que es la Naturaleza y no la planta o la mosca la que calcula, combina, adorna, inventa y razona. ¿Qué interés puede tener para nosotros esa distinción? Domina esos detalles una cuestión mucho más elevada y más digna de nuestra apasionada atención. Trátase de descubrir el carácter, la cualidad, las costumbres y quizá el fin de la inteligencia general de donde emanan todos los actos inteligentes que se cumplen en la tierra. Desde este punto de vista es desde donde el estudio de los seres —entre ellos las hormigas y las abejas—, en quienes se manifiestan más

claramente, fuera de la forma humana, los procedimientos y el ideal de ese genio, es uno de los más curiosos que se pueden emprender. Parece, después de todo lo que acabamos de observar, que esas tendencias, esos métodos intelectuales son al menos tan complejos tan avanzados, tan notables en las Orquídeas como en los Himenópteros sociales. Añadamos que un gran número de móviles, que una parte de la lógica de esos insectos agitados y de observación difícil nos escapan todavía, al paso que descubrimos sin trabajo todos los motivos silenciosos, todos los razonamientos estables y sabios de la pacífica flor.

## XXV

¿Y qué observamos, al sorprender en su trabajo a la Naturaleza, a la Inteligencia general, al Genio universal (el nombre poco importa) en el mundo de las flores? Muchas cosas y, por no hablar de ellas más que de paso, pues el asunto se prestaría a un largo estudio, observamos desde luego que su idea de belleza y de alegría, que sus medios de seducción y sus gustos estéticos se parecen mucho a los nuestros. Pero sin duda sería más exacto afirmar que los nuestros son semejantes a los suyos. Porque no es seguro que hayamos inventado una belleza que nos sea propia. Todos nuestros motivos arquitectónicos y musicales, todas nuestras armonías de color y de luz, etc., son directamente tomadas de la Naturaleza. Sin evocar el mar, la montaña, los cielos, la noche, los crepúsculos ¿qué no podría decirse, por ejemplo, sobre la belleza de los árboles? Hablo no solamente del árbol considerado en el bosque, que es una de las fuerzas de la tierra, quizá la principal fuente de nuestros instintos, de nuestro sentimiento del universo, sino del árbol en sí, del árbol solitario, cuya verde vejez está cargada de un millar de estaciones. Entre estas impresiones que, sin que lo sepamos, forman el hueco límpido y quizá el fondo de felicidad y de calma de toda nuestra existencia ¿quién de nosotros no guarda memoria de algunos hermosos árboles? Cuando se ha pasado la mitad de la vida, cuando se llega al término del período maravillado, cuando se han agotado casi todos los espectáculos que puedan ofrecer el arte, el genio y el lujo de los siglos y de los hombres, después de haber experimentado y comparado muchas cosas, se vuelve a sencillísimos recuerdos.

Estos levantan en el horizonte purificado, dos o tres imágenes inocentes, invariables y frescas, que quisiéramos llevarnos en el último sueño, si es verdad que una imagen puede pasar el umbral que separa nuestros dos mundos. Yo no imagino paraíso, ni vida de ultratumba por espléndida que sea, en que no estuviesen en su sitio tal magnífica Haya de la Sainte-Baume, tal Ciprés o tal Pino parasolado de Florencia o de una humilde ermita vecina de mi casa, que ofrecen al transeúnte el modelo de todos los grandes movimientos de resistencia necesaria, de valor tranquilo, de empuje, de gravedad, de victoria silenciosa y de perseverancia.

## XXVI

Pero me aparto demasiado; quería notar simplemente, a propósito de la flor, que la Naturaleza, cuando quiere ser bella, cuando quiere agradar, regocijar y mostrarse dichosa, hace a poca diferencia lo que haríamos nosotros si dispusiéramos de sus tesoros. Sé que al hablar así, hablo un poco como aquel personaje que admiraba que la Providencia hiciese pasar siempre los grandes ríos cerca de las grandes ciudades; pero es difícil considerar estas cosas desde otro punto de vista que el humano. Por tanto, desde este punto de vista, consideremos que conoceríamos muy pocas señales, muy pocas expresiones de felicidad si

no conociésemos la flor. Para juzgar bien su fuerza de alegría y de belleza, hay que habitar un país en que reina en absoluto, como el rincón de Provenza, entre la Siagna y el Loup, en que escribo estas líneas. Aquí es verdaderamente la única soberana de los valles y de las colinas. Los campesinos han perdido la costumbre de cultivar aquí el trigo, como si ya sólo tuviesen que proveer a las necesidades de una humanidad más sutil que se alimentase de perfumes suaves y de ambrosía. Los campos no forman más que un ramillete que se renueva sin cesar, y los perfumes que se suceden parecen danzar la ronda en torno del año azulado. Las Anémonas, los Alelíos, las Mimosas, las Violetas, los Claveles, los Narcisos, los Jacintos, los Junquillos, los Resedas, los Jazmines, las Tuberosas invaden los días y las noches, los meses de invierno, de estío, de primavera y de otoño. Pero la hora magnífica pertenece a las Rosas de Mayo. Entonces, hasta más allá de donde alcanza la vista, desde las vertientes de las colinas hasta las hondonadas de las llanuras, entre diques de viñas y de olivares, afluyen de todas partes como un río de pétalos del que emergen las casas y los árboles, un río del color que damos a la juventud, a la salud y a la alegría. Diríase que el aroma a la vez cálido y fresco, pero sobre todo espacioso, que entreabre el cielo, emana directamente de los manantiales de la beatitud. Los caminos, los senderos están cortados en la pulpa de la flor, en la substancia misma de los Paraísos. Parece que, por primera vez en la vida, tengamos una visión satisfactoria de la felicidad.

## XXVII

Siempre desde nuestro punto de vista humano, y para perseverar en la ilusión necesaria, a la primera observación añadamos otra algo más extensa, un poco menos aventurada, y quizá de grandes consecuencias, a saber: que el Genio de la Tierra, que es probablemente el del mundo entero, obra, en la lucha vital, exactamente como obraría un hombre. Emplea los mismos métodos, la misma lógica. Llega al fin por los medios que nosotros pondríamos en práctica; tantea, vacila, suspende y vuelve a empezar varias veces, añade, elimina, reconoce y rectifica sus errores como lo haríamos nosotros en su lugar. Se aplica, inventa penosamente y poco a poco, como los obreros y los ingenieros de nuestros talleres. Lucha, como nosotros, contra la masa pesada, enorme y oscura de su ser. Tampoco sabe a dónde va; se busca y se descubre poco a poco. Tiene un ideal muchas veces confuso, pero en el cual se distingue sin embargo una multitud de grandes líneas que se eleva hacia una vida más ardiente, más compleja, más nerviosa, más espiritual. Materialmente, dispone de recursos infinitos, conoce el secreto de prodigiosas fuerzas que ignoramos; pero, intelectualmente, parece estrictamente ocupar nuestra esfera, sin que hasta aquí observemos que rebase sus límites; y si nada busca más allá ¿no es porque nada hay fuera de esta esfera? ¿No es decir que los métodos del espíritu humano son los únicos posibles, que el hombre no se ha engañado, que no es ni una excepción ni un monstruo, sino el ser por quien pasan, en quien se manifiestan más intensamente las grandes voluntades, los grandes deseos del Universo?

## XXVIII

Los puntos de mira, los signos para guiarse nuestro conocimiento emergen lentamente, parsimoniosamente. Quizá la imagen famosa de Platón, la caverna en cuyos muros se reflejan sombras inexplicables, no es ya suficiente; pero si se la quisiese sustituir con una imagen nueva y más exacta, no sería más consoladora. Imaginaos esa caverna más

grande. Nunca penetraría en ella un rayo de claridad. A excepción de luz y fuego, se la habría provisto cuidadosamente de todo lo que constituyó nuestra civilización; y en ella habría hombres prisioneros desde su nacimiento. No habiendo visto nunca la luz, no la echarían de menos; no serían ciegos, no tendrían los ojos muertos, pero no teniendo nada que mirar, se convertirían probablemente en el órgano más sensible del tacto.

A fin de comprender sus gestos, imaginemos a esos desdichados en sus tinieblas, en medio de la multitud de objetos desconocidos que los rodean. ¡Qué de extrañas equivocaciones, qué de desviaciones increíbles, qué de interpretaciones imprevistas! ¡Pero cómo parecería impresionable y con frecuencia ingenioso el partido que hubiesen podido sacar de cosas que no habían sido creadas para la noche!... ¿Cuántas veces hubieran acertado, y cuál no sería su estupefacción, si de pronto, a la claridad del día, descubriesen la naturaleza y el destino verdadero de útiles y aparatos que habrían apropiado de la mejor manera posible a las incertidumbres de la sombra?...

Sin embargo, relativamente a la nuestra, su situación parece sencilla y fácil. El misterio en que se arrastran es limitado. No están privados más que de un sentido, mientras que es imposible calcular el número de los que nos faltan. La causa de sus errores es única y no pueden contarse las de los nuestros.

Puesto que vivimos en una caverna de ese género, ¿no es interesante reconocer que el poder que en ella nos ha puesto obra a menudo y sobre algunos puntos importantes, como obramos nosotros? Son claridades en nuestro subterráneo las que nos muestran que no nos hemos equivocado sobre el uso de todos los objetos que en él se encuentran; y algunas de esas claridades nos las traen allí los insectos y las flores.

## XXIX

Durante mucho tiempo hemos puesto un orgullo necio en creernos seres milagrosos, únicos y maravillosamente fortuitos, probablemente caídos del otro mundo, sin vínculos ciertos con el resto de la vida, y, en todo caso, dotados de una facultad insólita, incomparable, monstruosa. Es muy preferible no ser tan prodigioso, pues hemos aprendido que los prodigios no tardan en desaparecer en la evolución normal de la naturaleza. Es mucho más consolador observar que seguimos la misma ruta que el alma de este gran mundo, que tenemos las mismas ideas, las mismas esperanzas, las mismas vicisitudes y casi —a no ser por nuestro sueño específico de justicia y de piedad—, los mismos sentimientos. Es mucho más tranquilizador asegurarse de que empleamos, para mejorar nuestra suerte, para utilizar las fuerzas, las ocasiones, las leyes de la materia, medios exactamente iguales a los que ella emplea para iluminar y ordenar sus regiones insumisas e inconscientes; que no hay otros, que estamos en lo cierto, que estamos bien en nuestro lugar y en nuestra casa en este universo amasado con substancias desconocidas; pero cuyo pensamiento es, no impenetrable y hostil, sino análogo o conforme al nuestro.

Si la naturaleza lo supiese todo, si no se equivocase nunca, si en todas partes, en todas sus empresas, se mostrase desde luego perfecta e infalible, si revelase en todo una inteligencia inconmensurablemente superior a la nuestra, entonces habría motivo para temer y perder el ánimo. Nos sentiríamos víctima y presa de un poder ajeno, que no tendríamos ninguna esperanza de conocer o medir. Es muy preferible convencernos de que ese poder, al menos desde el punto de vista intelectual, es estrechamente pariente del nuestro. Nuestro espíritu bebe en las mismas fuentes que el suyo. Somos del mismo mundo, casi iguales. No tratamos ya con dioses inaccesibles, sino con voluntades veladas y

fraternales, que se trata de sorprender y dirigir.

XXX

Se me figura que no sería muy temerario sostener que no hay seres más o menos inteligentes, sino una inteligencia esparcida, general, una especie de fluido universal que penetra diversamente, según sean buenos o malos conductores del espíritu, los organismos que encuentra. En tal caso, el hombre sería hasta ahora, en la tierra, el modo de vida que ofrecería menor resistencia a ese fluido que las religiones llaman divino. Nuestros nervios serían los hilos por donde se distribuiría esa electricidad más sutil. Las circunvoluciones de nuestro cerebro formarían en cierta manera la canilla de inducción en que se multiplicaría la fuerza de la corriente; pero esta corriente no sería de otra naturaleza, no procedería de otro origen que la que pasa por la piedra, por el astro, por la flor o por el animal.

Pero misterios son éstos que es ocioso interrogar, puesto que aún no poseemos el órgano que pueda recoger su contestación. Contentémonos con haber observado, fuera de nosotros, ciertas manifestaciones de esa inteligencia. Todo lo que observamos en nosotros mismos es con razón sospechoso: somos juez y parte a la vez, y estamos demasiado interesados en poblar nuestro mundo de ilusiones y de esperanzas magníficas. Pero que el menor indicio exterior nos sea caro y precioso. Los que las flores acaban de ofrecernos son probablemente pequeñísimos, comparados con los que nos dirían las montañas, el mar y las estrellas, si sorprendiéramos el secreto de su vida. Sin embargo, nos permiten presumir, con más seguridad, que el espíritu que anima todas las cosas o se desprende de ellas es de la misma esencia que el que anima a nuestro cuerpo. Si se nos parece, si a él nos parecemos así, si todo lo que se encuentra en él se encuentra en nosotros mismos, si emplea nuestros métodos, si tiene nuestras costumbres, nuestras preocupaciones, nuestras tendencias, nuestros deseos hacia la perfección ¿es ilógico esperar todo lo que esperamos instintivamente, invenciblemente, puesto que es casi seguro que él lo espera también? ¿Es verosímil, cuando hallamos desparramada en la vida tal suma de inteligencia, que esa vida no haga obra de inteligencia, es decir que no persiga un fin de felicidad, de perfección, de victoria sobre lo que llamamos el mal, la muerte, las tinieblas, la nada, que no es probablemente más que la sombra de su faz o su propio sueño?

## LOS PERFUMES

Después de haber hablado con bastante extensión de la inteligencia de las flores, parecerá natural que digamos cuatro palabras de su alma, que es su perfume. Desgraciadamente aquí, lo mismo que para el alma del hombre, perfume de otra esfera en que se empapa la razón, llegamos en seguida a lo desconocido. Ignoramos casi enteramente la intención de esa zona de aire encantado e invisiblemente magnífico que las corolas esparcen en torno de ellas. Es en efecto muy dudoso que sirva principalmente para atraer a los insectos. Desde luego, muchas flores, entre las más olorosas, no admiten la fecundación cruzada, de modo que la visita de la abeja o de la mariposa les es indiferente o importuna. Además, lo que llama a los insectos es únicamente el polen y el néctar, los cuales generalmente no tienen olor sensible. Así es que los vemos desdeñar las flores más deliciosamente perfumadas, tales como la Rosa y el Clavel, para asediar en masa las del Arce o del Avellano, cuyo aroma podemos decir que es nulo.

Confesemos pues que aún no sabemos qué utilidad tienen los perfumes para la flor, como ignoramos por qué los percibimos. El olfato es en efecto, el más inexplicado de los sentidos. Es evidente que la vista, el oído, el tacto y el gusto son indispensables para nuestra vida animal. Sólo una larga educación nos enseña a gozar desinteresadamente de las formas, de los colores y de los sonidos. Por lo demás, nuestro olfato ejerce también importantes funciones serviles. Es el guardián del aire que respiramos, es el higienista y el químico que vela cuidadosamente sobre la calidad de los alimentos ofrecidos, pues toda emanación desagradable revela la presencia de gérmenes sospechosos o peligrosos.

Pero al lado de esta misión práctica, hay otra que al parecer no responde a nada. Los perfumes son del todo inútiles a nuestra vida física. Demasiado violentos, demasiado permanentes, hasta pueden ser hostiles. Sin embargo, poseemos una facultad que se regocija de ellos y de ellos nos trae la buena noticia con tanto entusiasmo y convicción como si se tratase del descubrimiento de un fruto o de un brebaje delicioso. Esa inutilidad merece nuestra atención. Debe ocultar un buen secreto. He aquí la única ocasión en que la naturaleza nos procura un placer gratuito, una satisfacción que no adorna un lazo de la necesidad. El olfato es el único sentido de lujo que la naturaleza nos ha dado; por esto parece casi ajeno a nuestro organismo. ¿Es un aparato que se desarrolla o se atrofia, una facultad que se duerme o se despierta? Todo hace creer que evoluciona con nuestra civilización. Los antiguos casi no se ocupaban sino de los buenos olores más brutales, más pesados, más sólidos, por decirlo así, tales como el almizcle, el benjuí, la mirra, el incienso, etc., y el aroma de las flores es muy raramente mencionado en los poemas griegos y latinos y en la literatura hebraica. Y en el día, ¿vemos a nuestros campesinos, hasta en sus más largos ocios, pensar en oler una Violeta o una Rosa? ¿No es, sin embargo, el primer gesto del habitante de las grandes ciudades que descubre una flor? Hay pues motivos para admitir que el olfato es el último de nuestros sentidos, el único quizá que no se halla «en vías de regresión», como dicen pesadamente los biólogos. Este es un motivo para que le concedamos nuestra atención, lo interroguemos y cultivemos sus posibilidades. ¿Quién sabe las sorpresas que nos reservaría si igualase, por ejemplo, la perfección del ojo, como sucede en el perro que vive tanto por la nariz como por los ojos?

Hay ahí un mundo inexplorado. Este sentido misterioso que, a primera vista, parece casi ajeno a nuestro organismo, cuando se le observa mejor resulta quizá el que más íntimamente lo penetra. ¿No somos ante todo seres aéreos? El aire ¿no es para nosotros el elemento más absoluto y prontamente indispensable, y el olfato no es precisamente el único sentido que de él percibe algunas partes?

Los perfumes, que son los joyeles de este aire que nos hace vivir, no lo adornan sin razón. No sería sorprendente que ese lujo no comprendido respondiese a algo muy profundo y muy esencial, y más bien, como acabamos de ver, a algo aún no existente que a algo que no existe ya. Es muy posible que este sentido, el único que mira al porvenir, aprecia ya las manifestaciones más impresionables de una forma o de un estado feliz y saludable de la materia que nos reserva muchas sorpresas.

Mientras tanto, no pasa aún de las percepciones más violentas, menos sutiles. Apenas si sospecha, con la ayuda de la imaginación, los profundos y armoniosos efluvios que envuelven evidentemente los grandes espectáculos de la atmósfera y de la luz. Como estamos a punto de comprender los de la lluvia o del crepúsculo ¿por qué no habíamos de llegar a descubrir y fijar el perfume de la nieve, del hielo, del rocío de la mañana, de las primicias del alba, del centelleo de las estrellas? Todo debe tener su perfume, aún inconcebible, en el espacio, hasta un rayo de luna, un murmullo del agua, una nube que

pasa, una sonrisa del cielo.

La casualidad, o más bien la elección de la vida, me ha traído actualmente al lugar en que nacen y se elaboran casi todos los perfumes de Europa. En efecto, como todo el mundo sabe, sobre la faja de tierra luminosa que se extiende de Cannes a Niza es donde las últimas colinas y los últimos valles de flores vivas y sinceras sostienen una heroica lucha contra los groseros olores químicos de Alemania, los cuales son exactamente a los perfumes naturales lo que son a las olmedas y a las llanuras de la verdadera campiña, las olmedas y las llanuras pintadas de un teatro.

El trabajo del campesino se rige aquí por una especie de calendario únicamente floral, en que dominan, en mayo y en junio, dos adorables reinas: la Rosa y el Jazmín. En torno de estas dos soberanas del año, una de color de aurora y la otra vestida de estrellas blancas, desfilan de enero a diciembre, las innumerables y prontas Violetas, los tumultuosos Junquillos, los Cándidos Narcisos, de ojo maravillado, las Mimosas enormes, el Reseda, el Clavel cargado de preciosas especias, el Geranio imperioso, la flor del Naranja tiránicamente virginal, el Espliego, la Ginesta de España, la demasiado fuerte Tuberosa y la Acacia Vera, que lleva una flor parecida a una oruga anaranjada.

Desde luego causa extrañeza ver los rústicos campesinos que la dura necesidad desvía en todas partes, menos aquí, de las sonrisas de la vida, tomar las flores en serio, manejar cuidadosamente estos frágiles ornamentos de la tierra, desempeñar un trabajo de abeja o de princesa y doblegarse bajo cargas de Violetas y Junquillos. Pero la impresión más intensa es la de ciertas tardes o de ciertas mañanas de la estación de las Rosas o del Jazmín. Diríase que la atmósfera de la tierra acaba de cambiar súbitamente, que ha cedido el puesto a la de un planeta infinitamente feliz, en que el perfume no es ya, como en la tierra, fugitivo, impreciso y precario; sino estable, vasto, lleno, permanente, generoso, normal, inalienable.

Se ha trazado más de una vez —así me lo imagino al menos— hablando de Grasse y de sus contornos, el cuadro de esa industria casi mágica que ocupa a toda una población laboriosa, asentada en la falda de una montaña como una colmena bañada por el sol. Se debe haber explicado las magníficas carretadas de Rosas descargadas a la puerta de las humeantes fábricas, las vastas salas en que las escogedoras nadan materialmente en un mar de pétalos, la llegada menos obstruyente pero más preciosa de las Violetas, de las Tuberosas, de la Acacia Vera, del Jazmín, en anchos cestos que las campesinas llevan noblemente sobre la cabeza. Se debe haber descrito los procedimientos diversos por los cuales se arrancan a las flores, según su carácter, para fijarlo en el cristal, los maravillosos secretos de su corazón. Se sabe que las unas, las Rosas por ejemplo, están llenas de complacencias y de buena voluntad y entregan su aroma con sencillez. Se las mete en enormes calderas, tan altas como las de nuestras locomotoras, por donde pasa vapor de agua. Poco a poco su aceite esencial, más costoso que una gelatina de perlas, cae gota a gota por un tubo de cristal estrecho como una pluma de ganso, del alambique que parece un monstruo dando penosamente a luz una lágrima de ámbar.

Pero la mayor parte de las flores dejan aprisionar menos fácilmente su alma. No hablaré aquí de todos los tormentos infinitamente variados que se les aplica para obligarlas a abandonar al fin el tesoro que ocultan con desesperación en el fondo de su corola. Bastará, para dar una idea de la astucia del verdugo y de la obstinación de ciertas víctimas, recordar el suplicio del *enfloraje* en frío que sufren, antes de romper el silencio, el Junquillo, el Reseda, la Tuberosa y el Jazmín. Observemos de paso que el perfume del Jazmín es el único inimitable, el único que no puede obtenerse por medio de la sabia

combinación de otros olores.

Se extiende una capa de grasa, de dos dedos de espesor, sobre grandes cristales, y la grasa se cubre de flores. ¿En virtud de qué hipócritas maniobras, de qué persuasivas promesas, la grasa obtiene irrevocables confianzas? Lo cierto es que, al poco tiempo, las pobres flores demasiado confiadas no tienen ya nada que perder. Cada mañana se las quita y se las echa al lugar de los despojos, y uña nueva capa de ingenuas flores las reemplaza sobre la grasa insidiosa. Estas ceden a su vez, sufren la misma suerte, y otras y otras las siguen. Sólo al cabo de tres meses, es decir, después de haber devorado noventa generaciones de flores, la grasa ávida y capciosa, saturada de abandonos y confianzas embalsamadas, se niega a despojar nuevas víctimas.

La Violeta resiste a las instancias de la grasa fría; hay que añadir el suplicio del fuego. Se calienta la manteca de puerco (sin sal) en el baño de maría. Mediante este bárbaro procedimiento, la humilde y suave flor de los senderos primaverales pierde poco a poco la fuerza que guardaba su secreto. Se rinde, se entrega; y su verdugo líquido, antes de hallarse repleto, absorbe el cuádruplo de su peso de pétalos, de modo que el innoble tormento se prolonga durante toda la estación en que las Violetas se abren debajo de los Olivos.

Pero el drama no ha terminado aún. Trátase ahora de que esa grasa, caliente o fría, siempre avara, devuelva el tesoro absorbido y que procura retener con todas sus energías informes y evasivas. Lo cual se consigue no sin trabajo. Esa grasa tiene pasiones bajas que la pierden. Se le da alcohol, se la embriaga, y acaba por soltar la presa. Ahora es el alcohol quien posee el misterio. Apenas se ha apoderado de él, cuando pretende no dar participación a nadie y guardarlo para sí. Se le ataca, se le reduce, se le evapora, se le condensa; y la perla líquida, después de tantas aventuras, purificada, esencial, inagotable y casi imperecedera, es recogida al fin en una ampolla de cristal.

No enumeraré los procedimientos químicos de extracción: por medio del éter de petróleo, del sulfuro de carbono, etc. Los grandes perfumistas de Grasse, fieles a las tradiciones, son enemigos de esos métodos artificiales y casi desleales, que no dan más que acres aromas y maltratan el alma de la flor.

## EL HOMERO DE LOS INSECTOS

J. H. Fabre es autor de una decena de volúmenes compactos, en los cuales, bajo el título de *Recuerdos Entomológicos*, ha consignado los resultados de cincuenta años de observaciones, estudios y experiencias sobre los insectos que más conocidos y familiares nos parecen: diversas especies de avispas y abejas silvestres, algunos mosquitos, moscas, escarabajos y orugas; en una palabra, todas esas pequeñas vidas vagas, inconscientes, rudimentarias y casi anónimas que nos rodean por todas partes y a las cuales dirigimos una mirada distraída, que ya piensa en otra cosa, cuando abrimos nuestra ventana para recoger las primeras horas de la primavera, o cuando, en los jardines y en las praderas, vamos a bañarnos en los días azules del estío.

Cogemos al azar uno de esos copiosos volúmenes y, naturalmente, esperamos encontrar en él, desde luego, las muy sabias y bastante áridas nomenclaturas, las muy meticulosas y extrañas especificaciones de esas vastas y polvorientas necrópolis que forman, casi exclusivamente, todos los tratados de entomología hasta aquí recorridos. Abrimos pues la obra, sin ardor y sin exigencia; e inmediatamente, de entre las hojas, se eleva y desarrolla, sin vacilación, sin interrupción y casi sin flexión, hasta el fin de las

cuatro mil páginas, la mágica trágica más extraordinaria que a la imaginación humana le sea posible, no diré crear o concebir, sino admitir y aclimatar en ella.

En efecto, no se trata aquí de imaginación humana. El insecto no pertenecía a nuestro mundo. Los demás animales, y hasta las plantas, a pesar de su vida muda y de los grandes secretos que mantienen, no nos parecen totalmente extraños. A pesar de todo, sentimos en ellos cierta fraternidad terrestre. Sorprenden, maravillan a menudo; pero no trastornan totalmente nuestro pensamiento. El insecto ofrece algo que no parece pertenecer a las costumbres, a la moral y a la psicología de nuestro globo. Diríase que viene de otro planeta, más monstruoso, más enérgico, más insensato, más atroz, más infernal que el nuestro. Parece haber nacido en algún cometa salido de su órbita y muerto loco en el espacio. Por más que se apodere de la vida con una autoridad y una fecundidad que nada iguala en este mundo, no podemos acostumbrarnos a la idea de que exista un pensamiento de esa naturaleza del cual pretendemos ser los hijos privilegiados y probablemente el ideal a que tienden todos los esfuerzos de la tierra. El infinitamente pequeño ¿qué es, en el fondo? Un insecto que nuestros ojos no ven. Hay, sin duda, en ese asombro y en esa incompreensión, no sé qué instintiva y profunda inquietud que nos inspiran esas existencias incomparablemente mejor armadas, mejor provistas de lo necesario que las nuestras, esas especies de condensaciones de energía y de actividad en que presentimos nuestros más misteriosos adversarios.

Pero ya es hora de penetrar, bajo la conducción de un admirable guía, entre los bastidores de nuestra magia, a fin de ver de cerca a los actores y a los comparsas, inmundos o magníficos, grotescos o siniestros, heroicos o espantosos, geniales o estúpidos, y siempre inverosímiles e ininteligibles.

Y he aquí desde luego, entre los primeros que encontramos, uno de esos personajes, frecuentes en el Mediodía de Europa, donde se le puede ver girar en torno del abundante maná que el mulo esparce con indiferencia a lo largo de los caminos blancos y de los senderos pedregosos: es el Escarabajo Sagrado de los egipcios, o, más simplemente, el Escarabajo por antonomasia, grueso coleóptero, vestido de negro, cuya misión en este mundo consiste en formar con las partes más sabrosas del hallazgo una enorme bola que se trata de hacer rodar después hasta el comedor subterráneo en que debe tener su desenlace la increíble aventura. Pero el destino celoso de toda felicidad demasiado pura, antes de cederle el acceso de ese lugar de delicias, impone al grave y probablemente sentencioso escarabajo innumerables tribulaciones, que complica siempre la llegada de un malhadado parásito.

Apenas ha empezado, con grandes esfuerzos del capirote y de las piernas torcidas, a hacer rodar, a reculones, la deliciosa esfera, cuando un colega poco delicado, que acechaba la conclusión del trabajo, se presenta ofreciendo hipócritamente sus servicios. El otro, sabiendo muy bien que aquí, ayuda y servicios, después de todo muy inútiles, se convertirán luego en reparto y expropiación, acepta sin entusiasmo la colaboración que se impone. Pero, invariablemente, para marcar bien los derechos respectivos, el legítimo propietario conserva su puesto primitivo, es decir que empuja de frente la bola, mientras que el inevitable invitado, por el lado opuesto, tira de ella hacia sí. Y así rueda entre los dos compadres, en medio de interminables peripecias, caídas aturcidas y tumbos grotescos, hasta el lugar elegido para ser el receptáculo del tesoro y la sala del festín. Una vez allí, el propietario se pone a excavar el refectorio, mientras que el gorrista finge dormirse inocentemente en lo alto de la bola. La excavación se ensancha y se ahonda rápidamente, y el primer escarabajo no tarda en desaparecer en ella. Es el instante que el solapado auxiliar acechaba. Este baja con presteza de la dichosa eminencia, y, empujándola con toda la

energía que da una mala conciencia, procura huir con la presa. Pero el otro, bastante desconfiado para no estar alerta, interrumpe un momento sus laboriosas excavaciones, mira por encima de los bordes, ve el sacrílego robo y salta fuera del hoyo. Cogido in fraganti, el descarado socio procura engañar al dueño, rodea el orbe inestimable, y, empujándolo con esfuerzos falazmente heroicos, finge retenerlo desesperadamente en una pendiente que no existe. Se explican en silencio, gesticulan en abundancia con tarsos y mandíbulas, después de lo cual, de común acuerdo, se lleva la pelota a la excavación.

Se la juzga bastante espaciosa y cómoda. Se introduce el tesoro, se cierra la entrada del corredor, y, en las tinieblas propicias y la tibia y ligera humedad en que predomina el magnífico globo estercoral, se instalan frente a frente, para el festín, los dos comensales reconciliados. Entonces, lejos de las claridades y de las preocupaciones del exterior, y en el gran silencio de la sombra hipogeana, empieza solemnemente el más fabuloso de los festines cuyas absolutas beatitudes evocó jamás la imaginación del vientre.

Durante dos meses enteros, permanecen enclaustrados, y, llenándose constantemente la panza con el desmoche de la inagotable esfera, arquetipos definitivos y soberanos símbolos de las delicias de la mesa y de los regocijos de la barriga, comen de continuo, sin interrumpirse un segundo, ni de día ni de noche; y, mientras se hartan, detrás de ellos, pausadamente, con un movimiento de reloj perceptible y constante, a razón de tres milímetros por minuto, se desarrolla y se alarga un interminable cordón sin ruptura que fija el recuerdo y computa las horas, los días y las semanas de la prodigiosa comilona.

Después del Escarabajo, ese gracioso de la compañía, saludemos en el orden de los coleópteros, la pareja modelo del Minotauro Tífeo, bastante conocido y sumamente bonachón, a pesar de su nombre terrible. La hembra cava una inmensa madriguera, que tiene a veces más de metro y medio de profundidad y se compone de escaleras en espirales, mesetas, corredores y numerosas cámaras. El macho carga los escombros sobre el tridente que corona su cabeza, y los lleva a la entrada de su morada conyugal. Después va a recoger en el campo los inocentes vestigios que en él dejan las ovejas, los baja al primer piso de la cripta y, con su tridente, se pone a molerlos, en tanto que la madre, en el fondo, recoge la harina y la amasa formando enormes panes cilíndricos que servirán más tarde para alimentar a los hijos. Durante tres meses, hasta que las provisiones parezcan suficientes, sin ningún alimento, el desdichado esposo se extenua realizando aquella tarea gigantesca. Al fin, cumplida su misión, sintiendo su fin próximo, a fin de no dejar en la casa el estorbo de un resto miserable, emplea sus últimas fuerzas en salir del subterráneo, se arrastra penosamente y, solitario y resignado, considerándose ya inútil, se va a morir lejos entre piedras.

He aquí, por otra parte, unas orugas bastante extrañas, las Procesionarias, que no son raras, y de las cuales, precisamente, un monomio de cinco o seis metros, procedente de mis pinos parasolados, se arrastra en este momento por las calles de mi jardín, tapizando de seda transparente, según costumbre de la raza, el camino recorrido. Sin hablar de los aparatos meteorológicos de una sensibilidad inaudita que llevan a la espalda, estas orugas tienen de notable, como es sabido, que no viajan aisladamente, sino en número más o menos grande y en fin, cogidas unas a otras, como los ciegos de Breughol o de la parábola, cada una de ellas siguiendo obstinadamente, indisolublemente a la que la precede; de modo que habiendo nuestro autor colocado un día la fila de orugas procesionarias sobre el reborde de un gran pilón de piedra, de circuito cerrado, durante ocho días enteros, durante una semana atroz, sufriendo frío, hambre y cansancio, la desdichada tropa, en su ronda trágica, sin tregua, sin reposo, sin misericordia, recorrió el implacable círculo hasta la llegada de la

muerte.

Pero observo que nuestros héroes son infinitamente demasiado numerosos y que es imposible detenerse a describirlos. A lo sumo, en la enumeración de los más considerables y de los más familiares, se podrá conceder a cada uno de ellos un rápido epíteto, a la manera del viejo Homero. ¿Citaré por ejemplo, al Leucospis, parásito de la Abeja Albañil, el cual, a fin de matar en sus cunas a sus hermanos y hermanas, se arma de un casco de cuerno y de una coraza arpada (que se quita inmediatamente después del exterminio), salvaguardia de un espantoso derecho de primogenitura? ¿Hablaré de la maravillosa ciencia anatómica del Taquito, del Cercheris, del Amófilo, del Esfex Languedociano y de tantos otros que, según que se trate de paralizar o matar la presa o el adversario, saben exactamente, sin equivocarse jamás, qué ganglios deben herir el dardo o las mandíbulas? ¿Hablaré del arte de la Eumenes, que transforma su fortaleza en un verdadero museo adornado con granos de cuarzo traslúcido y de conchas; de la magnífica muda del Grillo ceniciento, del instrumento de música del Grillo, cuyo arco cuenta ciento cincuenta prismas triangulares, que hacen vibrar a la vez los cuatro tímpanos del élitro? ¿Celebraré el mágico nacimiento de la ninfa del Ontofagio, monstruo transparente, de hocico de toro y que parece esculpido en un bloque de cristal?...

¡Y los monstruos que pasan, tales como Bosch y Callot no los concibieron jamás! La larva de la Catonia, que aunque tiene patas debajo del vientre, marcha siempre sobre las espaldas; el Grillo de alas azules, más desgraciado aún que la mosca carnicera y que no posee, para perforar el suelo, evadirse de la tumba y ganar la luz, más que una vejiga cervical, una ampolla de flema; y la Empusa, que, con su vientre en forma de voluta, sus grandes ojos saltones, sus patas provistas de rodilleras y armadas de cuchillas, su alabarda y su mitra interminable, sería el fantasma más diabólico de la tierra, si a su lado, la Manta Religiosa no fuese tan horrible que su solo aspecto inmoviliza a sus víctimas cuando ante ellas adopta lo que los entomólogos han llamado «la actitud espectral».

No es posible mencionar, ni siquiera de paso, las industrias innumerables y casi todas interesantísimas que se ejercen en la roca, bajo tierra, en las paredes, sobre las ramas, las hierbas, las flores, los frutos, y hasta en los cuerpos de los animales estudiados; pues se encuentran a veces, como en las Meloes, una triple superposición de parásitos, y se ve al Gusano mismo, el siniestro convidado de los supremos festines, nutrir con su substancia a una treintena de bandidos.

Entre los Himenópteros, que, en el mundo que estudiamos, representan la clase más intelectual, el genio constructor de nuestra maravillosa abeja doméstica es ciertamente igualado, en otros órdenes de arquitectura, por el de más de una abeja silvestre y solitaria; principalmente por el Megachile Sastre, pequeña mosca de mísera apariencia, que fabrica, para poner sus huevos, alvéolos formados de una multitud de discos y elipses cortados, con una precisión matemática, en las hojas de ciertos árboles.

Por falta de espacio no puedo, y lo siento muchísimo, citar las bellas y claras páginas que J. H. Fabre, con su conciencia habitual, consagra al profundo estudio de ese admirable trabajo; sin embargo, ya que la ocasión se presenta, escuchémosle, aunque no sea más que un instante y sobre un solo detalle:

«Con las piezas ovales, la cuestión cambia de aspecto. ¿Qué guía tiene el Megachile para cortar en bellas elipses la fina tela del robinero? ¿Qué modelo ideal conduce sus tijeras? ¿Qué métrica le dicta las dimensiones? No parece sino que el insecto es un compás viviente, apto para trazar la curva elíptica por cierta flexión del cuerpo, de la misma manera que nuestro brazo traza el círculo girando sobre el apoyo del hombro. Un ciego mecanismo,

simple resultado de la organización, parece ser el único agente en su geometría. Esta explicación me tentaría si las piezas ovales de grandes dimensiones no fuesen acompañadas, para colmar sus huecos, de otras piezas mucho menores, pero igualmente ovales. Un compás que, por sí mismo, cambia de radio y modifica el grado de curvatura según las exigencias de un plan, me parece un mecanismo que se presta a muchas dudas. Debe haber algo mejor que eso. Las piezas redondas de la tapa nos lo dicen.

»Si, por la sola flexión inherente a su estructura, la cortadora de hojas llega a recortar óvalos, ¿cómo llega a cortar círculos? Para el nuevo trazado, de configuración y amplitud tan diferentes, ¿admitimos otros rodajes en la máquina? Bien que el nudo de la dificultad no está ahí. Esos círculos se adaptan, casi todos, a la boca del recipiente con una precisión casi rigurosa. Terminada la celdilla, la abeja vuela a centenares de pasos más lejos para hacer la tapa... Se posa sobre la hoja en que ha de recordar la pieza circular. ¿Qué imagen, qué recuerdo tiene del receptáculo que se trata de cubrir? Ninguno; no lo ha visto jamás, pues trabaja bajo tierra, en una profunda obscuridad. A lo sumo puede tener las indicaciones del tacto, no actuales, por cuanto el receptáculo ya no está allí, sino pasadas y sin eficacia en una obra de precisión. Sin embargo, la rodaja a recortar debe ser de un diámetro determinado: demasiado grande, no podría entrar; demasiado estrecha, cerraría mal, ahogaría el huevo bajando hasta la miel. ¿Cómo darle, sin modelo, las justas dimensiones? La abeja no vacila un instante. Con la misma celeridad que emplearía en cortar un lóbulo informe, recorta su disco, y este disco, sin más cuidados, resulta de las dimensiones que el depósito requiere. El que pueda explicar esa geometría que la explique. Para mí es inexplicable, aun admitiendo recuerdos proporcionados por el tacto y la vista...»

Añadamos que el autor ha contado que se necesitaban, para formar las celdillas de un Megachile congénere, el Megachile Sedoso, exactamente mil sesenta y cuatro de esas elipses y de esos discos, que deben ser recogidos y dispuestos en el curso de una existencia que dura algunas semanas...

No nos cansaríamos de coger a manos llenas preciosidades de esos inagotables tesoros. Por haber visto con tanta frecuencia sus telas extendidas por todas partes, creemos, por ejemplo, poseer nociones suficientes sobre el genio y los métodos de nuestras arañas familiares. Pero no es así; las realidades de una observación científica requieren un volumen entero en que se acumulan revelaciones de que no teníamos ninguna idea. Citaré simplemente, al azar, la armoniosa morada con arcadas de la araña Cloto, la asombrosa escapada funicular de los pequeñuelos de nuestra araña de los jardines, la campana de bucear del Argironeta, el verdadero hilo telefónico que pone en comunicación con la tela la pata de la Epeira oculta en su cabaña y le advierte que la agitación de sus lazos proviene de la captura de una presa o de un capricho de la brisa.

Es, pues, imposible, a menos de disponer de páginas ilimitadas, dedicar más de dos palabras a los milagros del instinto maternal, que se confunden con los de la alta industria y forman el centro luminoso de la psicología del insecto. Sería necesario disponer también de varios capítulos para dar una idea sucinta de los ritos nupciales que constituyen los episodios más extraños y fabulosos de esas Mil y Una Noches desconocidas...

En suma, las costumbres conyugales son espantosas, y, al revés de lo que pasa en todos los demás mundos, aquí es la hembra la que, en la pareja, representa la fuerza y la inteligencia al mismo tiempo que la crueldad y la tiranía que, al parecer, son su inevitable consecuencia. Casi todas las bodas concluyen con la muerte violenta o inmediata del esposo. Con frecuencia, la novia se come desde luego a cierto número de pretendientes. El tipo de esas uniones extrañas podría sernos ofrecido por los Escorpiones Languedocianos,

que llevan, como es sabido, tenazas de cabrajo y una larga cola provista de un aguijón cuya picadura es en extremo peligrosa. Sirve de prelude a la fiesta un paseo de la pareja, tenazas dentro tenazas; luego, inmóviles, con los dedos siempre cogidos, se contemplan con beatitud, interminablemente, y transcurre el día sobre su éxtasis, y luego la noche, en tanto que permanecen frente a frente, petrificados de admiración. Luego, las frentes se acercan, se tocan, las bocas —si así puede llamarse el monstruoso orificio que se abre entre las tenazas— se unen en una especie de beso; después de lo cual traspasa al macho un aguijón mortal, y la terrible esposa se lo come y saborea con satisfacción.

Pero la Manta, el insecto extático, el de los brazos siempre levantados en actitud de invocación suprema, la horrible Manta Religiosa hace más: se come a sus esposos (porque, insaciable, consume a veces siete u ocho seguidos), mientras éstos la estrechan apasionadamente contra su corazón. Sus inconcebibles besos devoran, no metafóricamente, sino de una manera espantosamente real, al desdichado elegido de su alma o de su estómago. Empieza por la cabeza, baja al tórax y no se detiene hasta las patas posteriores, que considera demasiado coriáceas. Rechaza entonces los infortunados restos, mientras un nuevo amante, que espera el fin del monstruoso festín, avanza heroicamente para sufrir la misma suerte.

J. H. Fabre es verdaderamente el revelador de ese mundo nuevo, porque, por extraña que parezca la confesión en una época en que creemos conocer todo lo que nos rodea, la mayor parte de esos insectos, minuciosamente descritos en las nomenclaturas, sabiamente clasificadas y bárbaramente bautizadas, casi nunca se los había observado en lo vivo, ni interrogado hasta el fin en todas las fases de sus apariciones evasivas y breves. Ha consagrado a la tarea de sorprender sus pequeños secretos, que son el reverso de los más grandes misterios, cincuenta años de una existencia solitaria, desconocida, pobre, con frecuencia vecina de la miseria; pero iluminada, cada día, por la alegría que aporta una verdad, que es la alegría humana por excelencia. ¡Pequeñas, verdades, se dirá, las que nos ofrecen las costumbres de una araña o de una langosta! No hay ya verdades pequeñas; no hay más que una, cuyo espejo, a nuestros ojos inciertos, parece roto; pero cada fragmento del cual, tanto si refleja la evolución de un astro como el vuelo de una abeja, contiene la ley suprema.

Y esas verdades así descubiertas tenían la suerte de caer en un pensamiento que sabía comprender lo que ellas no pueden decir sino con palabras embozadas, interpretar lo que ellas tienen para callar, y comprender al mismo tiempo la trémula belleza, casi invisible para la mayor parte de los hombres, que resplandece un instante en torno de todo lo que existe, y sobre todo en torno de lo que aun permanece muy cerca de la naturaleza y sale apenas del santuario de los orígenes.

Para que esos largos anales fuesen la abundante y deliciosa obra maestra que son y no el monótono y glacial repertorio de minúsculas descripciones y de actos insignificantes que amenazaban ser, se necesitaban dones diversos y, por decirlo así, enemigos. A la paciencia, a la precisión, a la minucia científica, a la ingeniosidad multiforme y práctica, a la energía de un Darwin en presencia de lo desconocido; a la facultad de expresar lo que es necesario, con orden, claridad y certeza, el venerable solitario de Serignan reúne varias de esas cualidades que no se adquieren, algunas de esas virtudes innatas de buen poeta que hacen de su prosa flexible, suave, segura, despojada de adornos añadidos y sin embargo adornada de atractivos sencillos y como involuntarios, una de las excelentes y duraderas prosas de nuestros tiempos, una de esas prosas que tienen su atmósfera propia, en que se respira con gratitud, con tranquilidad, y que no se encuentra sino en torno de las grandes

obras.

Necesitábase, en fin —y no era ésta la menor exigencia del trabajo—, un pensamiento siempre dispuesto a hacer frente a todos los enigmas que, entre esas pequeñas materias, se alzan a cada paso tan desmesurados como los que pueblan los cielos y quizá más imperiosos, más numerosos, más extraños, como si la naturaleza hubiese dado aquí más libre curso a sus últimas voluntades y más fácil salida a sus pensamientos secretos. Está a la altura de todas esas interrogaciones sin límites que nos hacen obstinadamente todos los habitantes de ese mundo mínimo en que los misterios se superponen más compactos, más desconcertadores que en ningún otro. Encuentra y afronta así sucesivamente las terribles cuestiones del instinto y de la inteligencia, del origen de las especies, de la armonía o de los azares del universo, la vida prodigada a los abismos de la muerte; sin contar los problemas no menos vastos, pero más humanos, si cabe decirlo, y que, en lo infinito de los demás, se inscriben al alcance, si no a la disposición, de nuestra inteligencia: la partenogénesis, la prodigiosa geometría de las avispas y de las abejas, la espiral logarítmica del caracol, el sentido antenal, la fuerza milagrosa, que, en el aislamiento absoluto, sin que nada del interior pueda introducirse en él, decupla sobre el terreno el volumen del huevo del Minotauro y nutre, durante siete u ocho meses, con un alimento invisible y espiritual, no la letargia, sino la vida activa del escorpión y de los pequeñuelos de la tarántula y de la araña Cloto. No intenta explicarla por medio de uno de esos sistemas acomodaticios, como el transformismo por ejemplo, el cual, después de todo, se limita a trasladar el plano de las tinieblas, y que, dicho sea de paso, sale bastante mutilado de esas confrontaciones severas con incontestables hechos.

En espera de que un azar o un dios nos iluminen, se trata de guardar en presencia de lo desconocido el gran silencio religioso y atento que reina en absoluto en las mejores almas de hoy. A los que le dicen:

—Ahora que habéis recogido tantos detalles, deberíais hacer suceder la síntesis al análisis, y generalizar, en conjunto, el origen de los instintos.

Él contesta, con la humilde y magnífica lealtad que ilumina toda su obra:

—¿Por qué he removido algunos granos de arena en la orilla, me hallo en estado de conocer los abismos oceánicos? La vida tiene secretos insondables. El saber humano será borrado de los archivos del mundo antes de que hayamos arrancado a un mosquito su último secreto. El éxito es de los que meten ruido, de los afirmativos imperturbables. Sacudamos ese defecto y reconozcamos que, en realidad, no sabemos nada, si hay que conocer a fondo las cosas. Científicamente, la naturaleza es un enigma sin solución definitiva para la curiosidad del hombre. A la hipótesis sucede la hipótesis; los escombros de las teorías se amontonan y la verdad huye siempre. El saber ignorar podría ser la última palabra de la sabiduría.

No hay duda que eso es esperar demasiado poco. En el abismo, en el remolino sin fondo en que giran esos hechos contradictorios que se resuelven en la obscuridad, sabemos apenas tanto como nuestros antepasados de las cavernas; pero, al menos, sabemos que no sabemos nada. Recorremos la negra faz de los enigmas, tratamos de calcular su número, ordenar sus tinieblas, adquirir una idea de su situación y de su extensión. Lo cual ya es algo mientras llega el día de los primeros resplandores; es hacer, en presencia de los misterios, todo lo que hoy puede hacer la inteligencia de buena fe, y es también lo que hace el autor de esa incomparable *Ilíada*. Los mira atentamente. Consagra su vida a sorprender sus secretos más minuciosos; les prepara en sus pensamientos y en los nuestros el espacio necesario para sus evoluciones. Eleva a su altura la conciencia de su ignorancia y enseña a

comprender más profundamente que son incomprensibles.

## EL DESPERTAR DEL ALMA

Vendrá un tiempo tal vez, y muchas cosas anuncian que se acerca, llegará un tiempo tal vez en que nuestras almas se percibirán sin mediación de los sentidos. Es indudable que el dominio del alma se extiende de día en día. Está mucho más cerca de nuestro ser visible y toma en todos los actos una parte mucho mayor que hace dos o tres siglos. Diríase que nos acercamos a un período espiritual. Hay en la historia cierto número de períodos análogos, en que el alma, obedeciendo a leyes desconocidas, sale, por decirlo así, a la superficie de la humanidad y manifiesta más directamente su existencia y su poder. Esa existencia y ese poder se revelan de mil maneras inesperadas y diversas. Parece que en esos momentos la humanidad ha estado a punto de levantar un poco la pesada carga de la materia. Reina en ellos una especie de alivio espiritual; y las más duras e inflexibles leyes de la materia ceden acá y allá. Los hombres se encuentran más cerca de sí mismos y más cerca de sus hermanos; se miran y se quieren más gravemente y más íntimamente. Comprenden más profundamente y con más ternura al niño, a la mujer, a los animales, las plantas y las cosas. Las estatuas, las pinturas, los escritos que nos han dejado no son perfectos quizá; pero contienen vivos y cautivos no sé qué poder y qué gracias secretos. Debía haber en las miradas de los seres una fraternidad y esperanzas misteriosas; y en todas partes se encuentran, al lado de las huellas de la vida ordinaria, las huellas ondulantes de otra vida que no se explica.

Lo que sabemos del antiguo Egipto permite suponer que atravesó uno de esos períodos espirituales. En una época muy remota de la historia de la India, el alma debió acercarse a la superficie de la vida hasta un punto que no volvió a alcanzar jamás; y los restos o los recuerdos de su presencia casi inmediata producen todavía en el día extraños fenómenos. Hay otros momentos del mismo género en que el elemento espiritual parece luchar en el fondo de la humanidad como que se ahoga y bracea bajo las aguas de un caudaloso río. Recordad la Persia, por ejemplo, Alejandría y los dos siglos místicos de la Edad Media.

En cambio, hay siglos perfectos en que la inteligencia y la belleza reinan muy puramente, pero en que el alma no se manifiesta. Así es que se halla muy lejos de Grecia y de Roma, del XVII y del XVIII siglos franceses. (Al menos de la superficie de este último siglo, pues sus profundidades, con Claudio de Saint-Martin, Cagliostro, que es más serio de lo que se cree, Pascal y tantos otros, nos ocultan aún muchos misterios). No se sabe por qué, pero hay algo que no está allí; hay comunicaciones secretas cortadas, y la belleza cierra los ojos. Es difícil explicar eso con palabras y decir por qué razones la atmósfera de divinidad y de fatalidad que rodea los dramas griegos no parece la atmósfera verdadera del alma. Se descubre en el horizonte de esas tragedias admirables un misterio permanente y venerable también; pero no ese misterio tierno, fraternal y tan profundamente activo que encontramos en muchas obras menos grandes y menos bellas. Y más cerca de nosotros, si Racine es el poeta infalible del corazón de la mujer, ¿quién se atreverá a decirnos que diera jamás un paso hacia su alma? ¿Qué me contestaréis si os interrogo sobre el alma de Andrómaca o de Británico? Los personajes de Racine no se comprenden más que por lo que expresan; y no hay una palabra que traspase los diques del mar. Se hallan espantosamente solos en la superficie de un planeta que ya no gira en el cielo. No pueden callar, so pena de dejar de existir. No tienen *principio invisible*, y se creería que una

substancia aisladora se ha interpuesto entre su espíritu y ellos mismos, entre la vida que se halla en contacto con todo lo que existe y la vida que no toca sino al momento fugitivo de una pasión, de un dolor, de un deseo. Hay verdaderamente siglos en que el alma vuelve a dormirse y en que nadie se preocupa ya de ella.

Hoy, es evidente que hace grandes esfuerzos. Se manifiesta en todas partes de una manera anormal, imperiosa y apremiante, como si se hubiese dado una orden y ella no tuviese tiempo que perder. Debe prepararse a una lucha decisiva, y nadie puede prever todo lo que dependerá de la victoria o de la huida. Quizá nunca ha puesto en obra fuerzas más diversas y más irresistibles. Diríase que se encuentra acorralada al pie de un muro invisible, y no se sabe si es la agonía o una vida nueva lo que la agita. No hablaré de los poderes ocultos, que despiertan en torno nuestro: magnetismo, telepatía, levitación, propiedades secretas de la materia radiante y mil otros fenómenos que hacen vacilar a las ciencias oficiales. Son cosas que todo el mundo conoce y que se comprueban fácilmente. Y aún no son probablemente nada al lado de lo que se opera en realidad, porque el alma es como un durmiente que, desde el fondo de sus sueños, hace inmensos esfuerzos para mover un brazo o levantar un párpado.

En otras regiones, en que la multitud es menos activa, obra aún más eficazmente; aunque esa acción sea menos sensible a los ojos no acostumbrados a ver. Diríase, ¿no es verdad?, que su voz está a punto de rasgar con un grito supremo los últimos sonidos del error que la envuelven todavía en la música; que nunca se sintió más gravemente el peso sagrado de una presencia invisible como en tales obras de ciertos pintores extranjeros. En fin, en las literaturas, ¿no se observa que algunas eminencias se iluminan acá y acullá con un resplandor de una naturaleza muy distinta de los resplandores más extraños de las literaturas anteriores? Nos acercamos a no sé qué transformación del silencio, y lo *positivo sublime* que ha reinado hasta aquí parece próximo a concluir. No me detengo sobre esta materia porque es demasiado pronto para hablar claramente de estas cosas; pero creo que raramente se ofreció a nuestra humanidad una ocasión más imperiosa de emancipación espiritual. Hasta, por momentos, ello parece un *ultimátum*; por esto importa no desperdiciar esa ocasión amenazadora que es de la naturaleza de los sueños que se pierden para siempre si no se los fija en seguida. Hay que ser prudente; no sin razón nuestra alma se agita.

Pero esta agitación, que no se nota claramente sino en las altas mesetas especulativas de la existencia, se manifiesta quizá también y sin que lo sospechemos en las sendas más ordinarias de la vida; pues no se abre en las alturas ninguna flor que no acabe por caer al valle. ¿Ha caído ya? No lo sé. Lo cierto es que observamos en la vida cotidiana, entre los seres más humildes, relaciones misteriosas y directas, fenómenos espirituales, y aproximaciones de almas de que no se hablaba en otros tiempos. ¿Existían menos innegablemente antes que nosotros? Hemos de creerlo así, porque, en todas épocas hubo hombres que llegaron al fondo de las relaciones más secretas de la vida y que nos han transmitido todo lo que aprendieron sobre los corazones, los espíritus y las almas de sus tiempos. Es probable que esas mismas relaciones existieran entonces; pero no podían tener la fuerza fresca y general que tienen en este momento; no habían descendido hasta el fondo de la humanidad; de lo contrario, hubiesen atraído las miras de esos sabios que las pasaron en silencio. Y aquí, no hablo ya del «espiritismo científico», de esos fenómenos de telepatía, de «materialización», ni de otras manifestaciones que luego enumeraré. Se trata de acontecimientos y de intervenciones de alma que se producen sin cesar en la existencia más oscura de los seres más olvidadizos de sus derechos eternos. Trátase también de una psicología muy distinta de la psicología habitual, que ha usurpado el hermoso nombre de

Psiquis, puesto que, en realidad, no se ocupa más que de los fenómenos espirituales más estrechamente ligados con la materia. Trátase, en una palabra, de lo que debiera revelarnos una psicología trascendental que se ocupase de las relaciones directas que hay de alma a alma entre los hombres y de la *sensibilidad* como también de la *presencia extraordinaria* de nuestra alma. Ese estudio, que elevará al hombre a un grado superior, apenas se ha empezado, y no tardará en hacer inadmisibile la psicología elemental que ha reinado hasta hoy.

Esa psicología inmediata, descendiendo de las montañas, invade ya los valles más pequeños y su presencia se nota hasta en los más mediocres. Es la prueba más clara de que la presión del alma ha aumentado en la humanidad general, y de que su acción misteriosa se ha vulgarizado. Hablamos aquí de cosas casi indecibles, y no se pueden dar sino ejemplos incompletos y groseros. He aquí dos o tres que son elementales y sensibles: antes, si se trataba, un instante, de un presentimiento, de la extraña impresión de una entrevista o de una mirada, de una decisión tomada por la parte desconocida de la razón humana, de una intervención o de una fuerza inexplicable y sin embargo comprendida, de las leyes secretas de la antipatía o de la simpatía, de las afinidades electivas o instintivas, de la influencia preponderante de cosas que no eran dichas, nadie fijaba su atención en tales problemas, los cuales, por lo demás, se ofrecían raramente a la inquietud del pensador. Parecía que sólo se los encontraba por casualidad. Nadie sospechaba el peso religioso que ejercen incesantemente sobre la vida, y todo el mundo se apresuraba a volver a los habituales juegos de las pasiones y de los acontecimientos exteriores.

Esos fenómenos espirituales, de los cuales apenas se ocupaban antes nuestros hermanos, más grandes y más pensadores, inquietan hoy a los más pequeños, y esto prueba una vez más que el alma humana es una planta de una unidad perfecta, y que todas sus ramas, llegada la hora, florecen al mismo tiempo. El campesino a quien se concediera bruscamente el don de expresar lo que hay en su alma, expresaría en aquel momento cosas que aun no se encuentran en el alma de Racine. Así es que hombres de un genio muy inferior al de Shakespeare o de Racine han entrevisto una vida secretamente luminosa que estos maestros sólo habían conocido por el forro. Es que no basta que una gran alma aislada se agite acá y acullá, en el espacio o en el tiempo. Hará poca cosa si no es secundada. Es la flor de las multitudes. Es necesario que llegue en el momento en que el océano entero de las almas se inquieta, y si ha venido en el instante del sueño, no podrá hablar más que de los sueños del dormir. Hamlet, en El señor, se adelanta a cada instante hasta el borde del despertamiento, y sin embargo, a pesar del sudor glacial que corona su pálida frente, hay palabras que no llega a decirnos y que sin duda podría pronunciar hoy, porque el alma del vagabundo mismo o del ladrón que pasa le ayudaría a hablar. Hamlet, cuando mira a Claudio o a su madre, conocería ahora lo que no sabía entonces, porque parece que las almas ya no se velan tanto. Si no sois bueno — y esto es una verdad inquietante y extraña — si no sois bueno, es muy probable que vuestra presencia lo proclame hoy cien veces más claramente que no lo hubiera hecho hace dos o tres siglos. Si habéis entristecido una sola alma esta mañana, el alma de ese campesino con quien vais a hablar de la tempestad o de las lluvias, ha sido advertida aun antes de que su mano entreabriese la puerta. Asumid el rostro de un santo, de un mártir, de un héroe; el ojo del niño que os encuentra no os saludará con la misma mirada inaccesible si abrigáis un pensamiento malo, una injusticia o las lágrimas de un hermano. Cien años atrás, un alma quizás hubiera podido pasar por el lado de la vuestra, sin hacer caso...

Verdaderamente, se hace difícil alimentar en el corazón, al abrigo de las miradas, un

odio, una envidia o una traición, porque las almas más indiferentes están siempre alerta en torno de nuestro ser. Nuestros antepasados no nos hablaron de estas cosas, y observamos que la vida en que nos agitamos es absolutamente distinta de la vida que describieron. ¿Hubo engaño o ignorancia de su parte? Los signos y las palabras ya de nada sirven, y casi todo se decide en los círculos místicos con una simple presencia.

La antigua voluntad, la vieja voluntad tan bien conocida y tan lógica, se transforma a su vez y sufre el contacto inmediato de grandes leyes inexplicables y profundas. Ya casi no hay refugios y los hombres se aproximan unos a otros. Se juzgan por cima de las palabras y de los actos, y hasta por cima de los pensamientos, pues lo que ven sin comprenderlo está situado mucho más allá del dominio de los pensamientos. Y ésta es una de las grandes marcas por las cuales se reconocen los períodos espirituales de que antes hablé. Por todas partes se siente que las relaciones de la vida ordinaria empiezan a cambiar, y los más jóvenes de entre nosotros hablan y obran ya de muy diferente modo que los hombres de la generación que los precede.

Una infinidad de convenciones, usos, velos e intermediarios inútiles caen en los abismos, y casi todos, sin saberlo, ya no nos juzgamos sino según lo invisible. Si entro por primera vez en vuestro cuarto, no pronunciaréis, según las leyes más profundas de la psicología práctica, la sentencia secreta que todo hombre pronuncia en presencia de un hombre. No llegaréis a decir adónde habéis ido para saber quién soy, pero volveréis cargado de certidumbres inefables. Vuestro padre quizá me hubiera juzgado de otro modo y se hubiese equivocado. Es de creer que el hombre pronto va a tocar al hombre y que la atmósfera va a cambiar. ¿Hemos dado, como dice Claudio Saint-Martin, el gran filósofo desconocido, hemos dado un «paso más en el camino instructivo y luminoso de la sencillez de los seres»? Esperemos en silencio; quizá vamos a percibir en breve «el murmullo de los dioses».

## LA BONDAD INVISIBLE

Es una cosa, me dijo una tarde un sabio que yo había encontrado por casualidad a la orilla del océano que apenas se oía, es una cosa que no se percibe y sobre la cual nadie parece contar; sin embargo creo que es una de las fuerzas que conservan a los seres. Los dioses de quienes hemos nacido se manifiestan en nosotros de mil maneras diversas; pero esa bondad secreta que nadie ha notado y de la cual nadie habló bastante directamente es quizás el signo más puro de su vida eterna. No se sabe de dónde procede. Está ahí simplemente, sonriendo en el umbral de nuestras almas; y aquellos en quienes sonríe más profundamente o con más frecuencia, nos harán sufrir día y noche si quieren, sin que nos sea posible dejar de amarlos...

No es de este mundo y sin embargo se mezcla con la mayor parte de nuestras agitaciones. No se toma siquiera el trabajo de mostrarse en una mirada o en una lágrima. Se oculta por razones que no se adivinan. Diríase que teme hacer uso de su poder. Sabe que sus movimientos más involuntarios harán nacer en torno de ella cosas inmortales; y somos avaros de las cosas inmortales. ¿Por qué, pues, tememos agotar el cielo que hay en nosotros? No nos atrevemos a obrar según el Dios que nos anima. Tememos lo que no se explica por medio de un gesto o una palabra; y cerramos los ojos sobre lo que hacemos a pesar nuestro en el imperio en que las explicaciones son superfluas. ¿Cuál es, pues, el origen de la timidez de lo divino en los hombres? Diríase que a medida que un movimiento

del alma se acerca a lo divino, cuidamos más de disimularlo a las miradas de nuestros hermanos. ¿Acaso el hombre no es más que un dios que tiene miedo?, ¿o nos está prohibido hacer traición a poderes superiores? Todo lo que no pertenece a este mundo demasiado visible tiene la tierna humildad de la niña lisiada a quien su madre no llama cuando entran extraños en la casa. Por esto nuestra bondad secreta no ha pasado nunca hasta ahora las silenciosas puertas de nuestra alma. Vive en nosotros como una prisionera a quien se ha prohibido que se acerque a la reja. Bien que no debe acercarse a ella. Basta que esté allí. Por más que se oculte, tan pronto como levanta la cabeza, o cambia de sitio un eslabón de su cadena, o abre la mano, la cárcel se ilumina, los respiraderos se entreabren a la presión de las claridades interiores, hay de pronto un abismo lleno de ángeles agitados entre las palabras y los seres, todo calla, las miradas se vuelven un instante y dos almas se abrazan llamando en el umbral...

No es una cosa procedente de la tierra que habitamos, y todas las descripciones no servirían de nada. Es preciso que los que quieran comprenderme tengan también en sí mismos *el mismo punto sensible*. Si no habéis sentido nunca en la vida el poder de *vuestra bondad invisible*, no vayáis más lejos; sería inútil. Pero ¿habrá alguno que no haya experimentado ese poder? y los peores de nosotros ¿no fueron jamás invisiblemente buenos? No sé; ¡hay en este mundo tantos seres que no piensan más que en desalentar lo divino en su alma! Basta un momento de tregua, sin embargo, para que lo divino se alce, y ni aun los más malos están siempre en guardia; por esto, sin duda, hay tantos malos que son buenos sin que se vea, al paso que hay muchos santos que no son invisiblemente buenos...

He hecho sufrir más de una vez, añadió mi sabio, como todo ser hace sufrir en torno suyo. He hecho sufrir porque estamos en un mundo en que todo se enlaza por medio de hilos invisibles, en un mundo en que nadie está solo, y porque el gesto más dulce de la bondad o del amor ¡lastima a menudo a tanta inocencia a nuestro lado! He hecho sufrir también, porque los mejores y los más tiernos necesitan a veces buscar no sé qué parte de sí mismos en el dolor ajeno. Hay semillas que no germinan en nuestra alma sino bajo la lluvia de las lágrimas que se vierten a causa de nosotros; y sin embargo, esas semillas producen buenas flores y saludables frutos. ¿Qué le haremos? Es una ley que no hemos hecho nosotros; y no sé si me atrevería a querer a un hombre que no hubiese hecho llorar a nadie. Con frecuencia, los que más amaron fueron los que hicieron sufrir más, pues no se sabe qué crueldad tierna y tímida suele ser la hermana inquieta del amor. El amor busca en todas partes pruebas del amor, y esas primeras pruebas ¿quién no propende a encontrarlas desde luego en las lágrimas de la amada?

La misma muerte no bastaría para tranquilizar al amante si ésta se atreviese a escuchar las exigencias del amor; porque el instante de la muerte parece demasiado breve a la íntima crueldad del amor; más allá de la muerte, hay todavía espacio para un mar de dudas; y los que mueren juntos quizá no mueren sin inquietudes. Aquí se necesitan largas y lentas lágrimas. El dolor es el primer alimento del amor; y todo amor que se ha alimentado con un poco de dolor puro, muere como el recién nacido a quien se quisiera alimentar como se alimenta a un hombre. ¿Amaréis del mismo modo a la que siempre os hizo sonreír y a la que a veces os hizo llorar? ¡Ay! es necesario que el amor lllore y que lllore muy a menudo. En el momento en que se elevan los sollozos es cuando las cadenas del amor se forjan y se templan para la vida...

He hecho sufrir así porque amaba, prosiguió; he hecho sufrir así porque no amaba ya. Pero ¡qué diferencia entre los dos dolores! Aquí, las lentas lágrimas del amor desgraciado parecían saber ya, en el fondo de sí mismas, que regaban en nuestras dos almas

juntas algo de indecible, y allí esas pobres lágrimas sabían por su parte que caían solas en un desierto. Pero en esos momentos en que el alma es verdaderamente todo oídos o más bien todo alma, es cuando reconocí el poder de una bondad invisible que sabía conceder a las desgraciadas lágrimas del amor que moría las ilusiones divinas del amor que va a nacer. ¿No habéis tenido jamás uno de esos tristes momentos en que los besos sin esperanza no podían ya sonreír y en que el alma comprendía al fin que se había engañado? Las palabras ya sólo sonaban con gran dificultad en el aire frío de la separación definitiva; ibais a alejaros para siempre, y las manos casi inanimadas se tendían hacia el adiós de las partidas sin regreso, cuando el alma, de pronto, hacía sobre sí misma un movimiento imperceptible. El alma vecina despertaba al instante en las cúspides del ser, nacía algo muy por encima del amor de los amantes fatigados, y por más que los cuerpos se separasen, las almas no iban a olvidar jamás que se habían mirado un instante por cima de las montañas que nunca habían visto, y que un momento, habían sido buenas, con una bondad que aún no conocían...

¿Qué movimiento misterioso es, pues, ese de que no hablo aquí sino a propósito del amor, pero que puede efectuarse en las más pequeñas circunstancias de la vida? ¿Es no sé qué sacrificio o qué abrazo interior, el profundísimo deseo de ser alma para un alma, o el sentimiento siempre tierno de la presencia de una vida invisible e igual a la nuestra? ¿Es todo lo que hay de admirable y triste en el solo hecho de vivir, y el aspecto de la vida una e indivisible que en tales momentos inunda todo nuestro ser? Lo ignoro, pero entonces es cuando sentimos verdaderamente que hay en alguna parte una fuerza desconocida, que somos los tesoros de un Dios que lo ama todo, que ni un gesto de ese Dios pasa inadvertido, y que nos encontramos en fin en la región de las cosas que no engañan...

La verdad es que desde el nacimiento hasta la muerte no salimos nunca de esa región definitiva, pero vagamos en Dios como pobres sonámbulos, o como ciegos que buscan desesperados el templo en que se encuentran. Estamos aquí, en la vida, hombre contra hombre, alma contra alma, y los días y las noches se pasan sobre las armas. No nos vemos, ni nos tocamos. Nunca vemos más que broqueles y cascos, y no tocamos más que hierro y bronce. Pero si una pequeña circunstancia procedente de la sencillez del cielo hace caer un instante las armas, ¿no hay siempre lágrimas bajo el casco, sonrisas infantiles detrás del broquel, y no se descubre otra verdad?

Mi sabio reflexionó otra vez, y repuso luego más tristemente: Una mujer, creía decíroslo hace poco, una mujer a quien hice sufrir a pesar mío —pues los más atentos, sin saberlo derraman sufrimientos en torno suyo—, una mujer a quien hice sufrir a pesar mío, me reveló un día el poder soberano de esa invisible bondad. Es necesario haber sufrido para ser bueno; pero quizás es preciso haber hecho sufrir para volverse más bueno todavía. Aquel día lo experimenté. Me sentía solo en esa triste zona de los besos en que parece que se visita ya las cabañas de los pobres, cuando la amante retrasada sonríe aún en los palacios de los primeros días. El amor según los hombres se moría entre nosotros como un niño atacado de un mal que viene no se sabe de dónde y que no puede tener piedad. No nos dijimos nada. Ni siquiera podría yo recordar en qué pensaba en tan grave momento. Sin duda en cosas insignificantes. En la última persona encontrada, en la temblorosa claridad de un farol que alumbra una esquina desierta, y sin embargo, todo pasó en una luz mil veces más pura y mil veces más alta que si todas las fuerzas de la piedad y del amor de que dispongo en mis pensamientos y en mi corazón hubiesen intervenido. Nos separamos sin decir nada, pero comprendimos al mismo tiempo nuestro pensamiento inexpresable. Sabemos ahora que nació otro amor que no tiene necesidad de las palabras, de los pequeños cuidados ni de las sonrisas del amor ordinario. No nos hemos vuelto a ver, ni volveremos a

vernos quizás en muchos siglos. «Sin duda necesitaremos olvidar muchas cosas y aprender otras muchas, a través de todos los mundos por los cuales tendremos que pasar», antes de encontrarnos *en el mismo movimiento de alma* que tuvo efecto aquel día; pero tenemos tiempo de esperar...

Por esto, desde aquel día, he saludado en todas partes, y hasta en el fondo de los momentos más rudos, la bienhechora presencia de ese poder maravilloso. Basta haberla visto claramente una vez, para que su imagen no se aparte nunca de nosotros. La veréis sonreír con frecuencia en los últimos refugios del odio y hasta en el fondo de las lágrimas más crueles. Y sin embargo, no se muestra a los ojos de nuestro cuerpo. Tan pronto como se manifiesta por un acto exterior, cambia de naturaleza; y ya no estamos en la verdad según el alma, sino en una especie de mentira según los hombres. La bondad y el amor que no se ignoran no ejercen ninguna acción sobre las almas porque han salido de los reinos en que viven; pero mientras son ciegos podrían enternecer al mismo Destino. He conocido a más de un hombre que cumplía todas las obras de la bondad y de misericordia sin llegar a ninguna alma; y he conocido a otros que parecían vivir en la mentira y en la injusticia sin alejar a esas mismas almas y sin hacer concebir un solo instante la idea de que no fuesen buenos. Hay más: aun aquellos que no os conocen y a quienes refieren simplemente vuestros actos de bondad y vuestras obras de amor, si no sois buenos según la bondad invisible, sospecharán algo, y no serán nunca impresionados en las profundidades de su ser. Como si hubiese en alguna parte un sitio en que todo se pesa en presencia de los espíritus; o bien, allá, al otro lado de la noche, un depósito de certezas, donde el mudo rebaño de las almas va a beber cada mañana.

Quizá no se sabe aún lo que significa la palabra *amar*. Hay en nosotros vidas en que amamos sin saberlo. Amar así no es solamente tener piedad, sacrificarse interiormente, querer ayudar y hacer feliz a alguien, es una cosa mil veces más profunda, que las palabras humanas más suaves, más ágiles y más fuertes no pueden alcanzar. Diríase por momentos que es un recuerdo furtivo, pero en extremo penetrante, de la gran unidad primitiva. Hay en ese amor una fuerza a la cual nada puede resistir. ¿Quién de nosotros, si interroga por el lado de las luces que de ordinario no mira, quién de nosotros no encuentra en sí mismo el recuerdo de ciertas obras extrañas de esa fuerza? ¿Quién de nosotros no ha sentido sobrevenir de pronto, al lado de un ser, quizás indiferente, algo que nadie llamaba? ¿Era el alma o bien la vida que se volvía sobre sí misma como un durmiente que despierta? No sé; tampoco lo sabíais vosotros y nadie hablaba de ello; pero no os separabais como si nada hubiese sucedido.

Amar así es amar según el alma; y no hay alma que no responda a ese amor. Porque el alma humana es un convidado hambriento desde hace siglos; y nunca hay necesidad de llamarla dos veces al festín nupcial.

Todas las almas de nuestros hermanos vagan sin cesar en torno nuestro en busca de un beso, y no esperan más que una señal. Pero ¡cuántos seres hay que nunca se han atrevido a hacer una de esas señales en su vida! Es la desgracia de toda nuestra existencia el vivir así aislados de nuestra alma y tener miedo de sus menores movimientos. Si le permitiéramos sonreír francamente en su silencio y en su luz, viviríamos ya de una vida eterna. Basta considerar un instante lo que logra hacer en los raros minutos en que no nos acordamos de encadenarla como a una loca; en el amor, por ejemplo, en que a veces la dejamos asomar a las rejillas de la vida exterior. Y en la vida, según la verdad primera, ¿no deberían todos los seres sentirse en presencia nuestra como la amada en presencia del amante?

Esa invisible y divina bondad de la cual hablo aquí únicamente porque es uno de los

signos más seguros y más próximos de la incesante actividad de nuestra alma, esa invisible y divina bondad ennoblece de un modo definitivo todo lo que ha tocado sin saberlo. Que todos los que se quejan de su ser desciendan en sí mismos y se pregunten si fueron buenos jamás en presencia de ese ser. Por lo que a mí toca, nunca encontré una sola persona a cuyo lado sentí conmoverse mi bondad invisible, que no se volviese en el acto mejor que yo mismo. Sed buenos en las profundidades y veréis que los que os rodean se volverán buenos hasta las mismas profundidades. Nada responde más infaliblemente al grito secreto de la bondad que el grito secreto de la bondad vecina. Mientras seáis buenos activamente en lo invisible, todos los que se os acerquen harán, sin saberlo, cosas que no podrían hacer al lado de otro hombre. Hay ahí una fuerza que no tiene nombre, una rivalidad espiritual que es irresistible. Diríase que es exactamente aquí donde se encuentra el punto sensible de nuestras almas; porque hay almas que parecen haber olvidado que existen, y haber renunciado a todo lo que eleva su ser; pero cuando se les hiere en ese punto, se levantan todas; y en los divinos campos de la bondad secreta, la más humilde de las almas no soporta la derrota.

Y sin embargo, es posible que nada cambie en la vida que se ve; pero ¿es eso lo único que importa, y no existimos realmente más que por actos que pueden cogerse en la mano como los guijarros del camino? Si os preguntáis, como nos dicen que es necesario preguntarnos cada noche: «¿Qué he hecho de inmortal hoy?», ¿necesitáis buscar siempre desde luego por el lado de las cosas que se pueden contar, pesar y medir sin error? Es posible que derramáis lágrimas extraordinarias, que llenéis un corazón de certidumbres inauditas, y que deis la vida eterna a un alma sin que nada cambie; que nadie lo note, sin que vos mismo lo sepáis. Es posible que a la prueba todo se derrumbe y que esa bondad ceda al menor temor. No importa. Se ha operado algo de divino; y nuestro Dios debe haber sonreído en alguna parte. ¿No es quizás el fin supremo de la vida el hacer renacer así lo inexplicable en nosotros?; y ¿sabemos acaso lo que añadimos a nosotros mismos cuando despertamos una pequeña parte de lo incomprensible que duerme en todos los rincones? Aquí habéis despertado al amor que no vuelve a dormirse. El alma que vuestra alma ha mirado y que ha vertido con vos las santas lágrimas del júbilo solemne que no se ve, no os guardará rencor en medio de los tormentos. Ni siquiera tendrá necesidad de perdonar. Está tan segura de no sé qué, que ya nada podrá borrar o atenuar su sonrisa interior; porque nada podrá separar dos almas que durante un instante «han sido buenas juntas».

## LA BELLEZA INTERIOR

No hay nada en el mundo tan ávido de belleza, no hay nada en el mundo que se embellezca tan fácilmente como un alma. No hay nada en el mundo que se eleve con más naturalidad y se ennoblezca con más prontitud. No hay nada en el mundo que obedezca más escrupulosamente a las órdenes puras y nobles que le dan. No hay nada en el mundo que soporte más dócilmente el imperio de un pensamiento más elevado que los demás. Así es que pocas almas en la tierra resisten al dominio de un alma que se deja ser bella.

Diríase verdaderamente que la belleza es el alimento único de nuestra alma; la busca en todas partes y hasta en la vida más baja no muere de hambre. Es que no hay belleza que pase completamente inadvertida. Es posible que no pase nunca sino en la inconsciencia, pero obra con tanta fuerza de noche como a la luz del día. La única diferencia es que procura en ella una alegría menos perceptible. Examinad a los hombres

más ordinarios, cuando un poco de belleza viene a rozar sus tinieblas. Ahí están, reunidos en cualquier parte; y al encontrarse juntos, sin que se sepa por qué, parece que su primer cuidado está en cerrar desde luego las grandes puertas de la vida. Cada uno de ellos, sin embargo, cuando estaba solo, ha vivido más de una vez según su alma. Amó quizá; sufrió sin duda. También oyó, inevitablemente, «los sonidos de la región lejana de los Esplendores y de los Terrores» y muchas noches supo inclinarse en el silencio ante leyes más profundas que el mar. Pero cuando están juntos les gusta embriagarse de cosas bajas. Tienen no sé qué extraño miedo a la belleza; y cuanto más numerosos son, más miedo tienen, como tienen miedo del silencio o de una verdad demasiado pura.

Y esto es tan cierto que si uno de ellos hubiese hecho aquel día una cosa heroica, procuraría excusarla atribuyendo a su acto móviles miserables, móviles que buscaría en la región inferior en que se hallan reunidos. Escuchad, sin embargo: se ha pronunciado una palabra alta y orgullosa que ha vuelto a abrir en cierto modo las fuentes de la vida. Un alma ha osado mostrarse un instante tal cual es en el amor, en el dolor, ante la muerte o en la soledad en presencia de las estrellas de la noche. Hay inquietud y los semblantes se asombran o sonríen. Pero ¿no habéis sentido nunca en tales momentos, con qué fuerza unánime todas las almas miran y cómo la más débil aprueba indeciblemente en el fondo de su prisión la palabra que ha reconocido semejante a sí misma? Reviven bruscamente en su atmósfera primitiva y normal; y si tuvieseis los oídos de los ángeles, seguramente oiríais fuertes aplausos en el reino de las luces admirables en que viven entre sí.

¿Creéis que si cada noche se pronunciase una palabra análoga, las almas más temerosas no cobrarían valor, y los hombres no vivirían más verdaderamente? No es necesario siquiera que una palabra análoga se repita. Ha sucedido algo muy profundo que dejará huellas muy profundas también. El alma que ha pronunciado esa palabra será reconocida cada noche por sus hermanas; y su sola presencia va a poner en lo sucesivo no sé qué de augusto en las frases más insignificantes. De todas maneras, ha habido un cambio que no se puede determinar. Las cosas inferiores ya no tendrán la misma fuerza exclusiva y las almas asustadas saben que en alguna parte hay un refugio...

Es indudable que las relaciones naturales y primitivas de alma a alma son relaciones de belleza. La belleza es el único lenguaje de nuestras almas... No comprenden otros. No tienen otra vida, no pueden producir otra cosa, no pueden interesarse en otra cosa. Por esto, todo pensamiento, toda palabra, todo acto grande y bello es inmediatamente aplaudido por el alma más oprimida y aun por la más baja, si cabe decir que hay almas bajas. Carece de órgano que la una a otro elemento y no puede juzgar sino según la belleza. A cada instante lo veis en vuestra vida; y vos mismo, que más de una vez habéis renegado de la belleza, lo sabéis tan bien como los que la buscan sin cesar en su corazón.

Si un día tenéis profundamente necesidad de otro ser ¿acudiréis al que sonrió con una sonrisa miserable cuando pasaba la belleza? Quizá fuisteis de los que lo aprobaron; pero en este momento grave en que la que llama a vuestra puerta es la verdad, os volveréis hacia el otro que supo inclinarse y amar. Vuestra alma había juzgado en sus profundidades; y es su juicio silencioso e infalible el que, quizá treinta años después, resurge a la superficie, y os envía una hermana que es más vos que vos mismo porque estuvo más cerca de la belleza.

¡Se necesita tan poca cosa para estimular la belleza en un alma! ¡Se necesita tan poca cosa para despertar a los ángeles dormidos! Quizá no es necesario despertar, sino que basta simplemente no adormecer. No es quizás el elevarse, sino el descender, lo que requiere esfuerzos. ¿No se necesita esfuerzo para no pensar más que en cosas mediocres

ante el mar o en presencia de la noche? ¿Y qué alma no sabe que se halla siempre ante el mar y en presencia de una noche eterna? Siuviésemos menos miedo de la belleza, llegaríamos a no encontrar otra cosa en la vida, porque, en realidad, bajo todo lo que se ve, lo único que existe es eso. Todas las almas lo saben, todas las almas están prontas; pero ¿dónde están las que no ocultan su belleza? Sin embargo, es necesario que una de ellas «empiece». ¿Por qué no atreverse a ser la que «empiece»? Todas las demás están ahí, ávidas en torno nuestro como niños ante un palacio maravilloso. Se apiñan en el umbral, cuchichean, miran por las rendijas, pero no se atreven a empujar la puerta. Esperan que una persona mayor venga a abrir. Pero la persona mayor no pasa casi nunca. Y sin embargo, ¿qué se necesitaría para llegar a ser la persona mayor que esperan? Casi nada. Las almas no son exigentes. Un pensamiento casi bello que no pronunciáis y que alimentáis en este momento os ilumina como vaso transparente. Las almas lo ven y os acogerán de muy distinto modo que si trataseis de engañar a vuestro hermano. Nos sorprende oír decir a ciertos hombres que nunca han encontrado fealdad verdadera y que aún no saben lo que es un alma baja. Pero no es extraño; esos hombres «habían empezado». Como eran bellos, llamaban a sí toda belleza que pasaba, como un faro llama a los buques de los cuatro puntos del horizonte.

Los hay que se quejan de las mujeres, por ejemplo, y que no piensan que la primera vez que encontramos una mujer, basta una palabra, un solo pensamiento que niegue lo que es bello y lo que es profundo para envenenar para siempre *vuestra existencia* en su alma. «En cuanto a mí, díjome un día un sabio, no he conocido una sola mujer que no me haya traído algo de grande». Desde luego, él era grande, y en eso estaba su secreto. No hay más que una cosa que el alma no perdona jamás, y es el haberse visto obligada a mirar, a codear, a compartir una acción, una palabra o un pensamiento feo. No puede perdonarlo, porque perdonar es aquí negarse a sí misma. Y sin embargo, para la mayor parte de los hombres, el ser ingenioso, el ser fuerte, el ser hábil, ¿no es alejar ante todo su alma de su vida?; ¿no es apartar con cuidado todas las tendencias demasiado profundas? Obran así hasta en el amor; por esto la mujer, que se halla aún más cerca de la verdad, casi nunca tiene un instante de vida verdadera con ellos. Diríase que tememos alcanzar nuestra alma y procuramos mantenernos a mil leguas de su belleza.

Convendría, por el contrario, que intentáramos marchar hacia delante. Pensad o decid en este momento cosas que son demasiado bellas para ser verdaderas en vosotros; serán verdaderas mañana si habéis intentado pensarlas o decirlas esta noche. Procuremos ser más bellos que nosotros mismos; no superaremos a nuestra voluntad. Nadie se equivoca cuando se trata de belleza silenciosa y oculta. Por lo demás, poco importa que un ser se equivoque o no se equivoque, desde el momento que el manantial interior es muy claro. Pero ¿quién piensa en hacer el menor esfuerzo que no se ve? Sin embargo, nos encontramos aquí en un dominio en que todo es eficaz porque todo espera. Todas las puertas están abiertas; no hay más que empujarlas; y el palacio está lleno de reinas encantadas. Con mucha frecuencia, una sola palabra basta para barrer montañas de basura. ¿Por qué no se ha de tener el valor de oponer a una pregunta baja una contestación noble? ¿Creéis que pasa completamente inadvertida o que no despierta más que asombro? ¿Creéis que eso no se acerca más el diálogo natural de dos almas? No se sabe lo que eso estimula o libra. Hasta el que rechaza esa contestación da un paso, a pesar suyo, hacia su propia belleza. Una cosa bella no muere sin haber purificado algo. No hay belleza que se pierda. No debe asustar el sembrarlas por los caminos. Allí permanecerán durante semanas, durante años; pero no se disuelven, como no se disuelve el diamante, y alguien acabará por pasar que las verá brillar,

que las recogerá y se marchará contento.

¿Por qué, pues, detener en vosotros mismos una palabra bella y elevada porque creéis que los demás no os comprenderán? ¿Por qué, pues, dificultar un instante de bondad superior que nacía porque pensáis que los que os rodean no se aprovecharán de ella? ¿Por qué pues, reprimir un movimiento instintivo de vuestra alma hacia las alturas porque os encontráis entre la gente del valle? ¿Es que un sentimiento profundo pierde su acción en las tinieblas? ¿Es que un ciego no tiene más medios que los ojos para discernir a los que le quieren de los que no le quieren? ¿Es que la belleza necesita ser comprendida para existir, y creéis que en todo hombre no hay algo que comprenda mucho más allá de lo que parece comprender, y mucho más allá de lo que cree comprender? «Ni aun a los más miserables, me decía en cierta ocasión el ser más elevado que he tenido la dicha de encontrar, ni aun a los más miserables he tenido nunca el valor de contestar una cosa fea o mediocre». Y vi que aquel ser, a quien seguí largo tiempo en su vida, tenía sobre las almas más oscuras, más cerradas, más ciegas y más rebeldes, un poder inexplicable, pues ninguna boca puede expresar el poderío de un alma que se esfuerza por vivir en una atmósfera de belleza, y que es activamente bella en sí misma. ¿Y no es, por otra parte, la condición de esa actividad la que hace que la vida sea miserable o divina? Si pudiésemos ir al fondo de las cosas, descubriríamos seguramente que la fuerza de algunas almas bellas sostiene a las demás en la vida. La única moral viva y eficaz ¿no es la idea que cada cual se hace de algunos seres escogidos? Pero en esta idea, ¿cuál es la parte del alma elegida y cuál la parte del que la elige? ¿Es que eso no se mezcla muy misteriosamente y esa moral ideal no llega a profundidades que la moral de los libros más hermosos nunca podrá alcanzar? Hay en eso una influencia de una extensión cuyos límites son muy difíciles de fijar, y un manantial de fuerza al que cada uno de nosotros va a beber más de una vez al día.

No creo que nada embellezca un alma más insensiblemente, más naturalmente, que la seguridad de que hay en alguna parte, no lejos de ella, un ser puro y bello a quien puede amar sin recelo. Cuando se ha acercado verdaderamente a semejante ser, la belleza cesa de ser una bella cosa muerta que se enseña a los viajeros; pero adquiere de pronto una vida imperiosa, y su actitud se vuelve tan natural que ya nada resiste. Por esto es necesario que los buenos vigilen.

Si pudiéramos preguntar a un ángel lo que hacen nuestras almas en la sombra, creo que contestaría, después de haber mirado largos años quizá, mucho más allá de lo que parecen hacer a los ojos de los hombres: «Transforman en belleza las pequeñeces que se les ofrecen.» ¡Ah!, debemos confesar que el alma humana tiene un valor singular. Se resigna a trabajar toda una noche en las tinieblas donde la mayor parte de nosotros la relegamos y donde nadie le habla. Hace allí lo que puede sin quejarse y procura sacar de las piedras que le tiran el grano de luz eterna que encierran quizá. Y mientras se aplica, acecha el momento en que podrá enseñar a una hermana más querida o acaso más próxima, los laboriosos tesoros por ella acumulados. Pero hay millares de existencias en que ninguna hermana la visita, y en que la vida la ha vuelto tan tímida que se va sin decir nada, y sin haber podido adornarse una sola vez con las más humildes joyas de su humilde corona.

He dicho que el alma transforma en belleza las pequeñeces que se le ofrecen, y, si bien se mira, parece que no tiene otra razón de ser, y que toda su actividad se emplea en reunir en el fondo de nosotros un tesoro de belleza indescriptible. ¿Es que todo no se convertiría naturalmente en belleza si no viniésemos a turbar sin cesar el obstinado trabajo de nuestra alma? ¿Es que el mismo mal no se vuelve precioso cuando el alma ha extraído de él el diamante profundo del arrepentimiento? ¿Es que las injusticias que habéis cometido

y las lágrimas que habéis hecho derramar no acaban un día por transformarse a su vez en luz y amor en vuestra alma?...

«No hay un hecho, no hay un acontecimiento de nuestra existencia, dice Emerson, que tarde o temprano deba perder su forma inerte y asombrarnos al tomar su vuelo, desde el fondo de nuestro cuerpo, al Empíreo.» Esto es tan cierto, que a medida que se avanza hacia esas regiones, se descubren esferas más divinas. No se sabe en qué consiste esa actividad silenciosa de las almas que nos rodean. Habéis dicho una palabra pura a un ser que no la ha comprendido. La habéis creído perdida y no habéis vuelto a acordaros de ella. Pero un día, por casualidad, la palabra resurge con transformaciones inauditas, y se pueden ver los inesperados frutos que ha dado en las tinieblas; luego todo vuelve a caer en el silencio. Pero ¿qué importa? Se adquiere el conocimiento de que nada se pierde en un alma y de que las más pequeñas tienen también sus momentos de esplendor.

Es necesario que la belleza no sea una fiesta aislada en la vida, sino que sea una fiesta cotidiana. No se necesita gran esfuerzo para ser admitido entre aquellos «en cuyos ojos la tierra cubierta de flores y los cielos resplandecientes ya no entran por partes infinitesimales, sino en masas sublimes», y hablo de flores y cielos más duraderos y más puros que los que se ven. Hay mil canales por donde la belleza de nuestra alma puede subir hasta nuestro pensamiento. Hay sobre todo el canal admirable y central del amor.

¿No es en el amor donde se encuentran los más puros elementos de belleza que podemos ofrecer a nuestra alma? Hay seres que se aman así en la belleza. Amar así es perder poco a poco el sentido de la fealdad; es cerrar los ojos a todas las pequeñeces y no entrever ya más que la frescura y la virginidad de las almas más humildes. Amar así es no tener siquiera necesidad de perdonar. Amar así es no poder ya ocultar nada, porque ya no hay nada que el alma siempre presente no transforme en belleza. Amar así es no ver ya el mal sino para purificar la indulgencia y para aprender a no confundir al pecador con su pecado. Amar así es elevar en nosotros mismos a todos los que nos rodean a alturas en que ya no pueden faltar y de donde una baja acción debe caer de tan alto que al caer al suelo descubre, a pesar suyo, su alma de diamante. Amar así es transformar sin saberlo, en movimientos ilimitados, las intenciones más pequeñas que velan en torno nuestro. Amar así es llamar a todo lo que hay de bello en la tierra, en el cielo y en el alma al festín del amor. Amar así es evocar, al menor gesto, la presencia de nuestra alma y de todos sus tesoros.

Ya no es necesaria la muerte ni las desdichas ni las lágrimas para que el alma aparezca; basta una sonrisa. Amar así es entrever la verdad en la dicha tan profundamente como algunos héroes la entrevieron a la luz de los grandes dolores. Amar así es no distinguir ya la belleza que se trueca en amor del amor que se trueca en belleza. Amar así es no querer decir ya dónde acaba el rayo de una estrella y dónde empieza el beso de un pensamiento común. Amar así es llegar tan cerca de Dios que los ángeles os poseen. Amar así es embellecer juntos la misma alma que se convierte poco a poco en el ángel único de que habla Swedenborg. Amar así es descubrir cada día una belleza nueva en ese ángel misterioso, y es marchar juntos en una bondad cada vez más viva y cada vez más elevada.

Porque hay también una bondad muerta, formada únicamente del pasado; pero el amor verdadero hace inútil el pasado y crea a su lado un inagotable porvenir de bondad, sin desdichas y sin lágrimas. Amar así es redimir nuestra alma, y adquirir una belleza igual a la del alma ya libre. «Si en la emoción que debe causarte ese espectáculo, dice a propósito de cosas análogas el gran Plotino, no proclamases que es bello, y si mirando en el fondo de ti mismo, no experimentases el encanto de la belleza, en vano buscarías en semejante disposición la belleza inteligible; pues no la buscarías sino en lo impuro y lo feo. Por esto lo

que aquí decimos no va dirigido a todos los hombres. Pero si has reconocido en ti la belleza, elévate a la reminiscencia de la belleza inteligible...»

## LA VIDA PROFUNDA

Bueno es recordar a los hombres que el más humilde de ellos «tiene el deber de esculpir, conforme a un modelo divino que él no elige, una gran personalidad moral, compuesta de él mismo y del ideal en partes iguales; y que lo que vive con plena realidad, ciertamente es eso».

Es necesario que todo hombre encuentre para sí una posibilidad particular de vida superior a la humilde e inevitable realidad cotidiana. No hay fin más noble para nuestra vida. Lo que nos distingue a los unos de los otros son las relaciones que tenemos con el infinito. El héroe no es más grande que el mísero que marcha a su lado, sino porque en cierto momento de su existencia tuvo una conciencia más viva de una de esas relaciones. Si es verdad que la creación no se detiene en el hombre y que nos rodean seres superiores e invisibles; esos seres no nos son superiores sino porque tienen con el infinito relaciones que ni siquiera podemos sospechar.

Nos es posible multiplicar estas relaciones. En la vida de todo hombre ha habido un día en que el cielo se abrió de por sí y, casi siempre, de ese instante data la verdadera personalidad espiritual de un ser. Fue en ese instante cuando se formó sin duda la invisible y eterna fisonomía que mostramos sin saberlo a los ángeles y a las almas. Mas para la mayor parte de los hombres el cielo no se abre así más que por casualidad. No escogieron el rostro por el cual los ángeles los reconocen en el infinito y no saben ennoblecer y purificar sus facciones. Sólo nacieron de una alegría, de una tristeza, de un terror o de un pensamiento accidental.

Nacemos verdaderamente el día en que por primera vez sentimos profundamente que hay algo grave e inesperado en la vida. Unos observan de pronto que no se encuentran solos bajo la bóveda celeste. Otros, dando un beso o vertiendo unas lágrimas, caen bruscamente en la cuenta de que «la fuente de todo lo que hay de mejor y de santo desde el universo hasta Dios está oculta detrás de una noche llena de estrellas demasiado lejanas»; un tercero vio extenderse una mano divina entre su alegría y su felicidad, y otro comprendió que los muertos tienen razón. Otro tuvo piedad, otro admiró y otro tuvo miedo. Con frecuencia no se necesita casi nada; una palabra, un gesto, una pequeña cosa que ni siquiera es un pensamiento. «Antes te quería como a un hermano, dijo un héroe de Shakespeare ante un acto que admira; antes te quería como a un hermano; pero ahora te respeto como a un alma.» Es probable que aquel día vino un ser al mundo.

Podemos nacer por consiguiente más de una vez; y a cada uno de esos nacimientos nos acercamos un poco a nuestro Dios. Pero casi todos nos contentamos con esperar que un acontecimiento lleno de una luz irresistible penetre violentamente en nuestras tinieblas y nos ilumine a pesar nuestro. Esperamos no sé qué feliz coincidencia, en que los ojos de nuestra alma se hallan por casualidad abiertos en el momento en que nos sucede algo de extraordinario. Pero hay luz en todo lo que nos acontece; y los hombres más grandes no fueron tales sino porque tenían la costumbre de abrir los ojos a todas las luces. ¿Es pues necesario que vuestra madre agonice en vuestros brazos, que vuestros hijos perezcan en un naufragio y que vos mismo paséis al lado de la muerte para adquirir por fin el conocimiento de que estáis en un mundo incomprensible donde os encontráis para siempre, y en que un

Dios que no se ve permanece eternamente solo con sus criaturas? ¿Es pues necesario que vuestra prometida perezca en un incendio o que desaparezca a vuestros ojos en las verdes profundidades del Océano para que vislumbréis un instante que los últimos límites del reino del amor van quizá más allá de las llamas casi invisibles de Mira, de Altair y de la Cabellera de Berenice? Si hubieseis abierto los ojos ¿no hubierais podido ver en un beso lo que hoy observáis en una catástrofe? ¿Es necesario que el dolor despierte así a lanzadas los recuerdos divinos que duermen en nuestras almas? El sabio no tiene necesidad de esas sacudidas. Mira una lágrima, el gesto de una virgen, una gota de agua que cae; escucha su pensamiento que pasa, estrecha la mano de un hermano, se acerca a unos labios, con los ojos abiertos y con el alma abierta también. En ello puede ver sin cesar lo que no vislumbrasteis más que un instante; y una sonrisa le dará a conocer fácilmente lo que una tempestad y la mano misma de la muerte han debido revelarlos.

Porque, ¿qué es en el fondo todo lo que se llama «Sabiduría», «Virtud», «Heroísmo» y «las horas sublimes, y los grandes momentos» de la vida, sino los momentos en que uno ha salido más o menos de sí mismo y en que ha podido detenerse, siquiera un minuto, en el umbral de una de las puertas eternas, desde donde se ve que el más pequeño grito, el pensamiento más pálido y el gesto más débil no caen en la nada; o bien que, si caen en ella, esta caída misma es tan inmensa que basta para dar un carácter augusto a nuestra vida? ¿Por qué esperáis que el firmamento se abra al estruendo del rayo? Hay que estar atento a los minutos felices en que se abre en silencio; y se abre sin cesar. Buscáis a Dios en vuestra vida, y decís que Dios no parece. Pero ¿qué vida no tiene millares de horas parecidas a la hora de ese drama en que todos esperan la intervención divina, y en que nadie la ve hasta que un pensamiento invisible que ha trastornado la conciencia de un moribundo se manifiesta de pronto, y un anciano exclama sollozando de alegría y de espanto: «¿Dios? ¡Pero aquí está!...»

¿Es siempre preciso que nos avisen y que no podamos caer de rodillas si alguien no nos dice que Dios pasa? Si habéis amado profundamente, nadie ha tenido que haceros observar que vuestra alma era algo tan grande como los mundos; que los astros, las flores, las olas de la noche y las del mar no eran solitarios, que nada concluía y que todo empezaba en el umbral de las apariencias; y que hasta los labios que besabais pertenecían a un ser mucho más elevado, mucho más bello, mucho más puro que aquel que vuestros brazos estrechaban. Visteis entonces lo que no se ve en la vida sin embriaguez. Pero ¿no se puede vivir como si se amase siempre? Los héroes y los santos no hicieron otra cosa. ¡Ah! verdaderamente, esperamos demasiado en la existencia, como los ciegos de la leyenda que habían hecho un largo viaje para ir a escuchar a su Dios. Estaban sentados en las gradas, y cuando alguien les preguntaba qué hacían en el atrio del santuario, contestaban meneando la cabeza: «Estamos esperando, y Dios no ha dicho todavía una palabra.» Pero no habían visto que las puertas de bronce del templo estaban cerradas y no sabían que la voz de su Dios llenaba el edificio. Nuestro Dios no cesa un instante de hablar; pero nadie piensa en entreabrir las puertas. Y sin embargo, si se quisiese poner atención, no sería difícil escuchar, a propósito de todo acto, la palabra que Dios debe decir.

Vivimos todos en lo sublime. ¿En qué queréis que vivamos? No hay otro lugar de la vida. Lo que nos falta, no son las ocasiones de vivir en el cielo, sino la atención y el recogimiento; y un poco de embriaguez de alma. Si no tenéis más que una pequeña habitación, ¿creéis que Dios no está allí también, y que es imposible llevar en ella una vida algo elevada? Si os quejáis de que vivís solo, de que no sucede nada, de que nadie os quiere, de que no queréis a nadie, ¿creéis que las palabras no engañan, que es posible vivir

solo, que el amor es algo que se sabe, algo que se ve, y que los acontecimientos se pesan como el oro y la plata de los rescates? ¿Acaso un pensamiento vivo —elevado o pobre, poco importa; desde el momento que procede de vuestra alma es grande para vos—, acaso un alto deseo o simplemente un momento de atención solemne en la vida no pueden entrar en una pequeña habitación? Y si no amáis o no sois amado, y sin embargo podéis ver con cierta fuerza que mil cosas son bellas, que el alma es grande y que la vida es grave casi indeciblemente, ¿no vale tanto como si os amasen o como si amaseis? Y si el mismo cielo os está oculto, «el gran cielo estrellado, como dice el poeta, ¿no se extiende a pesar de todo sobre vuestra alma bajo la forma de la muerte?...»

Todo lo que nos acontece es divinamente grande y nos encontramos siempre en el centro de un gran mundo. Pero sería necesario acostumbrarnos a vivir como un ángel que acaba de nacer, como una mujer que ama o como un hombre que va a morir. Si supieseis que vais a morir esta noche o simplemente que vais a alejaros para siempre, ¿veríais por última vez a los seres y las cosas como los habéis visto hasta hoy? ¿Y no amaríais como nunca habéis amado? ¿Sería la bondad o la maldad de las apariencias lo que se agrandaría en torno vuestro? ¿Sería la belleza o la fealdad de las almas lo que tendríais el don de percibir? ¿Es que todo, hasta el mal mismo y los sufrimientos, no se transforma entonces en un amor lleno de lágrimas dulcísimas? ¿Es que cada ocasión de perdonar, como ha dicho un sabio, no quita algo a la amargura de la partida o de la muerte? Y sin embargo, en esas claridades de la tristeza y de la muerte, ¿se dan los últimos pasos hacia la verdad o hacia el error?

¿Son los vivos o los moribundos los que saben vivir y tienen razón? ¡Ah! ¡Felices los que han pensado, los que han hablado, los que han obrado de modo que puedan recibir la aprobación de los que van a morir o de aquellos a quienes un gran dolor ha vuelto clarividentes! No hay recompensa más dulce para el sabio a quien nadie escuchaba en la vida. Si habéis vivido en la belleza oscura, no os inquietéis. Una hora de suprema justicia acaba siempre por sonar en el corazón de todo hombre; y la desgracia abre los ojos que no se abrían nunca. ¿Quién sabe si no pasáis en este momento sobre el alma de un moribundo como la sombra del que ya conocía la verdad? ¿No es quizá sobre el lecho de los agonizantes donde se teje la verdadera y la más preciosa corona del sabio, del héroe y de todos los que han sabido vivir gravemente en las altas, puras y discretas tristezas de la vida según el alma?

«La muerte, dice Lavater, no embellece solamente nuestra forma inanimada; sino que hasta la sola idea de la muerte da una forma más bella a la vida misma.» Todo pensamiento infinito como la muerte embellece nuestra vida. Pero no hay que caer en el error. Todo hombre tiene nobles pensamientos que pasan como aves blancas sobre su corazón. ¡Ah!, éstos no cuentan, son extraños cuya presencia causa sorpresa y que se apartan con un gesto importunado. No tienen tiempo de tomar contacto con nuestra vida. Para que nuestra alma se vuelva grave y profunda como la de los ángeles, no basta entrever un instante el universo en la sombra de la muerte o de la eternidad, en la luz de la alegría o en las llamas de la belleza y del amor. Todo ser ha tenido movimientos de esos que no han dejado en él más que un puñado de cenizas inútiles. No basta una casualidad; es necesaria una costumbre. Hay que aprender a vivir en la belleza y en la gravedad habituales. En la vida, los seres más bajos distinguen perfectamente cuál es la cosa noble y bella que debería hacerse; pero esa cosa noble y bella no tiene bastante fuerza en ellos. Esa fuerza invisible y abstracta es lo que debemos procurar aumentar de antemano. Y esa fuerza no aumenta sino en quienes han adquirido la costumbre de sentarse más a menudo que los demás en las

cimas en que la vida penetra en el alma y desde donde se ve que todo acto y todo pensamiento está infaliblemente ligado con alguna cosa grande e inmortal.

Mirad a los hombres y las cosas según la forma y el deseo de vuestra vista interior; pero no olvidéis jamás que la sombra que proyectan al pasar por encima de la colina o por encima del muro no es más que la imagen pasajera de una sombra más poderosa que se extiende como el ala de un cisne imperecedero sobre toda alma que se acerca a su alma. No creáis que semejantes pensamientos sean simplemente adornos, ni que ejerzan influencia alguna en la vida de los que los admiten. Importa menos transformar nuestra vida que percibirla, pues se transforma por sí misma desde el momento que ha sido vista. Esos pensamientos de que hablo forman el tesoro secreto del heroísmo, y el día en que la vida nos obliga a abrir ese tesoro, quedamos sorprendidos al no encontrar en él más fuerzas que las que nos impulsan a la belleza perfecta. Entonces, basta que muera un gran rey para recordar «que el mundo no acaba a las puertas de las casas»; y la cosa más pequeña basta para ennoblecer un alma cada noche.

Pero no os bastará pensar que Dios es grande y que os movéis en su luz, para vivir en la belleza y en las fecundas profundidades en que vivieron los héroes. Es posible que recordéis mañana y tarde que las manos de todas las potencias invisibles se agitan como un toldo de innumerables pliegues sobre vuestra cabeza, sin que percibáis nunca el menor gesto de esas manos. Hay que estar eficazmente atentos; y vale más velar en la plaza pública que dormirse en el templo.

Hay belleza y grandeza en todo, puesto que basta una circunstancia inesperada para hacérsela ver. La mayor parte de los hombres lo saben, pero por más que lo sepan, sólo bajo el látigo de la fortuna o de la muerte rondan el muro de la existencia en busca de grietas por donde llegar hasta Dios. No ignoran que hay grietas eternas en las pobres paredes de una cabaña y que los más pequeños cristales no quitan una línea o una estrella a la inmensidad de los espacios celestes. Pero no basta poseer una verdad, es necesario que la verdad nos posea.

Y sin embargo, estamos en un mundo en que los menores acontecimientos asumen sin esfuerzo una belleza cada vez más pura y cada vez más elevada. Nada se mezcla tan fácilmente como la tierra y el cielo; y si habéis mirado las estrellas antes de abrazar a vuestra amante, no la abrazaréis de la misma manera que si hubieseis mirado las paredes de vuestro cuarto. Tened por seguro que el día en que os detuvisteis siguiendo un rayo de luz a través de una de las rendijas de la puerta de la vida, hicisteis algo tan grande como si hubieseis curado las heridas de un enemigo, pues en aquel momento ya no teníais enemigo.

Hay que vivir en acecho de nuestro Dios, porque Dios se oculta; pero sus ardidés, una vez conocidos, ¡son tan risueños y sencillos! La menor cosa nos revela entonces su presencia, ¡y la grandeza de nuestra vida depende de tan poco! Así es que se encuentra, en las obras poéticas, un verso que, acá y acullá, en medio de los humildes acontecimientos de nuestros días ordinarios, parece entreabrir de pronto alguna cosa enorme. No se ha pronunciado ninguna palabra solemne y diríase que no se ha evocado nada; y sin embargo, ¿por qué una faz infalible nos ha hecho seña detrás de las lágrimas de un anciano? ¿Por qué toda una noche poblada de ángeles se extiende en torno de la sonrisa de un niño? ¿Y por qué, a propósito de una palabra balbuceada por un alma que canta trabajando en otra cosa, nos hemos dicho de pronto, reteniendo un instante nuestra respiración: «Esta es la casa de Dios, y aquí está una de las entradas del cielo»?

Es porque esos poetas estaban más atentos que nosotros «a la sombra interminable...» En el fondo, la poesía suprema no es más que eso, y no tiene más objeto

que mantener abiertos «los grandes caminos que conducen de lo que se ve a lo que no se ve». Pero es también el fin supremo de la vida, y es mucho más fácil de alcanzar en la vida que en los más nobles poemas, puesto que los poemas han tenido que abandonar las dos grandes alas de silencio. No hay días pequeños. Es necesario que esta idea descienda a nuestra vida y que en ella se transforme en substancia. No se trata de estar tristes. Pequeñas alegrías, pequeñas sonrisas y grandes lágrimas, todo ocupa el mismo puesto en el espacio y en el tiempo. Podéis jugar en la vida tan inocentemente «como un niño en torno del lecho de un muerto» y los llantos no son indispensables. Las sonrisas, como las lágrimas, abren las puertas del otro mundo. Id, venid, salid; encontraréis lo necesario en las tinieblas, pero no olvidéis nunca que estáis cerca de las puertas.

Después de este largo rodeo, vuelvo a mi punto de partida, a saber, «que conviene recordar a los hombres que el más humilde de entre ellos tiene la facultad de esculpir, conforme a un modelo divino que él no elige, una gran personalidad moral, compuesta de él mismo y del ideal en partes iguales». Y esta «gran personalidad moral» no se ha esculpido nunca sino en las profundidades de la vida; y la reserva del ideal necesario no aumenta sino gracias a incesantes «revelaciones de lo divino». Todo hombre puede llegar en espíritu a las cúspides de la vida virtuosa y saber a cada momento lo que habría que hacer para obrar como un héroe o como un santo. Mas no es esto lo que importa. Es preciso que la atmósfera espiritual se transforme en torno nuestro al extremo de acabar por parecerse a la atmósfera de los bellos países del siglo de oro de Swedenborg, donde el aire no permitía que la mentira saliese de la boca. Llega entonces un momento en que el menor mal que quisiéramos hacer caer a nuestros pies como una bala de plomo sobre un disco de bronce, y en que casi todo se transforma, sin que lo sepamos, en belleza, amor y verdad.

Pero esa atmósfera no envuelve sino a los que han cuidado de airear con bastante frecuencia su vida entreabriendo, de vez en cuando, las puertas del otro mundo. Cerca de estas puertas es donde se ve. Cerca de estas puertas es donde se ama. Porque amar al prójimo no es sólo entregarse enteramente a él, servir, ayudar y socorrer a los demás. Es posible que no seáis bueno ni bello ni noble en medio de los más grandes sacrificios, y la enfermera que muere del contagio a la cabecera de un tísico tiene quizás un alma rencorosa, pequeña y miserable.

Amar al prójimo en las profundidades estables es amar lo que hay de eterno en los demás, pues el prójimo por excelencia es lo que se aproxima más a Dios, es decir, a lo más puro y bueno que hay en los hombres, y sólo permaneciendo siempre cerca de las puertas de que hace poco hablaba descubriréis lo que hay de divino en las almas. Entonces podréis decir con el gran Juan Pablo: «Cuando quiero amar muy tiernamente a una persona, y perdonárselo todo, no tengo más que mirarla durante algún tiempo en silencio».

Es preciso aprender a ver para aprender a amar. «Yo había vivido durante más de veinte años al lado de mi hermana, me decía en cierta ocasión un amigo, y la vi por primera vez en el momento de la muerte de nuestra madre.» Esta vez también había sido necesario que la muerte abriese violentamente una puerta eterna, para que dos almas se vieses en un rayo de luz primitiva. ¿Hay uno solo de vosotros que no se halle rodeado de hermanas que no ha visto?

Afortunadamente, aun en los que ven menos, hay siempre algo que obra en silencio como si hubiesen visto. Es posible que el ser bueno no consista más que en ser en un poco de claridad lo que todos son en las tinieblas. Por esto, sin duda, conviene esforzarnos en elevar nuestra vida y tender hacia las cúspides donde se llega a la imposibilidad de obrar mal. Por esto conviene acostumbrar nuestra vista a mirar los acontecimientos y a los

hombres en una atmósfera divina. Pero ni aun esto es indispensable; y ¡cómo la diferencia, a los ojos de un Dios, debe parecer pequeña!

Estamos en un mundo en que la verdad reina en el fondo de las cosas y en que no es la verdad, sino la mentira, la que necesita ser explicada. Si la dicha de vuestro hermano os entristece, no os despreciéis; no tendréis que andar mucho para encontrar en vos mismo algo que el camino no entristecerá. Y si no recorréis ese camino, poco importa; algo hay que no se ha entristecido.

Los que en nada piensan tienen la misma verdad que los que piensan en Dios: están menos cerca del umbral y nada más. «Hasta en la vida más vulgar, dice Renan, la parte de lo que se hace por Dios es enorme. El hombre más bajo prefiere ser justo a ser injusto; todos adoramos y oramos muchas veces al día sin saberlo.» Y nos asombramos cuando una casualidad nos revela súbitamente la importancia de esa parte divina.

Hay en torno nuestro millares y millares de pobres seres que no han visto nada bello en toda su existencia; van y vienen en la obscuridad; se cree que todo ha muerto, y nadie hace caso. Y he aquí que un día, una simple palabra, un silencio imprevisto, una pequeña lágrima, procedente de los manantiales mismos de la belleza, nos enteran de que han encontrado el medio de elevar, en la sombra de su alma, un ideal mil veces más bello que las cosas más bellas que sus oídos han escuchado y que sus ojos han visto.

¡Oh, nobles y pálidos ideales del silencio y de la sombra! Vosotros sois, sobre todo, los que despertáis la sonrisa de los ángeles y subís directamente hacia Dios. ¡En qué cabañas innumerables, en qué cuartos de miseria, en qué prisiones quizá, no se os alimenta en este momento con las lágrimas y con la sangre más pura de una pobre alma que no sonrió jamás; del mismo modo que las abejas, cuando en torno de ellas han muerto todas las flores, aun ofrecen a la que debe ser su reina, una miel mil veces más preciosa que la miel que dan a sus hermanitas de la vida cotidiana!

¿Quién no ha encontrado más de una vez, a lo largo de los caminos de la vida, un alma abandonada que sin embargo no había perdido el valor de alimentar así en las tinieblas un pensamiento más divino y más puro que todos los que tantos habían tenido ocasión de ir a escoger en la claridad? Aquí, la esclava favorita de Dios es también la sencillez; y basta quizá que algunos sabios no ignoren lo que debe hacerse, para que el resto obre como si igualmente supiera.

## EL SILENCIO

*¡Silence and Secrecy!* exclama Carlyle, habría que erigirles altares de universal adoración. El silencio es el elemento en que se forman las grandes cosas, para que al fin puedan surgir, perfectas y majestuosas, a la luz de la vida que van a dominar. No es sólo Guillermo el Taciturno, son todos los hombres considerables que he conocido, y los menos diplomáticos y los menos estratégicos de estos hombres, los que se abstendían de hablar de lo que proyectaban y de lo que creaban. Y tú mismo, en tus pobres pequeñas perplejidades, prueba de *retener tu lengua durante un día*; y al día siguiente, ¡cómo tus ideas y tus deberes serán más claros! ¡Qué de restos y qué de escorias no han barrido en ti mismo esos obreros mudos, mientras que ya no entraban los ruidos inútiles!

La palabra es con sobrada frecuencia, no como lo decía el francés, el arte de ocultar el pensamiento, sino el arte de ahogarlo y suspenderlo, de suerte que ya no queda ninguno que ocultar. La palabra es grande también; pero no es lo más grande que hay. Como lo

afirma la inscripción suiza: *Sprechen ist Silber, Schweigen ist Gold*, la palabra es de plata, y el silencio es de oro, o, como mejor sería decirlo: La palabra es tiempo, y el silencio eternidad.

«Las abejas no trabajan más que en la obscuridad, el pensamiento no trabaja más que en el silencio, y la virtud en el secreto...»

No hay que creer que la palabra sirva jamás para las verdaderas comunicaciones entre los seres. Los labios o la lengua pueden representar al alma del mismo modo que una cifra o un número de orden representa una pintura de Memlinck, por ejemplo; pero desde el momento que tenemos verdaderamente *algo que decirnos*, nos vemos *obligados* a callar; y si en esos momentos resistimos a las órdenes invisibles y apremiantes del silencio, hemos hecho una pérdida eterna que los más grandes tesoros de la sabiduría humana no podrán reparar, porque habremos perdido la ocasión de escuchar otra alma y de dar un instante de existencia a la nuestra; y hay muchas vidas en que tales ocasiones no se presentan dos veces...

No hablamos más que en las horas en que no vivimos, en los momentos en que no queremos conocer a nuestros hermanos y en que nos sentimos a gran distancia de la realidad. Y en cuanto hablamos, algo nos previene que hay puertas divinas que se cierran en alguna parte. Por esto somos muy avaros del silencio y los más imprudentes de entre nosotros no se callan con cualquiera. El instinto de las verdades sobrehumanas que todos poseemos nos advierte que es peligroso callar con alguien a quien no se quiere conocer o a quien no se ama; porque las palabras pasan entre los hombres, mientras que el silencio, si ha tenido un momento la ocasión de ser activo, no se borra jamás; y la vida verdadera, la única que deja alguna huella, es toda silencio. Haced memoria, en este silencio a que hay que recurrir, a fin de que él mismo se explique por sí mismo; y si os es dado bajar un instante, en vuestra alma, a las profundidades habitadas por los ángeles, lo que ante todo recordaréis de un ser amado profundamente, no serán las palabras que dejó o los gestos que hizo, sino los silencios que vivisteis juntos; porque la *calidad* de esos silencios es la única que reveló la *calidad* de vuestro amor y de vuestras almas.

No me refiero aquí sino al silencio activo, porque hay un silencio pasivo, que no es más que el reflejo del sueño, de la muerte o de la no existencia. El silencio que duerme; y mientras dormita, es menos temible aún que la palabra; pero una circunstancia inesperada puede despertarla de pronto, y entonces es su hermano, el gran silencio activo, el que se entroniza.

Poneos en guardia. Dos almas van a encontrarse, las paredes van a ceder, los diques van a romperse, y la vida ordinaria va a hacer lado a una vida en que todo adquiere mucha gravedad, en que ya nada se atreve a reír, en que ya nada obedece, en que ya nada se olvida...

Y como no ignoramos ese sombrío poder y esos juegos peligrosos, tenemos un miedo profundo al silencio. Soportamos en rigor el silencio aislado, nuestro propio silencio; pero el silencio de varios, el silencio multiplicado, y sobre todo el silencio de una multitud es una carga sobrenatural cuyo inexplicable peso temen las almas más fuertes. Empleamos gran parte de nuestra vida en buscar los lugares en que el silencio no reina. Tan pronto como dos o tres hombres se encuentran, no piensan más que en apartar el invisible enemigo, porque, ¡cuántas amistades ordinarias no tienen más fundamento que el odio al silencio! Y si, a pesar de todos los esfuerzos, logra deslizarse entre dos seres semejantes, estos seres volverán la cabeza con inquietud, hacia el lado solemne de las cosas que no se ven, y se irán luego, cediendo el puesto a lo desconocido, y se evitarán en lo porvenir,

porque temen que la lucha secular resulte vana una vez más, y que uno de ellos quizá sea de los que abren en secreto la puerta al adversario...

La mayor parte de los hombres no comprenden, ni admiten el silencio más que dos o tres veces en su vida. No se atreven a acoger a este huésped impenetrable sino en circunstancias solemnes, pero entonces casi todos lo acogen dignamente, pues hasta los más míseros tienen en su existencia momentos en que saben obrar como si ya supiesen lo que saben los dioses. Recordad el día en que encontrasteis sin terror vuestro primer silencio. La hora espantosa había sonado, y él venía al encuentro de vuestra alma. Le visteis subir de los abismos de la vida de que no se habla, y de las profundidades del mar interior de belleza o de horror, y no huisteis... Era a un regreso, en el momento de una partida, en el curso de una grande alegría, al lado de un muerto o al borde mismo de una desgracia.

Acordaos de aquellos minutos en que todas las pedrerías secretas se revelaron y en que todas las verdades dormidas despertaron con sobresalto; y decidme si el silencio no era entonces bueno y necesario, si las caricias del enemigo sin cesar perseguido no eran caricias divinas. Los besos del silencio desgraciado —porque el Silencio nos besa sobre todo en la desgracia— no pueden olvidarse nunca; por esto valen más los seres que con más frecuencia los han conocido. Quizá son los únicos que saben sobre qué aguas mudas y profundas descansa la débil corteza de la vida cotidiana, han ido más cerca de Dios, y los pasos que han dado hacia las luces son pasos que ya no se pierden, pues el alma es una cosa que puede no subir; pero que nunca puede descender...

«¡Silencio, el gran Imperio del silencio!» exclama también Carlyle —que tan bien conoció ese imperio de la vida que nos sostiene— «¡más alto que las estrellas, más profundo que el reino de la Muerte!... ¡El silencio y los nobles hombres silenciosos!... Se hallan diseminados, acá y acullá, cada uno en su provincia, pensando en silencio, trabajando en silencio, y los periódicos de la mañana no hablan de ellos... Son la sal misma de la tierra, y el país que no tiene hombres de esa clase o que tiene demasiados pocos no va bien... es un bosque que no tiene raíces, que todo se ha convertido en hoja y en ramas, y que pronto debe marchitarse para dejar de ser un bosque...»

Pero el silencio verdadero, que es aún más grande y de un acceso más difícil que el silencio material de que nos habla Carlyle, no es uno de esos dioses que pueden abandonar a los hombres. Nos rodea por todas partes, es el fondo de nuestra vida sobrentendida, y cuando uno de nosotros llama temblando a una de las puertas del abismo, es siempre el mismo silencio atento el que abre esa puerta.

También aquí somos todos iguales ante la cosa sin medida; y el silencio del rey o del esclavo, en presencia de la muerte, del dolor o del amor, tiene el mismo aspecto, y oculta bajo su manto impenetrable tesoros idénticos. El secreto de ese silencio, que es el silencio esencial y el refugio inviolable de nuestras almas, no se perderá jamás, y si el primer hombre que nació encontrase al último habitante de la tierra, callarían de la misma manera en los besos, los terrores o las lágrimas; callarían de la misma manera en todo lo que debe ser oído sin mentiras, y a pesar de tantos siglos transcurridos, comprenderían al mismo tiempo, como si hubiesen dormido en la misma cuna, lo que los labios no aprenderán a decir antes del fin del mundo...

Cuando los labios duermen, las almas despiertan y empiezan a obrar; porque el silencio es el elemento lleno de sorpresas, de peligros y de felicidad, en el cual las almas se poseen libremente. Si queréis confiaros verdaderamente a alguien, callad; y sí tenéis miedo de callar con él —a menos de que ese temor sea el temor o la avaricia augusta del amor que espera prodigios— evitadlo, pues ya vuestra alma sabe a qué atenerse. Hay seres con

quienes el más grande de los héroes no se atrevería a callar, y hay almas que, aunque nada tienen que temer, tiemblan de miedo de que ciertas almas las descubran. También los hay que no tienen silencio, y que matan al silencio en torno de ellos; y éstos son los únicos seres que pasan verdaderamente inadvertidos. No llegan a atravesar la zona reveladora, la gran zona de la luz firme y fiel. No podemos formarnos una idea exacta del que nunca calló. Diríase que su alma no tuvo fisonomía. «Aun no nos conocemos, me escribía alguien a quien yo quería en grado sumo, aun no nos hemos atrevido a callar juntos». Y era verdad; nos amábamos ya tan profundamente que teníamos miedo de la gran prueba sobrehumana.

Y cada vez que el silencio, ángel de las verdades supremas y mensajero de la incógnita especial de cada amor, descendía entre nosotros, nuestras almas parecían pedir gracia de hinojos e implorar algunas horas más de mentiras inocentes, algunas horas de ignorancia o algunas horas de infancia. .. Y sin embargo, es preciso que llegue su hora. Es el sol del amor y hace madurar los frutos del alma, como el otro sol los frutos de la tierra.

Pero no sin razón los hombres le temen, pues nunca se sabe cuál será la *calidad* del silencio que va a nacer. Si todas las palabras se parecen, todos los silencios difieren, y casi siempre todo un destino depende de la *calidad* de ese primer silencio que dos almas van a formar. Se efectúan mezclas, no se sabe dónde, porque los depósitos del silencio están situados muy por cima de los depósitos del pensamiento; y el brebaje imprevisto se vuelve siniestramente amargo o profundamente dulce. Dos almas admirables y de igual fuerza pueden crear un silencio hostil, y se harán en las tinieblas una guerra sin tregua, mientras que el alma de un presidiario *vendrá a callar* divinamente con el alma de una virgen.

No se sabe nada de antemano, y todo eso pasa en un cielo que nunca previene; por esto los seres que más se aman difieren con frecuencia el mayor tiempo posible la solemne entrada del gran revelador de las profundidades del alma...

Es que saben también —porque el amor verdadero conduce a los más frívolos al centro de la vida— es que saben también que todo lo demás eran juegos de niños en torno del recinto, y que ahora es cuando las murallas caen y la existencia se abre. Su silencio valdrá lo que valen los dioses que encierran, y si no entienden en ese primer silencio, sus almas no podrán amarse, porque el silencio no se transforma. Puede subir o bajar entre dos almas; pero *su naturaleza* no cambiará jamás, y, hasta la muerte de los seres que se quieren, tendrá la actitud, la forma y la fuerza que tenía en el momento en que, por primera vez, entró en su estancia.

A medida que se avanza en la vida, se observa que todo acontece según no sé qué inteligencia previa de que no se habla una palabra, en la cual ni siquiera se piensa, pero de la cual se sabe sin embargo que existe en alguna parte, por cima de nuestras cabezas. El más ineficaz de los hombres sonrío, a los primeros encuentros, como si fuera el antiguo cómplice del destino de sus hermanos. Y en el dominio en que nos hallamos, los mismos que más profundamente saben hablar, sienten mejor que las palabras no expresan jamás las relaciones reales y especiales que hay entre dos seres. Si os hablo en este momento de las cosas más graves, del amor, de la muerte o del destino, no alcanzo a la muerte, al amor o al destino, y, a pesar de mis esfuerzos, subsistirá siempre entre nosotros una verdad que no se ha dicho, que no se tiene siquiera la idea de decir, y sin embargo esa verdad que no ha tenido voz será la única que habrá vivido un instante entre nosotros, y no hemos podido pensar en otra cosa. Esa verdad es nuestra verdad sobre la muerte, el destino o el amor; y no hemos podido entreverla sino en silencio. Y nada, a excepción del silencio, habrá tenido importancia. «Hermanas mías, dice un niño en un cuento de hadas, cada una de vosotras tiene su pensamiento secreto y yo quiero conocerlo.»

Nosotros también tenemos algo que todo el mundo quisiera conocer, pero se oculta mucho más alto que el pensamiento secreto; es nuestro silencio secreto. Mas las preguntas son inútiles. Toda agitación de un espíritu en guardia se convierte en un obstáculo para la segunda vida que vive en ese secreto; y para saber lo que existe realmente, hay que cultivar el silencio entre sí, pues sólo en él se entreabren un instante las flores inesperadas y eternas, que cambian de forma y de color según el alma al lado de la cual uno se encuentra. Las almas se posan en el silencio, como el oro y la plata se posan en el agua pura, y las palabras que pronunciamos no tienen sentido sino gracias al silencio en que se bañan. Si digo a una persona que la amo, no comprenderá lo que quizá he dicho a otras mil; pero el silencio que siga, si la amo en efecto, mostrará hasta dónde penetraron hoy las raíces de esta palabra, y hará nacer una certidumbre silenciosa a su vez, y ese silencio y esa certidumbre no serán dos veces los mismos en una vida...

¿No es el silencio el que determina y fija la sensación del amor? Privado del silencio, el amor no tendría sabor ni perfumes eternos. No hay silencio más dócil que el del amor y es verdaderamente el único que nos pertenece.

Todos los demás grandes silencios, los de la muerte, del dolor o del destino no están a nuestra disposición; a la hora por ellos elegida, salen del fondo de los acontecimientos y avanzan hacia nosotros, y las personas a quienes no encuentran no tienen ningún reproche que hacerse. Pero podemos salir al encuentro de los silencios del amor. Gracias a éstos, los que casi no han llorado pueden vivir con las almas tan íntimamente como los que fueron muy desgraciados; por esto los que amaron mucho saben secretos que otros ignoran; pues hay, en lo que callan los labios de la amistad y del amor profundos y verdaderos, millares y millares de cosas que otros labios nunca podrán callar...

## DE LAS MUJERES

En estos dominios, las leyes son también desconocidas. Sobre nuestras cabezas brilla, en el centro del cielo, la estrella del amor que nos está destinado; y todos nuestros amores nacerán, hasta el fin, en los rayos y la atmósfera de esta estrella. En vano elegiremos a derecha o a izquierda, en las alturas o en las capas inferiores; en vano, para salir de ese círculo encantado que sentimos en torno de todos los actos de nuestra vida, violaremos nuestro instinto e intentaremos elegir contra la elección de nuestra estrella; elegiremos siempre la mujer bajada del astro invariable. Y si, como don Juan, abrazamos a mil y tres, cuando llegue la noche en que los brazos se desprenden y los labios se separan, reconoceremos que la mujer que tenemos delante, la buena o la mala, la tierna o la cruel, la amante o la infiel, siempre es la misma...

A la verdad, nunca salimos del pequeño círculo de claridad que nuestro destino traza en torno de nuestros pasos, y diríase que los hombres más distantes conocen el matiz y la extensión de ese círculo infranqueable. Desde luego perciben el color de esos rayos espirituales, y esto hace que nos tiendan la mano sonriendo o que la retiren con temor. Nos conocemos todos en una atmósfera superior, y la idea que me hago de un desconocido participa inmediatamente de una verdad misteriosa y más profunda que la verdad material. ¿Quién no ha experimentado esas cosas que pasan en las regiones impenetrables de la humanidad casi astral? Si recibís una carta procedente del fondo de una isla perdida en el gran corazón de los océanos, y escrita por una mano cuya existencia ignoráis, ¿estáis bien seguro de que quien os escribe es un desconocido, y no experimentáis, en el momento de la

lectura, sobre el alma que así os encuentra —sólo los dioses saben en qué esferas— certezas más infalibles y más graves que todas las certezas ordinarias? Y, por otro lado, ¿creéis que esa alma, que pensaba en la vuestra, al azar del espacio y del tiempo, no tenía también certezas análogas? Hay extraños reconocimientos por todas partes, y no podemos ocultar nuestra existencia. Al parecer, nada arroja sobre los lazos sutiles que deben existir entre todas las almas una luz más especial que esos pequeños misterios que acompañan al cambio de algunas cartas entre dos desconocidos. Es quizá una de las estrechas rendijas —miserable sin duda, pero hay tan pocas que debemos contentarnos con los resplandores más pálidos—, es quizá una de las estrechas rendijas que existen en la puerta de las tinieblas por donde podamos adivinar un instante lo que debe pasar en la gruta de los tesoros que nunca fueron descubiertos. Examinad la correspondencia pasiva de un hombre y en ella encontraréis no sé qué unidad singular. No conozco a ninguno de los que me interrogan esta mañana, y sin embargo ya sé que no podré contestar al primero de la misma manera que voy a contestar al segundo. He visto algo invisible. Y, a mi vez, si me escribe alguno a quien nunca vi, estoy seguro de que su carta no es exactamente la misma que hubiera escrito el amigo que me mira en este momento. Habrá siempre una diferencia espiritual imperceptible. Es la señal del alma que saluda invisiblemente a otra alma. Es de creer que nos conocemos en regiones que ignoramos y que poseemos una patria común adonde vamos, en que nos encontramos y de donde volvemos sin trabajo.

En esa patria común es también donde elegimos a nuestras amantes, y por esto es por lo que no nos equivocamos y por lo que nuestras amantes tampoco se equivocan. El reino del amor es ante todo el reino de las certezas, porque allí es donde las almas tienen más ocios. Allí, no tienen verdaderamente nada que hacer más que reconocerse, admirarse profundamente e interrogarse, con lágrimas en los ojos, como jóvenes hermanas que vuelven a encontrarse después de una separación, mientras que los brazos se entrelazan y los labios se entrecruzan tan lejos de ellas... Tienen en fin el tiempo de sonreírse y de vivir un instante para sí mismas en la tregua de la vida dura y cotidiana, y es quizá de las alturas de esa sonrisa y de esas miradas indecibles de donde se disemina, sobre los minutos más sosos el amor, la sal misteriosa que conserva para siempre el recuerdo del encuentro de dos bocas...

Pero no hablo aquí más que del amor predestinado y verdadero. Cuando encontramos una de las que la suerte nos ha reservado y ha hecho salir del fondo de las grandes ciudades espirituales en que vivimos sin saberlo, para enviarla a la encrucijada del camino por donde debemos pasar a la hora convenida, somos advertidos desde la primera mirada. Algunos intentan entonces violar la suerte. Es posible que pongamos furiosamente las manos sobre los párpados para no seguir viendo lo que hemos tenido que ver y que luchando con todas nuestras pequeñas fuerzas contra fuerzas eternas lleguemos a cruzar la ruta para ir hacia otra enviada que no está allí para nosotros. Pero por más que hagamos, no conseguiremos «agitar el agua muerta en las grandes cubas del porvenir.» No sucederá nada; la fuerza pura de las alturas no querrá descender y esos besos y esas horas inútiles se negarán a las horas y a los besos reales de nuestra vida...

El destino cierra a veces los ojos, pero sabe muy bien que volveremos a él antes del nuevo día, y que a él hemos de rendirnos al fin. Puede cerrar los ojos, pero el tiempo que los cierra es tiempo perdido.

La mujer parece más sujeta que nosotros a los destinos, y los sufre con una sencillez mucho más grande. No lucha nunca sinceramente contra ellos. Está más cerca de Dios y se entrega con menos reserva a la acción pura del misterio. Y por eso, sin duda, todos los

acontecimientos de nuestra vida en que ella interviene parecen conducirnos hacia algo que semeja las fuentes mismas del Destino. Es a su lado, sobre todo, donde tenemos a veces, de paso, «un claro presentimiento» de una vida que no siempre parece paralela a la vida aparente. Ella nos acerca a las puertas de nuestro ser. ¿Quién sabe si no fue en uno de esos instantes profundos en que durmieron sobre su seno cuando los héroes conocieron la fuerza y la fidelidad de su estrella, y si el hombre que nunca descansó sobre el corazón de una mujer tendrá jamás el sentimiento exacto del porvenir?

Entramos una vez más en los turbados círculos de la conciencia superior. ¡Ah! ¡Cuan cierto es que en esto también «la supuesta psicología es una de esas larvas que han usurpado, en el santuario, el puesto reservado a las verdaderas imágenes de los dioses!» Porque no siempre se trata de la superficie; no se trata siquiera de las intenciones ocultas más graves. ¿Creéis por ventura que en el amor no hay más que pensamientos, actos y palabras, y que las almas no salen de esas prisiones? ¿Necesito yo saber si la que hoy abrazo es celosa y fiel, risueña o triste, sincera o pérfida? ¿Os imagináis que esas míseras palabras van a subir hasta las cúspides en que nuestras almas están sentadas y en que nuestro destino se cumple en silencio? ¿Qué me importa que me hable de lluvia o de joyas, de plumas o de alfileres, y que parezca no comprenderme? ¿Creéis que yo tenga sed de una palabra sublime, cuando siento que un alma me mira en el alma, y que no sepa que los pensamientos más admirables no tienen derecho a levantar la cabeza en presencia de los misterios? Me hallo siempre al borde del océano; y si yo fuese Platón, Pascal o Miguel Angel, y mi amada me hablase de sus pendientes, todo lo que dijera, todo lo que ella me dijese, flotaría con el mismo aspecto sobre las profundidades del mar interior que contemplamos uno en otro. Mi pensamiento más elevado no pesará en la balanza de la vida o del amor más que las tres palabritas que la criatura que me amaba me había dicho sobre sus sortijas de plata, sobre su collar de perlas o de pedazos de vidrio.

Somos nosotros los que no comprendemos, porque nos hallamos siempre en lo más bajo de nuestra inteligencia. Basta subir hasta las primeras nieves de la montaña, para que todas las desigualdades se allanen bajo la mano purificadora del horizonte que se abre. ¿Qué diferencia hay, entonces, entre una palabra de Marco Aurelio y la frase de un niño que dice que hace frío? Seamos humildes y sepamos distinguir el accidente de la esencia. Es preciso que «los palos flotantes» no nos hagan olvidar los prodigios del abismo. Los pensamientos más bellos y las ideas más bajas no alteran el aspecto eterno de nuestra alma, como los Himalayas o los abismos no modifican, en medio de las estrellas del cielo, el aspecto de nuestra tierra. Una mirada, un beso y la certeza de una presencia invisible y poderosa, está dicho todo; y sé que estoy al lado de una igual...

Pero la igual es verdaderamente admirable y extraño; y desde el momento que ama, la última de las mujeres posee algo que nosotros nunca tenemos, porque, en su idea, el amor es siempre eterno. ¿Es por eso por lo que todas tienen, con los poderes primitivos, relaciones que nos están vedadas? Los mejores de entre nosotros se encuentran siempre a grandes distancias de sus tesoros del segundo recinto; y, cuando un momento solemne de la vida exige uno de los joyeles de ese tesoro, no se acuerdan ya de los caminos que a él conducen, y ofrecen en vano joyas falsas de su inteligencia a la circunstancia imperiosa, que no se equivoca. Pero la mujer no olvida el camino de su centro, y, tanto si la sorprende en la opulencia como en la miseria, en la ignorancia como en la ciencia, en el oprobio como en la gloria; si le digo una palabra que salga realmente de los abismos vírgenes de mi alma, ella sabrá encontrar de nuevo las sendas misteriosas que nunca perdió de vista, y, sin vacilaciones, me traerá simplemente, del fondo de las inagotables reservas del amor, una

palabra, una mirada o un gesto que será tan puro como el mío. Diríase que su alma está siempre al alcance de su mano; está pronta, día y noche, a responder a las más altas exigencias de otra alma; y el tributo de la más pobre no se distingue del tributo de las reinas...

Acerquémonos con respeto a las más humildes y a las más altivas, a las que están distraídas y a las que piensan, a las que aun ríen y a las que lloran; porque ellas saben cosas que nosotros no sabemos, y ellas tienen una lámpara que nosotros hemos perdido. Ellas habitan al pie mismo del Inevitable y conocen mejor que nosotros los caminos que a él conducen. Por esto tienen certidumbres asombrosas y gravedades admirables, y se ve que, en sus menores actos, se sienten sostenidas por las manos seguras y fuertes de los grandes dioses. Hace poco afirmaba yo que nos acercan a las puertas de nuestro ser, y verdaderamente se creería que todas nuestras relaciones con ellas tienen efecto por la abertura de esa puerta entornada y primitiva, y en los cuchicheos incomprensibles que acompañaron sin duda al nacimiento de las cosas, cuando aún no se hablaba más que en voz baja, por temor de oír una prohibición o una orden imprevista...

No pasará el umbral de esa puerta, y nos espera en el interior, donde se encuentran las fuentes. Y cuando venimos a llamar por fuera, y ella abre, su mano no abandona jamás la llave ni la hoja de la puerta. Guarda un instante al enviado que se acerca, y, en aquel breve momento, se ha enterado de todo lo que debe saber, y los años futuros se han estremecido hasta el fin de los tiempos... ¿Quién es capaz de decir lo que contiene la primera mirada del amor, «esa varilla mágica hecha con un rayo de luz roto», rayo salido del foco eterno de nuestro ser, que ha transfigurado dos almas y las ha rejuvenecido de veinte siglos? La puerta se abre o se cierra otra vez; no hagáis ningún esfuerzo, porque todo está decidido. Ella lo sabe. Ella no tendrá en cuenta vuestras acciones ni vuestras palabras ni vuestros pensamientos, y si aún las observa, no lo hará sino sonriendo; rechazará, sin saberlo, todo lo que no venga a confirmar las certidumbres de aquella primera mirada. Y si creéis inducirla en error, sabed que tiene razón contra vos mismo y que sólo vos erráis, porque sois más realmente lo que sois a sus ojos de lo que creéis ser en vuestra alma, aun cuando se equivoque sin cesar sobre el sentido de una sonrisa, de un gesto o de una lágrima...

¡Tesoros ocultos, que ni siquiera tienen nombre!... Yo quisiera que todos los que experimentaron que son malas lo proclamasen a su vez y nos dijese sus razones, y si esas razones son profundas, nos sorprenderán e iremos muy lejos en el misterio. Son verdaderamente las hermanas violadas de todas las grandes cosas que no se ven. Son verdaderamente las parientas más próximas del infinito que nos rodea y son las únicas que saben sonreírle con la gracia familiar del niño que no teme a su padre. Conservan en la tierra, como un joyel celeste e inútil, la sal pura de vuestra alma; y si se fueran, el espíritu reinaría sólo en un desierto. Sienten aún las emociones divinas de los primeros días, y sus raíces penetran más directamente que las nuestras en todo lo que nunca tuvo límites. Compadezco verdaderamente a los que se quejan de ellas, pues no saben en qué alturas se encuentran los besos verdaderos. Y sin embargo, ¡qué poca cosa parecen cuando los hombres las miran de paso!

Las ven agitarse, en el fondo de sus pequeñas moradas: ésta se inclina un poco; aquélla solloza; la de más allá canta; la última borda; y ¡ni uno solo comprende lo que hacen!...

Vienen a visitarlas, como se visitan cosas risueñas: no se acercan a ellas sino con el espíritu en acecho, y el alma no puede entrar sino por una gran casualidad.

Las interrogan con desconfianza, y ellas no les dicen nada porque ya lo saben; y ellos se van encogiéndose de hombros, persuadidos de que ellas no comprenden...

Pero ¿qué necesidad tienen de comprender eso, nos contesta el poeta, que siempre tiene razón, qué necesidad tienen de comprender a esas almas bienaventuradas que han elegido la parte mejor y que, como una pura llama de amor en este mundo terrestre, no resplandecen sino en el remate de los templos o en la cima de las naves errantes, en señal del fuego celeste que inunda todas las cosas?

Con frecuencia, esas criaturas que aman sorprenden, en horas sagradas, admirables secretos de la naturaleza y los revelan con una ingenuidad inconsciente.

El sabio sigue sus huellas para recoger todas las joyas que en su inocencia y en su alegría sembraron por los caminos. El poeta, que siente lo que ellas sienten, ensalza su amor y procura, con sus cantos, trasplantar ese amor, germen de la edad de oro, a otros tiempos y a otras regiones.

Porque lo que ha dicho de los místicos se aplica sobre todo a las mujeres que nos han conservado ahora el sentido místico en la tierra.

## LOS AVISADOS

Son conocidos de la mayor parte de los hombres y casi todas las madres los han visto. Son quizás indispensables como todos los dolores, y las personas que no se han acercado a ellos son menos afables, menos tristes y menos buenas.

Son extraños. Parecen más inmediatos a la vida que las demás criaturas y no sospechan nada, y sin embargo, sus ojos tienen una certidumbre tan profunda, que es menester que lo sepan todo y que más de una noche hayan tenido tiempo de decirse su secreto. En el momento en que sus hermanos aun andan a tientas en torno de ellos entre el nacimiento y la vida, ya se han reconocido, ya están en pie, con las manos y el alma prontas. En seguida, sabiamente y minuciosamente, se disponen a vivir, y esa premura es la señal que las madres, discretas confidentes, sin saberlo, de todo lo que no se dice, apenas se atreven a mirar.

Muchas veces, no tenemos tiempo de verlos; se van sin decir nada y nos son para siempre desconocidos. Pero otros se detienen un poco, nos miran sonriendo atentamente, parecen a punto de confesar que todo lo han comprendido, y luego, hacia los veinte años, se alejan precipitadamente, de puntillas, como si acabasen de descubrir que se habían equivocado de casa y que iban a pasar la vida entre hombres a quienes no conocían.

Ellos mismos no dicen casi nada y se rodean de una nube en el momento en que se sienten heridos y en que el hombre está a punto de alcanzarlos. Hace pocos días, parecían estar entre nosotros, y esta noche, de pronto, se hallan tan lejos que no nos atrevemos a reconocerlos ni a interrogarlos. Están ahí, casi del otro lado de la vida, y se siente que al fin es hora de afirmar una cosa más grave, más humana, más real y más profunda que la amistad, la piedad o el amor; una cosa que aletea en el fondo de la garganta, y que se ignora, y que jamás se ha dicho, y que ya no es posible decir, porque ¡se pasan tantas vidas callando!... Y el tiempo apremia; y ¿quién de nosotros no ha esperado así hasta que no se le podía contestar?

¿Por qué vinieron y por qué se van? ¿No nacen más que para afirmarnos que la vida no tiene objeto? ¿De qué sirve interrogar si nunca se contesta? He sido varias veces testigo de esas cosas, y un día las vi tan de cerca que ya no sabía si se trataba de otro o de mí

mismo...

Un hermano murió así. Hubiera dicho que sólo él había sido avisado, sin saberlo, mientras que nosotros sabíamos quizás algo sin haber recibido ese aviso orgánico que ocultaba desde los primeros días. ¿En qué se distingue a los seres sobre los cuales va a pesar un acontecimiento muy grave? Nada es visible y sin embargo lo vemos todo. Nos tienen miedo, porque les avisamos sin cesar y a pesar nuestro; y apenas nos hemos acercado a ellos cuando sienten que reaccionamos contra su porvenir. Ocultamos algo a la mayor parte de los hombres y nosotros mismos ignoramos lo que les ocultamos. Pasan, entre dos seres que se encuentran por primera vez extraños secretos de vida y de muerte, y muchos otros secretos que aun no tienen nombre, pero que se apoderan inmediatamente de nuestra actitud, de nuestras miradas y de nuestro rostro; y cuando estrechamos las manos de un amigo, nuestra alma comete indiscreciones que no se detienen quizás en el umbral de esta vida. Es posible que no haya segunda intención ninguna entre dos hombres; pero hay cosas más imperiosas y más profundas que el pensamiento. No somos dueños de esos dones desconocidos y traicionamos sin cesar al profeta que no sabe hablar. Nunca somos con los demás tales como somos con nosotros mismos; ni siquiera tales como somos con ellos en la obscuridad y nuestras miradas se transforman según el pasado y el porvenir que ven, y por esto a pesar nuestro vivimos en guardia. Al encontrar a los que no vivirán, no les vemos a ellos, sino lo que va a sucederles. Quisieron engañarnos para engañarse. Hacen todo lo posible para desorientarnos y sin embargo, a pesar de su sonrisa y de su ardor en vivir, el acontecimiento ya se transparenta como si fuera el sostén y la razón misma de su existencia. Una vez más, la muerte los ha engañado, y ven con tristeza que lo hemos visto todo.

¿Quién dirá la fuerza de los acontecimientos y si son nosotros mismos o si no somos sino ellos? ¿Nacen de nosotros o bien nacemos de ellos? ¿Los atraemos o nos atraen? ¿Los transformamos o nos transforman? ¿No se engañan jamás? ¿Por qué vienen a nosotros como la abeja a la colmena y la paloma al palomar? ¿Y dónde se refugian los que no nos encuentran en el punto de cita? ¿De dónde vienen a nuestro encuentro? ¿Y por qué nos reúnen como hermanos? ¿Obran en lo pasado o en lo porvenir? y ¿quiénes son más poderosos, los que han dejado de existir o los que no existen todavía? ¿Quién no pasa la mayor parte de su vida a la sombra de un acontecimiento que aún no ha tenido efecto? Yo he visto esas graves actitudes, esa marcha que parecía tener un fin demasiado próximo, ese presentimiento de los grandes fríos y esa vista que no se cansaba de distraerse, aún en aquellos cuyo fin debía ser accidental y sobre quienes la muerte iba a precipitarse inopinadamente de fuera. Y sin embargo, se apresuraban tanto como sus hermanos que la llevaban en sí. Tenían la misma expresión en el rostro. A ellos también la vida les parecía más seria que a los que deben vivir. Obraban con la misma atención segura y silenciosa. No tenían tiempo que perder; debían estar prontos a la misma hora; de tal manera ese acontecimiento que ningún profeta hubiera podido prever era, sin que lo supieran, la vida de su vida.

Es nuestra muerte la que guía nuestra vida y nuestra vida no tiene más fin que nuestra muerte. Nuestra muerte es el molde en que se vacía nuestra vida y ella es la que ha formado nuestra fisonomía. Sólo debería hacerse el retrato de los muertos, pues sólo ellos son ellos mismos y se muestran un instante tales como son. ¿Y qué vida no se ilumina en la pura, fría y simple luz que cae sobre la almohada de las últimas horas? ¿Es esa misma luz la que baña ya esos rostros infantiles cuando nos sonríen fijamente, y que nos imponen un silencio parecido al del cuarto en que alguien se calla para siempre?

Cuando me acuerdo de los que he conocido a quienes la misma muerte llevaba de la mano, veo una multitud de niños y de adolescentes que parecían salir de la misma casa. Son ya hermanos, y diríase que se reconocen entre sí por señas que nosotros no vemos y que ellos se hacen, en el momento en que ya no los observamos; las señales del silencio. Son las criaturas atentas a la muerte precoz. En el colegio, los discerníamos obscuramente. Parecían buscarse y rehuirse a la vez, como los que tienen la misma enfermedad. Se los veía apartados bajo los árboles del jardín. Tenían la misma gravedad bajo una sonrisa más interrumpida y más inmaterial que la nuestra, y no sé qué aire de tener miedo de revelar un secreto. Casi siempre callaban cuando los que debían vivir se acercaban a su grupo. ¿Hablaban ya del acontecimiento, o bien sabían que el acontecimiento hablaba a través de ellos y a pesar de ellos y le rodeaban así a fin de ocultarlo a los ojos indiferentes? A veces parecían mirarnos desde lo alto de una torre; y aunque eran más débiles que nosotros, no nos atrevíamos a molestarlos. La verdad es que no hay nada oculto, y todos los que me encontráis sabéis lo que he hecho y lo que haré, sabéis lo que pienso y lo que he pensado; sabéis exactamente el día en que debo morir; pero aún no habéis encontrado el medio de decirlo, ni aun en voz baja y a vuestro propio corazón. Acostumbramos pasar en silencio todo lo que nuestra mano no alcanza, y quizá sabríamos demasiadas cosas si supiésemos todo lo que sabemos. Vivimos al lado de nuestra verdadera vida y sentimos que ni aun nuestros pensamientos más íntimos y más profundos nos importan, pues somos cosa distinta de nuestro pensamiento y de nuestros sueños. Y sólo en ciertos momentos y casi por distracción vivimos.

¿Qué día llegaremos a ser lo que somos? Mientras tanto, nos hallamos ante ellos como ante extraños. Intimidaban nuestra vida. A veces se paseaban con nosotros por los corredores y los patios, y nos costaba trabajo seguirlos. A veces tomaban parte en nuestros juegos, y entonces el juego no parecía el mismo. Algunos no encontraban a sus hermanos. Erraban solos en medio de nuestros gritos y no tenían amigos entre los que iban a morir. Y sin embargo los queríamos, y ningún rostro era más amistoso que el suyo.

¿Qué había entre ellos y nosotros y qué hay entre nosotros todos? ¿En el fondo de qué mar de misterios vivimos? Aquí reinaba también ese amor que ya no se expresa porque no participa de la vida de este mundo. No soportaría quizá ninguna prueba, a cada instante parece traicionado, y la menor amistad ordinaria parece vencerlo, y sin embargo su vida es más profunda que nosotros mismos y quizá no le encontramos indiferente sino porque no se reservó para tiempos más largos.

No habla aquí porque sabe que hablará más tarde; y los que abrazamos no son nunca aquellos a quienes amamos más profundamente. Hay, pues, una parte de la vida —y es la más pura y la más grande— que no se mezcla con la vida ordinaria; y hasta los ojos de los amantes no traspasan casi nunca ese dique de silencio y de amor.

¿O bien los dejábamos solos porque, aun siendo más jóvenes, eran nuestros mayores? ¿Sabíamos que no tenían la misma edad y los temíamos como a jueces? Sus miradas eran ya menos móviles que las nuestras, y cuando se apoyaban, por casualidad, en nuestras agitaciones, éstas se calmaban sin razón, y un silencio incomprensible se extendía un momento. Nosotros nos volvíamos; ellos nos observaban y reían seriamente. Recuerdo la fisonomía de dos de ellos a quienes esperaba una muerte violenta. Pero casi todos eran tímidos y trataban de pasar inadvertidos. Tenían no sé qué pudor mortal y parecían pedir perdón por una falta desconocida y próxima. Se adelantaban; nosotros cambiábamos una mirada, nos apartábamos sin despegar los labios y lo comprendíamos todo sin saber nada.

**FIN**

## Notas

[1] Comparemos con esto el acto de inteligencia de otra raíz cuyas proezas nos cuenta Brandis. (Uber Leben und Polarltat). Penetrando en la tierra, esta raíz había encontrado una vieja suela de bota; para atravesar ese obstáculo que era al parecer la primera de su especie en encontrar en su ruta, se subdividió en tantas partes como agujeros habían dejado en la suela los puntos de costura, y, vencido el obstáculo, reunió y volvió a soldar todas sus raicillas divididas, de modo que no formasen más que una raíz gruesa única y homogénea.

[2] Entre Las plantas que ya no se defienden el caso más sorprendente es el de la Lechuga. "En el estado silvestre, como lo hace observar el autor arriba citado, si se corta un tallo o una hoja, se ve salir un jugo blanco, lechoso, formado de materias diversas, que defienden vigorosamente la planta contra los ataques de las babosas. Por el contrario, en la especie cultivada que dimana de la precedente, el jugo lechoso casi no existe; así es que la planta, con gran desesperación de los hortelanos, es ya incapaz de luchar y se deja comer por las babosas". Sin embargo, convendría añadir que ese jugo lechoso no suele faltar sino en las plantas jóvenes, mientras que se vuelve muy abundante cuando la Lechuga se pone a "repollar" y cuando echa la simiente. Como la planta necesitaría sobre todo defenderse al principio de su vida, en el momento de sus primeras y tiernas hojas, diríase que al ser cultivada pierde un poco la cabeza, si así cabe expresarse, que no sabe a punto fijo lo que le pasa.

[3] Al principio de este estudio que podría venir a ser el libro de oro de bodas de la flor (cuidado que dejo a otros mas sabios que yo), quizá no sea inútil llamar la atención del lector sobre la terminología defectuosa, desconcertante, que se usa en Botánica, para designar los órganos reproductores de la planta. En el órgano femenino, el pistilo, que comprende el ovario, el estilo y el estigma que lo corona todo es del género masculino y todo parece viril. En cambio, la antera, la parte de órgano masculino que encierra el polen o polvo fecundante, es del género femenino. Bueno es penetrarse de una vez de esta antonimia.

[4] Sigo hace algunos años una serie de experiencias sobre la hibridación de las Salvias, fecundando artificialmente, con las acostumbradas precauciones para apartar toda intervención del viento y de los insectos, una variedad cuyo mecanismo floral es muy perfeccionado, con el polen de una variedad muy atrasada, e inversamente. Mis observaciones no son todavía bastante numerosas para poderlas detallar aquí. Sin embargo, parece que ya empieza a desprenderse de ellas una ley general, a saber: que la Salvia atrasada adopta fácilmente los perfeccionamientos de la Salvia adelantada, mientras ésta toma raramente los defectos de la primera. Podría hacerse, a propósito de esto, un curioso estudio sobre los procedimientos, las costumbres, las preferencias, la inclinación a lo mejor de la Naturaleza. Pero estas experiencias son necesariamente lentas y largas a causa del tiempo perdido en reunir las variedades diversas, de las pruebas y contrapruebas necesarias, etc. Sería pues, prematuro sacar de todo eso la menor conclusión.

[5] Acababa de escribir estas líneas, cuando Mr, E. L. Bouvier hizo en la Academia de Ciencia (Acta del 7 de mayo de 1906) una comunicación acerca de dos modificaciones al aire libre observadas en París, una sobre un Sophora Japónica, y otra sobre un Castaño de Indias. Esta última, suspendida de una pequeña rama provista de dos bifurcaciones bastante vecinas, era la más notable, a causa de la adaptación evidente e inteligente a circunstancias particularmente difíciles. "Las abejas (cito el resumen del Sr. de Parville en la Revista de Ciencias del Journal des Débats, 31 de mayo de 1906) establecieron pilares de consolidación y recurrieron a artificios verdaderamente notables de protección y acabaron por transformar en un techo sólido la doble horca del Castaño. Un hombre ingenioso sin duda no lo hubiera hecho tan bien".